

PARA TODA LA ETERNIDAD:  
LIBRO CUATRO

# TENERTE NUNCA ES SUFICIENTE

PARA TODA LA ETERNIDAD #4

ENCONTRAMOS EL AMOR  
EN LOS LUGARES MÁS INESPERADOS

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

# TENERTE NUNCA ES SUFICIENTE

Para toda la eternidad #4

---

E. L. TODD

UNO

## Slade

---

—Trinity es la mayor paradoja que me he echado a la cara —dijo Conrad mientras bebía de su vaso de plástico—. Nunca sale con nadie que no seamos nosotros, pero aun así es capaz de organizar unos fiestones de la leche.

La gente se apiñaba en el salón hablando y riendo. Había comida en la mesa y suficiente cerveza para saciar la sed de un ejército alemán. Los dormitorios estaban cerrados con llave para proteger la privacidad y las pertenencias de Trinity, lo cual estaba muy bien porque yo guardaba en ellos un montón de cosas mías. Pensándolo bien, ya nunca iba a mi propio apartamento.

—Es raro pensar que a la gente le caiga bien de verdad —dijo Roland, que sostenía su vaso mientras examinaba la estancia—. Y hay un montón de tías buenas aquí.

Yo sabía que debía guardar las apariencias.

—Sí... —Di un trago a mi vaso y busqué a Trinity discretamente. Cuando la encontré, vi que estaba hablando con un grupo de gente. Debía de haber dicho algo divertido porque todo el mundo se rio. Llevaba unos vaqueros ajustados oscuros, unos tacones de color crudo y una blusa amarilla. Los vaqueros se ceñían a su trasero y lo volvían irresistible.

—¿Ves a alguna que te guste? —me preguntó Conrad.

La verdad era que no.

—Esa morena de allí parece facilona.

Sí que lo parecía. Llevaba tacones altos y unos pantalones cortos con los que iba prácticamente enseñando el culo. Una camiseta rosa le cubría el pecho, pero dejaba el ombligo al aire. Tenía un cuerpo bonito, pero a mí no me atraía nada.

—¿Facilona? —dijo Roland—. Lo que parece es prostituta.

—Lo mismo es. —Me metí la mano en el bolsillo y volví a mirar a Trinity.

—Ey. —Un tío alto con una camisa negra le dio unas palmadas a Conrad en el hombro—. Me alegro de verte, tío.

Conrad le estrechó la mano.

—Hola, Scotty. ¿Qué tal te va?

—Bien. —Saludó a Roland moviendo la cabeza, pero a mí no me dijo nada—. Oye, ¿qué me cuentas de tu hermana?

Entorné los ojos inmediatamente, irritado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Conrad. Ignoraba por completo el hecho de que su hermana mayor estaba como un tren.

—¿Tiene novio o algo? —preguntó Scott—. He estado hablando antes con ella y es la caña.

Pues claro que era la caña. Evidentemente. Di un trago a la cerveza y fingí que no me importaba.

—¿Novio? —dijo Conrad riéndose—. Como si alguien fuese a querer salir con ella.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Scotty con una ceja levantada.

—Nada —intervino Roland—. Es simplemente que odia a su hermana.

—Tanto no la odiará si ha venido a su fiesta —replicó con una carcajada.

—Siempre hay tías buenas —explicó Conrad.

Scotty cruzó sus descomunales brazos sobre el pecho. Era fuerte y robusto, y estaba claro que pasaba mucho tiempo levantando pesas. Era más grande que

yo, y saber aquello no me hacía ninguna gracia. Yo era fuerte y estaba tonificado, pero no era demasiado corpulento. No cuidaba mi aspecto y sabía que a las chicas les encantaba... especialmente a Trinity. Pero aun así no me gustaba aquel tipo.

—¿Qué tal el equipo de remo? —preguntó Roland.

Aquello explicaba lo de los brazos.

—Bien. Este año seguro que jugamos el campeonato —afirmó Scott—. Lo presiento.

Roland asintió.

—Bueno... Volviendo al tema de tu hermana. —Scott miró a Conrad—. ¿Está soltera?

Aquel tío cada vez me gustaba menos.

—Sí, está soltera —dijo Conrad—, pero también es fea, un coñazo y no se calla ni debajo del agua.

Scott se echó a reír.

—A mí no me ha dado esa impresión para nada.

—Tú dale unos minutos más —aseguró Conrad con convencimiento.

Scott le palmeó el hombro.

—Voy a lanzarme. ¿Algún consejo?

—Le gusta la moda —dijo Roland.

—Y le va el vudú —solté.

Todos se quedaron inmóviles y me miraron.

—Y cree en la magia negra y en rollos raros. —Sacudí la cabeza—. Y huele a culo. Estoy bastante seguro de que sólo se ducha una vez a la semana. Yo que tú me mantendría alejado. Tiene gingivitis aguda.

Scott levantó una ceja.

—Pues parecía guay...

—No lo es —dije con seguridad—. Te estoy ahorrando tiempo.

—¿Que le va el vudú? —le dijo Conrad a Roland susurrando.

Roland se encogió de hombros.

—Y a mí me parece que siempre huele bien.

—Bueno, pues gracias por el aviso. —Scott hizo un gesto con la cabeza y se alejó en dirección a Trinity.

Hijo de puta.

Deseé poder intervenir y simplemente ponerle el brazo en la cintura a Trinity. Si la besaba delante de la gente, todo el mundo sabría que era mía. Pero no, tenía que mantenerme a un lado y fingir que no significaba nada para mí.

Roland y Conrad comenzaron a hablar como si no hubiera ocurrido nada.

—Las entradas para los Flying Orangutans salen mañana —dijo Roland—. ¿Queréis ir?

—Me apunto —dijo Conrad—. Slade ¿te vienes?

Yo estaba observando a Scotty hacer su jugada. Se plantó delante de Trinity sonriendo y le dijo algo que la hizo reír. Le sacaba un palmo de altura y se mantenía erguido como si estuviera petado de músculos. Cuando ella volvió a reírse, se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Slade? —preguntó Roland.

—Ah, perdón. ¿Qué? —Me giré hacia ellos.

—¿Estás bien, tío? —Conrad me miraba como si fuera a venirme abajo y perder el conocimiento.

—Estoy de maravilla —gruñí.

—Entonces... ¿te apuntas al concierto o qué? —preguntó Conrad.

—Sí, claro. —Me importaba una mierda aquel estúpido concierto.



—Guay —dijo Roland—. Invitaré a Cayson.

—Me alegro de que os llevéis bien otra vez —dijo Conrad—. Se estaba comportando como una nenaza con todo ese tema.

—Me lo dices o me lo cuentas... —Roland puso los ojos en blanco.

Yo tenía los ojos clavados en Trinity. Scott se iba acercando cada vez más y era evidente que ella estaba interesada en la conversación que estaban manteniendo, fuera la que fuera. ¿Por qué Trinity no se largaba y punto? ¿Por qué estaba hablando con él?

—¿Quién es el tío bueno ese que está hablando con Trinity? —Skye se unió a nuestro círculo acompañada de Cayson.

—¿Tío bueno? —preguntó Cayson.

—Es una expresión —se apresuró a decir Skye.

—Pues no lo ha parecido —dijo Cayson sombríamente.

—Es un colega mío —aclaró Conrad—. Está en el equipo de remo.

—Eso explica lo de los brazos —dijo Skye. Miró a Trinity desde donde se encontraba—. Pues parece que se están entendiendo muy bien...

—Ese tío es un perdedor —dije de repente.

Skye me miró.

—¿Por qué?

—Pues porque... no mola nada. —Di un trago a la cerveza y me cocí en mi enfado sin decir nada.

—Espero que le pida salir —dijo Skye—. Necesita a un buen hombre en su vida.

Yo era un buen hombre.

Trinity por fin terminó la conversación y se dirigió a nosotros.

Gracias a Dios que aquello había acabado.

Se reunió con nosotros sosteniendo un vaso en la mano.

Skye se la quedó mirando con ojos de loca.

—¿Por qué coño estás hablando con nosotros?

—Madre mía, ¿qué he hecho para cabrearte? —preguntó Trinity.

—¡No! Quiero decir que por qué no estás con Scott —dijo—. Es superguapo, fuerte y muy inteligente.

Cayson se aclaró la garganta.

—Aunque no tiene comparación con mi hombre. —Le dirigió a Cayson una mirada tranquilizadora antes de girarse de nuevo hacia Trinity—. Siempre te ha gustado.

¿De verdad? Ahora quería matarlo.

Trinity se encogió de hombros.

—Es que no creo que yo le guste...

Conrad se rio.

—Acaba de venir aquí a preguntar si estabas soltera.

—¿Y qué le has dicho? —exigió saber Trinity.

—¿Tú qué crees que le he dicho? —soltó Conrad—. ¿Acaso tienes un novio secreto del que yo no sepa nada?

—No —dijimos Trinity y yo exactamente al mismo tiempo.

Nadie cuestionó nuestra respuesta sincronizada.

Skye echó una ojeada a Scotty y volvió a mirar a Trinity.

—Te está pegando un repaso que no veas mientras hablamos.

—¿En serio? —Trinity no miró.

—Ahora olvídate de nosotros y vete a pasar un rato con él —ordenó Skye.

Trinity intentó buscar una excusa para escaquearse.

—Eh... Yo...

—Dame una buena razón para pasar de él como lo estás haciendo —exigió Skye.

Trinity se volvió hacia mí disculpándose con los ojos. Los dos sabíamos que estábamos en un buen atolladero. Sería extraño que ella pasara de aquel tío, pero eso no quería decir que a mí la situación me hiciera ninguna gracia. Mi parte celosa despertó rugiendo y escupiendo fuego.

—Tienes razón —dijo Trinity—. Voy a hablar con él.

—Muy bien. —Skye la giró y le dio un empujoncito.

Yo apreté la mandíbula y estrujé el vaso hasta que se dobló y se rompió, derramando la cerveza por todas partes.

—Macho, que me estás llenando de mierda los zapatos. —Conrad retrocedió y sacudió los pies para quitarse las gotas.

—Lo siento. —Tiré el vaso a la papelera y me limpié las manos.

—Idiota —murmuró Conrad.

Yo no lo estaba escuchando. En lugar de eso, miraba fijamente a Trinity mientras el bracitos se inclinaba hacia ella con una sonrisa en la cara.

—Deberíamos hacer una cita doble —le dijo Skye a Cayson.

A juzgar por el gesto de irritación que lucía Cayson, no estaba interesado.

—¿No crees que estás adelantándote a los acontecimientos?

—Yo creo que será divertido —repuso Skye.

No iba a haber ninguna cita doble. Joder, y tampoco ninguna a solas. Trinity podía montar el paripé para el grupo, pero más le valía no tocar a aquel tío. Por mucho que fuera un bracitos, si le ponía un dedo encima a Trinity le daría una buena patada en el culo.

Cayson se cruzó de brazos y miró fijamente a Scotty.

—¿Por qué tanto escándalo? Ni siquiera es tan guapo...

Skye lo miró sonriendo y le rodeó el cuello con los brazos.

—Me parece que Cayson se está poniendo celoso...

—No —soltó él—. No estoy celoso.

Ella se rio.

—No tiene nada que hacer a tu lado, cariño. Eres el tío más buenorro de esta habitación... o de cualquier habitación.

Cayson abandonó de inmediato su actitud malhumorada.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto —le susurró Skye. Luego se inclinó hacia delante y lo besó con suavidad.

Roland puso los ojos en blanco.

—Disparadme, por favor.

—Y luego acabáis también conmigo —suplicó Conrad.

A mí Cayson y Skye me daban totalmente igual. Volví a posar la mirada en Trinity, pero ya no estaba.

¿A dónde coño se había marchado?

DOS

## Trinity

---

Scott se apoyó en la pared con el vaso en la mano. Tenía los ojos de un tono sorprendente de azul y una mandíbula cincelada que no tenía nada que envidiar a la de James Dean. Yo llevaba prendada de él desde el día en que lo había visto con mi hermano, pero él nunca había parecido interesado en mí... hasta ahora.

—Se acerca la graduación. ¿Estás nerviosa? —Bebió de su vaso mientras estudiaba mi rostro.

—Pues la verdad es que no. Sinceramente, estoy ilusionada por empezar con mi vida.

—Es verdad, que tú y Conrad tenéis la vida solucionada.

Odiaba escuchar aquel comentario de la gente. Había llegado a hacerse francamente molesto.

—No, voy a trabajar en algo que no tiene nada que ver con lo que he estudiado.

—¿A saber?

—El mundo de la moda.

Asintió aprobadoramente.

—Serías perfecta para la pasarela.

¿Por qué seguía la gente dando aquello por sentado?

—No, quiero ser diseñadora.

—Ah, qué guay. Así puedes desfilas con tu propia ropa.

Me halagaba que dijera aquello, pero no era verdad.

—Sea como sea, a eso es a lo que me voy a dedicar. Y mi padre me apoya.

—¿Va a quedarse Conrad con el imperio, entonces?

—No lo sé... No suelo prestar atención a lo que dice muy a menudo.

Se rio y se le iluminaron los ojos.

—Me parto contigo. Me gusta que una chica me haga reír, es lo que más me pone.

Me ruboricé ligeramente. Estaba más acostumbrada a las críticas que a los halagos. Cuando Slade había empezado a dedicármelos a diestro y siniestro, me había costado acostumbrarme.

—Scott, ¿puedo preguntarte algo?

—Dispara.

—¿Cómo es que nunca te has fijado en mí hasta ahora? Nos conocemos desde hace casi un año.

—Te equivocas, me fijé en ti desde el principio. —El momento de humor había desaparecido—. Es sólo que antes estaba medio saliendo con una chica...

Ah, ahora ya lo entendía.

—Y tu hermano me ha dicho que estabas disponible, así que he decidido que lo iba a intentar contigo antes de que lo hiciera otro.

Había anhelado escuchar aquellas palabras, pero en aquel momento no significaron nada para mí. La única persona con la que me lo pasaba bien era Slade. Me entendía de un modo que iba más allá de las palabras y la comunicación. Con una mirada me bastaba para expresarle mis deseos y

necesidades. Era una relación más fuerte que la amistad, más que el amor incluso. Pero si alguien me hubiera pedido que se la describiera o que la etiquetara con palabras, no habría sabido qué decir.

—¿Te apetece que cenemos juntos mañana por la noche? Si no tienes otros planes, claro.

¿Cómo iba a salir de aquella? Si le decía que no, él se lo contaría a mi hermano, que se lo contaría a Roland, que a su vez se lo contaría a Skye... porque en nuestra familia era imposible mantener algo en secreto. Así que sabía que tenía que aceptar para mantener las apariencias. Después de salir una vez con él, podía quitármelo de encima poniendo cualquier excusa.

—Claro, eso estaría bien.

Sonrió con sinceridad.

—De puta madre. ¿Te gustan las hamburguesas?

—No me van a gustar...

Se rio.

—Presiento que esta cita va a ir bien. —Sacó el móvil—. ¿Me das tu número?

Miré a Slade de reojo. Parecía un toro furioso a punto de embestir a Scott y tirarlo al suelo. Me volví otra vez rápidamente hacia Scott y le di mi número.

—Fantástico, me apetece mucho.

—Y a mí.

—Te recojo a las siete. ¿Te apetece que vayamos a jugar a los bolos?

¿Jugar a los bolos?

—Eh... claro, es divertido.

—Guay. Nos lo vamos a pasar muy bien.

Asentí intentando dar con un modo de librarme de él.

—¿Quieres que nos vayamos a tomar un café o algo así?



¿Qué excusa tenía para negarme?

—Es que esta es mi casa... No puedo marcharme sin más. —Aquello estaba bastante bien.

—Podemos acercarnos con el coche a Starbucks a por café y luego nos sentamos fuera.

Mierda.

—Eh... Claro.

—Genial. —Se dirigió hacia la puerta y yo lo seguí. Cuando miré hacia atrás, vi a Slade con pinta de estar a punto de quemar la casa con Scotty atrapado dentro. Cerré la puerta rápidamente a mi espalda porque no podía seguir mirándolo a la cara ni un segundo más.

NOS SENTAMOS en el suelo de ladrillo que había delante de mi casa mirando hacia el jardín. Desde la casa nos llegaba el lejano martilleo de la música. Era agradable escuchar el sonido de los grillos y los coches al pasar.

—Haces muchas fiestas. —Dio un sorbo a su café solo con un brazo apoyado en la rodilla.

—Sí, casi siempre es porque me siento obligada a hacerlo. Sé que muchos de mis amigos viven en apartamentos y es complicado meter a todo el mundo en un espacio reducido. Probablemente esta sea la última que dé.

—Qué lástima —dijo—. Pero bueno, tienes que pensar en ti antes que en nadie.

—Sí...

—¿Es verdad lo que me dijo Conrad de que saliste unas cuantas veces con un viejo?

Intenté no echarme a reír.

—No era viejo. Tenía veintisiete años. Mi hermano siempre exagera las cosas.

—¿Y por qué lo dejasteis?

Me encogí de hombros.

—No era mi tipo.

Me dio un suave codazo en las costillas y me guiñó un ojo.

—Y yo, ¿soy tu tipo?

Una sonrisa se extendió por mis labios.

—Hombre, desde luego me gustan tus brazos.

Flexionó un bíceps.

—Es de tanto remar.

—Impresionante. —Asentí y luego volví a fijar la mirada más allá del jardín.

—¿Tú cómo consigues mantenerte en tan buena forma? Tienes un cuerpo perfecto.

No me sentó bien su comentario. Puede que ya estuviera acostumbrada a los piropos más suaves, como «guapa» o «preciosa» que me dedicaba Slade. Hasta era capaz de hacerme sentir bonita sin decirlo de verdad. Sólo tenía que tocarme o mirarme para que yo supiera lo que estaba pensando. Aquellos comentarios tan descarados ya no me hacían sentir deseable.

—Me gusta correr.

—¿Cuánto corres?

—Ocho kilómetros al día.

—Joder. —Abrió mucho los ojos—. Eso es bastante.

—Deberías verme las plantas de los pies. Las tengo destrozadas.

—Déjame que te dé un masaje en los pies.

¿Me estaba tomando el pelo?

—Tengo los pies muy feos ahora mismo, te aseguro que no quieres verlos.

—Venga ya, una chica tan guapa como tú se merece que la mimen. —Me cogió las piernas y se las puso encima de las suyas.

—Caray... de acuerdo.

Me quitó las botas y empezó a frotarme un pie a través del calcetín.

Aquello era placentero... muy placentero... pero seguía siendo raro.

—Gracias.

—De nada. —Me masajé la planta del pie y después el talón.

Skye y Cayson salieron de casa seguidos de Slade.

—Os veo muy cómodos, chicos. —La sonrisa de Skye iluminaba el jardín. Notaba que estaba encantada con el interés que Scott demostraba por mí. Le importaba más mi vida amorosa que a mí.

—Tiene unos pies preciosos. —Scott continuaba frotándomelos.

La mirada de Slade era la más sombría que le había visto nunca. Apretaba la mandíbula con fuerza y parecía dispuesto a arrancarle la cabeza a Scott.

Aquello era superincómodo...

—Vamos a dejarlos en paz —dijo Skye tirando de Cayson—. Vámonos a casa y yo te hago un masaje a ti.

—A eso no voy a decir que no. —Cayson la cogió de la mano.

Slade se quedó donde estaba y empezó a emitir un fuerte gruñido.

Scott paró y lo miró.

—¿Estás bien, tío...?

Sin pronunciar una sola palabra, Slade se adentró hecho una furia en la oscuridad.

Suspiré y sentí que el corazón se me desplomaba a los pies. No quería quedarme allí sentada mientras Scott me frotaba los pies; lo que quería era meterme con Slade en mi cama y hablar con él en susurros. Quería sentir su calidez y su contacto. Mantener en secreto nuestra relación cada vez resultaba

más doloroso y desgarrador.

No estaba segura de poder seguir haciéndolo.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Slade irrumpió como una tromba por la puerta. Si no lo conociese, habría llegado a la conclusión de que había venido a mi casa a matarme a sangre fría.

Me levanté del sofá y me aclaré la garganta.

—Sé que esto es...

Cerré la boca al advertir el brillo maniaco de sus ojos.

—Esto. No. Me. Gusta.

—Ni a mí...

—No quiero que lo vuelvas a ver. Y no se hable más. —Los brazos le temblaban a los costados.

—Yo tampoco quiero hacerlo, pero...

—¿Anoche pasó algo? —exigió saber—. ¿Te besó?

—Te quiero contestar, pero supongo que me vas a interrumpir —salté yo.

Gruñó.

—No estoy de humor para tus borderías, Trinity.

Sabía que empeorar el humor de Slade poniéndome yo también difícil no sería de ayuda.

—No me besó.

—Parecías la hostia de a gusto mientras te frotaba los pies. —Tenía la mirada más oscura que nunca.

—Deja de actuar como un loco, novio celoso.

Respiró hondo como si estuviese a punto de ponerse a rugir.

—Soy tu novio y me pondré celoso si quiero. Me pondré como un puto psicópata si me apetece. Tú. Eres. Mía.

Sus acaloradas palabras me habían llenado de agitación.

—¿Eres mi novio? —Aquello no era algo que hubiera creído posible que me diera. Sabía que me había prometido intentarlo, pero aun así me sorprendieron las palabras que salieron de su boca—. Pensaba que a ti eso de tener novia no te iba...

—Bueno, pues he cambiado de opinión. —Tenía las manos cerradas en puños—. No me gustó que salieras con Reid, y por lo que sea esto me ha gustado todavía menos. No te quiero volver a ver con él. Lo digo en serio. Me lo cargo, Trinity. Te juro por Dios que me lo cargo.

—Vale, vale, no lo haré.

Liberó el aire que estaba conteniendo en los pulmones.

—Pero después de esta noche...

Se volvió a poner hostil de inmediato.

—No. Y no quiere decir no.

—Tengo que salir con él al menos una vez.

—¿Y eso quién lo dice? —Estaba prácticamente gritando.

—Todos pensarán que no tiene ningún sentido, ¿por qué iba a decirle que no?

—Ah, es verdad, porque estás pillada por él. —Puso cara de niño malcriado.

Seguro que Skye había sacado el tema.

—Ya no me gusta.

—Me importa una mierda. Una cosa es salir con un tío que no te puede dar más igual, pero que te haya gustado hace que me parezca inaceptable. ¿Cómo te sentirías si yo saliera con una ex?

—No me gustaría un pelo —dije con sinceridad—. Pero ahora ya no puedo

hacer nada, tengo que salir con él.

Se agarró la cabeza con las manos y recorrió el salón a zancadas.

—No va a pasar nada, Slade. Tranquilízate.

—No quiero que te toque. Y de besarte ni hablar.

—Me parece perfecto. —Nunca lo había visto enfadarse tanto.

Dejó de caminar y se quedó mirando la pared. Tenía un puñado de pelo agarrado y parecía absorto en sus pensamientos. Entonces se dio la vuelta hacia mí.

—A tomar por culo. Vamos a contárselo a todos y ya está. Me importa un cojón lo que piense nadie. Si tu padre viene a por mí, pues daré la cara.

—¿Y eso te parece preferible a que yo salga con Scott unas cuantas horas?  
—pregunté asombrada—. Ambos sabemos que todavía no estamos preparados para eso. ¿Qué se supone que tengo que decirle a la gente? ¿Que somos follamigos en exclusiva?

—Que somos novios —dijo con firmeza.

—Pero eso no quiere decir que la cosa vaya a ir a más...

—Trinity, ya te he dicho que lo voy a intentar —exclamó impaciente—. Dame un poco de respiro, no te puedo ofrecer una casa de campo con valla de madera de la noche a la mañana.

—Eso lo entiendo. —Intenté mantener la calma para que no se alterara—. Pero sólo estoy dispuesta a enfrentarme a las escenitas y las caras de disgusto que va a provocar nuestra confesión si tengo el convencimiento de que esto es una relación sólida.

—Nada es seguro —dijo con pesimismo.

—No... pero unas cosas son más probables que otras. No puedo mirar a mi padre a los ojos y explicarle de qué va todo esto a menos que pueda asegurarle que tú me das todo lo que necesito. En este momento, no se lo puedo decir. Sé que te sientes frustrado y a mí me pasa lo mismo, pero esa no es la solución.

Suspiró y se dejó caer en el sofá.

—Tienes razón...

Me acerqué a él.

—Yo siempre la tengo.

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. Intentó disimularla, pero no lo logró del todo.

—Tampoco diría tanto...

Me senté en su regazo y le rodeé el cuello con los brazos. Él me agarró de inmediato y me atrajo contra su pecho, como había hecho cientos de veces.

—Sólo vamos a cenar —susurré—. Después se habrá acabado.

—Come rápido.

—Bueno, como poquísimo, así que tardaré todavía menos.

Se reclinó en el sofá y me mantuvo abrazada.

—¿Por qué tienes que ser tan guapa? Todos los tíos de la fiesta te miraban como si tuvieras que ser suya. Es la leche de molesto. —Apretó la mandíbula.

—Nadie me estaba mirando. —Que yo supiera...

Resopló de risa.

—¿Pero cómo puedes estar tan ciega? Sé que no eres muy espabilada, pero joder...

—No estoy ciega —protesté.

—Anoche eras la mujer más guapa de toda la fiesta. Eres la más guapa vayas a donde vayas, de hecho. Y eso lo saben todos los tíos.

Slade se hacía cada vez más adorable a medida que pasaba el tiempo.

—Te agradezco el cumplido, pero...

—¿Por qué te piensas que todo el mundo da por sentado que quieres ser modelo?

Me encogí de hombros.

—Supongo que porque es algo lógico.

Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco al mismo tiempo.

—Pero mira que eres tonta.

Le di un cachete en el brazo.

—¡Pero bueno!

Sonrió.

—¿Eso tenía que hacerme daño?

—Ah, si es lo que quieres, te haré daño de verdad.

Se acercó más a mí y pegó su cara a la mía.

—¿Eso es una amenaza?

Por un segundo me olvidé de lo que estábamos hablando. Su rostro ridículamente atractivo y su sonrisita de chulo trastocaron el curso de mis pensamientos. Su familiar aroma me llegó a la nariz y me hizo sentir débil. Siempre que lo tenía cerca me quedaba atontada de amor. La lógica y la razón desaparecían de mi cabeza como ratas huyendo de un barco que se hunde.

—Podría contigo...

Se rio.

—¿Con esos brazos esqueléticos y esas piernas delgaduchas? Claro, claro...

Lo empujé hacia el sofá y lo sujeté.

—¿Ahora quién es el delgadocho?

Me dedicó aquella sonrisa suya que había llegado a adorar. La veía en sueños y también cuando estaba despierta.

—Sabes que te estoy dejando ganar, ¿verdad? Soy un caballero.

—Ja, caballero tú...



Entornó los ojos, me agarró y me dio la vuelta, poniéndose encima de mí.

—Si no lo vas a apreciar, no me molestaré en serlo. —Hundió mis manos en el almohadón y utilizó el cuerpo para inmovilizarme.

Me retorcí debajo de él, intentando librarme de su pesado cuerpo.

—Dios, pero mira que estás gordo.

—¿Gordo? —preguntó con incredulidad—. No creo que los kilos de músculo me conviertan en gordo.

—Lo que tú digas, gordinflas.

Me gruñó.

—Sigue así y te vas a enterar de lo que es bueno.

—Uuuh, qué miedo tengo... —dije con sarcasmo.

Me agarró ambas muñecas con una de sus manazas y mantuvo la otra suspendida sobre mis costillas. Sus ojos adquirieron un aspecto amenazador.

—Espero que no tengas ganas de hacer pis.

El horror invadió mi mente.

—¡No te atrevas a hacerme cosquillas! Sabes que tengo muchas.

—Pues deberías haber pensado en eso antes de llamarme gordinflas.

—Acercó un poco más la mano. Saber lo que se avecinaba era lo peor de todo.

—¡No! —Me retorcí intentando liberarme—. No lo hagas.

—Así son las cosas...

—¡Nooo!

Me hundió los dedos en las costillas y me hizo cosquillas sin piedad.

Yo me reía de forma incontrolable, intentando combatir la sensación que me encendía el cuerpo, haciendo que me dieran espasmos y me contrajera como si me estuviese dando un ataque. Las lágrimas me rodaban por la cara mientras

sus dedos hacían su trabajo.

—¡Para! —Intenté quitármelo de encima—. Para.

—Jamás. —Continuó.

—Lo siento, ¿vale? Lo siento.

—No, no te vas a librar de esta tan fácilmente. —Su mano se desplazó hacia mi vientre—. Necesito algo más que eso.

—¡No eres un gordinflas!

—¿Y qué es lo que soy? —No paró.

—¡El hombre más sensual y atractivo que he visto nunca! —dije mientras seguía retorciéndome bajo sus manos.

—¿Y qué más?

—Genial en la cama.

—Bien, bien... —Sus manos me estaban torturando—. ¿Y qué más?

—Y tienes unos ojos muy bonitos.

—¿Unos ojos muy bonitos? Tú sabes hacerlo mejor que eso. —Siguió haciéndome cosquillas.

—¡La tienes enorme!

Sonrió.

—Ahora ya empezamos a hacer avances.

—¡Y me haces más feliz de lo que he sido nunca!

Su mano se detuvo por fin. Bajó la vista hacia mí y noté una sombra extendiéndose por sus ojos. Se contrajeron levemente, exhibiendo una emoción imposible de interpretar. Se inclinó sobre mí y apoyó la cabeza en la mía.

Sin pronunciar palabra, me levantó el vestido y se bajó los vaqueros. Me quitó las bragas de un tirón y se colocó entre mis piernas, juntando todo lo posible nuestros cuerpos. Sus labios buscaron los míos y su miembro se deslizó en mi

interior con lentitud. Cerró la mano sobre mi pelo mientras se balanceaba suavemente encima de mí sin apresurarse, tomándose su tiempo.

Subí la mano por su camiseta y sentí lo caliente que tenía la piel. Le clavé ligeramente las uñas, dejando marcas pero sin hacerle sangre, y dejé escapar suaves gemidos mientras disfrutaba de las cosas increíbles que les estaba haciendo a mis labios y a mi cuerpo.

Me rozó la boca con los labios y me miró a los ojos mientras continuaba dándome placer. Después pegó su boca a la mía y me dio otro ardiente beso. Nos movimos juntos en el sofá tomándonos nuestro tiempo, aferrándonos el uno al otro como si estuviéramos desesperados por sentirnos.

Mi relación con Slade no tenía nada que ver con la que había empezado siendo. Ahora el sexo era lento y cariñoso, no furioso y salvaje. Siempre me besaba al moverse en mi interior, sujetándome fuerte con las manos como si temiera que me pudiera escapar. Llegar al orgasmo no parecía importarle. El momento se prolongaba entre ambos, haciéndonos sufrir tanto como disfrutar. Era indescriptible. Cuando intentaba entender nuestra relación, no lo conseguía. Era una paradoja. Al mirar a Skye y Cayson me daba cuenta de que nuestra relación no tenía nada que ver con la suya, pero aquello tampoco era nada malo. Aunque fuese complicada, acalorada y difícil de llevar, ocultaba mucho bajo la superficie. Había pasión, confianza y amistad. Nuestra relación no era convencional, pero no por ello era mala. En todo caso, había reforzado mi vínculo con Slade.

Intentaba fingir que no le tenía cariño, que el hecho de que me dejara no me afectaría para nada. Pero mientras me hacía el amor en el sofá como si me quisiera, supe en el fondo de mi corazón que me quedaría destrozada si alguna vez se marchase.

Y que nunca me recuperaría.

—¿QUÉ vas a pedir?

Al despertarme aquella mañana, Slade había hecho el desayuno y había dejado la bandeja en la mesilla de noche. El olor de los huevos con beicon me había

despertado, y al ver el rostro de Slade sentí una oleada de calidez en el corazón. Se inclinó y me besó en la frente.

—¿Trinity?

—¿Sí? —Perdí el hilo de mis pensamientos y miré a Scott, al otro lado de la mesa.

Levantó una ceja.

—¿Estás bien?

—Perdona, hoy tengo la cabeza en otra parte...

—¿Y qué parte es esa?

Mi único deseo era soltarle que estaba viendo a otra persona y que aquella cita no tenía sentido, pero no pude porque sabía que se lo diría a mi hermano. De aquello no cabía duda.

—Mis cosas sobre moda...

Asintió y volvió a mirar la carta.

—¿Qué te vas a pedir? Yo la hamburguesa con champiñones.

Miré los platos a pesar de que no tenía hambre.

—La ensalada de la casa tiene buena pinta.

—¿Una ensalada? —preguntó con asombro—. Me gusta que las chicas coman comida de verdad, no para conejos.

Para evitar una discusión sobre mis hábitos alimentarios, dije:

—La hamburguesa con aguacate seguro que está buena.

—Eso está mejor.

A Slade nunca le importaba si yo comía o dejaba de comer, lo cual estaba muy bien.

—¿Qué tal te va en las clases? —preguntó.

—Bien —dije vagamente—. Pero no son muy interesantes. No entiendo muy

bien qué es lo que le apasiona tanto a Skye del asunto.

—Quiere ganar dinero —soltó él—. Algunas personas están hechas para ello.

—Supongo que yo no. Sé que sería feliz mientras tuviera un techo sobre mi cabeza, buenos amigos y seguro médico. Un poco de dinero extra para ropa también estaría bien.

Estudió mi rostro.

—Eres una chica genial. Casi todas las tías son superficiales y materialistas. Tú no.

No supe qué responder, así que no lo hice.

—Vaya, ¡pero qué casualidad!

Tanto Scott como yo giramos la cabeza.

Slade estaba de pie junto a nuestra mesa y parecía muy contento de vernos.

—He venido a comer algo y resulta que vosotros también.

Tenía la sensación de que aquello no iba a terminar bien.

—Os acompaño si no os importa. —Slade se sentó en mi banco del reservado y me arrinconó contra la pared—. En fin, ¿vosotros qué vais a pedir? —Cogió la carta y se puso a mirarla. Actuaba como si aquella situación terriblemente embarazosa fuera algo completamente normal—. Mmm... La hamburguesa con aguacate tiene muy buena pinta.

Scott me miró levantando una ceja y luego se volvió hacia Slade.

—Oye, tío... ¿qué es todo esto?

—Es que necesitaba comer algo decente. Después de un tiempo los tallarines de microondas empiezan a ponerme enfermo.

Quise taparme la cara y desaparecer.

—Bien, pues Trinity y yo estamos en una...

—He oído que el equipo de remo va a jugar las eliminatorias —le interrumpió Slade.

Scotty se olvidó de lo que estaba diciendo antes.

—¡Sí! Si ganamos seremos los campeones de la división.

—Mola —dijo Slade. Después se puso a hablar con él sobre todos los detalles de aquel deporte, aislando a Scott de mí y sabotando la cita entera. A Scott no le pareció extraño y respondía a todas las preguntas que le hacía Slade.

Me sentía aliviada por la interrupción de la cita, pero también avergonzada. No me podía creer que Slade se hubiera acercado hasta aquí sólo para asegurarse de que Scott no me tocara ni intentara propasarse.

La camarera se acercó a tomar nota de nuestros pedidos. Mientras Slade pedía, Scott pareció acordarse de que no tendría que estar allí.

—La verdad es que Trinity y yo estábamos pasando la noche...

—Tomaré la hamburguesa de aguacate —le dijo Slade a la camarera—. Pero sin pepinillos. Odio los pepinillos.

Scott suspiró con irritación.

—Yo tomaré lo mismo —dije yo.

A continuación pidió Scott, no de muy buen humor.

Cuando se alejó la camarera, Slade pasó a la ofensiva.

—¿Qué clases has escogido?

A Scott pareció que se le pasaba otra vez el enfado y se embarcó en un relato sobre su trayectoria académica.

Apoyé la barbilla en la mano e intenté no quedarme dormida. Parecía que Slade y Scott estuvieran en una cita y yo fuera una simple espectadora. Cuando llegó la comida, di algunos mordisquitos y luego saqué el móvil en un intento de entretenerme mientras Slade le hacía a Scott todas las preguntas imaginables.

—Háblame de tu niñez... —pidió Slade mientras comía.

—¿De mi niñez? —preguntó Scott alzando una ceja.

—Sí. ¿Dónde creciste? ¿Tienes hermanos? Empieza por el principio. Cuéntame tu primer recuerdo.

Me tapé la cara sintiendo cómo se me ruborizaban las mejillas. Slade estaba haciendo todo lo que podía para distraer la atención de Scotty de mí. Y lo irónico era que realmente le estaba dando resultado.

—Bueno, me acuerdo de que tenía un avión de juguete... —Scotty frunció las cejas muy concentrado.

—Qué guay. ¿Y qué más?

—Eh... —Scott se puso a rememorar todos los detalles de su niñez hasta que llegó la cuenta.

Aquella era la cita más extraña que había tenido en mi vida.

Slade metió el dinero de la comida de ambos en el portacuentas antes de percatarse de su error y sacar algo de dinero. Scott pagó lo suyo y lo mío.

Slade se dio la vuelta hacia mí.

—¿Podrías darme clases particulares de matemáticas? Te pagaré. Es que tengo un examen mañana.

Slade no daba matemáticas. Y sabía que a mí se me daban de pena.

—Pues...

—Pero íbamos a jugar a los bolos. —Scott volvió a irritarse.

—Venga, Trin. Te necesito de verdad. —Slade no se apeaba del burro.

Scott suspiró.

—Supongo que podemos ir en otra ocasión...

—Perfecto, entonces. —Slade se levantó y me miró—. En marcha.

Slade era increíble.

—Quedamos en mi casa en cinco minutos.

Slade nos miró a Scott y a mí, claramente poco contento con la idea de

dejarnos solos.

—Más te vale no hacerme esperar. —A continuación, salió del restaurante.

Me giré hacia Scotty.

—En fin, gracias por la cena...

Scott miraba fijamente el último sitio en el que había estado Slade.

—Me estaba preguntando ahora mismo si Slade... es, ya sabes... ¿gay?

¿¿Cómo??

—Es que me ha parecido muy interesado en mí.

Al repasar mentalmente la conversación que habían mantenido, entendí por qué había llegado Scotty a aquella conclusión.

—Eh... No que yo sepa. Pero a lo mejor sí. —¿Qué otra explicación podía dar que justificara su comportamiento?

Asintió.

—Tengo un amigo que es gay. A lo mejor les puedo arreglar una cita.

Intenté no reírme.

—Yo se lo podría preguntar...

Scotty me acompañó hacia la salida del restaurante y luego hasta su coche. Después me llevó de vuelta a mi casa. Cuando aparcó en la acera pude ver el coche de Slade en el camino de entrada. Tenía que haber venido a toda leche para haber llegado tan rápido. Estaba de pie en el porche y no nos quitaba ojo. Tenía llave de mi casa, pero estaba claro que su intención era que Scott se sintiera lo más incómodo posible y así no intentara besarme.

Bajamos del coche y nos paramos en el césped a medio camino de la casa.

—En fin, pues me lo he pasado bien... casi todo el tiempo. —Scott me dedicó una pequeña sonrisa—. Me gustaría que volviéramos a quedar.

Vale... ¿cómo salía de aquella?



—Date prisa, Trinity —exclamó Slade desde el porche—. No tengo todo el día.

Puse los ojos en blanco.

—Es un mandón, ¿eh? —dijo Scott con una sonrisa, aunque era obvio que estaba mosqueado.

—A veces se pone así...

—Entonces, ¿qué te parece que vayamos a jugar a los bolos el próximo fin de semana? —insistió.

—Eh... Ya te llamaré. —Aquello era una guarrada, pero no se me ocurrió otra cosa que decir.

—Vale. Pues hablamos entonces. —Se acercó como si fuera a darme un beso.

—¡Que no tengo todo el día! —chilló Slade.

Scott se paró en seco y suspiró.

—Hasta luego.

—Adiós —dije yo.

Scott se metió en el coche y se fue.

Me acerqué a la puerta y miré a Slade.

—¿Qué coño ha sido eso?

—De nada —escupió él.

—Lo habría tenido controlado.

—Bien, pues te he ahorrado el trabajo sucio.

—Supongo que sabes que cree que eres gay, ¿no?

Se le pusieron los ojos como platos.

—¿Qué?

Asentí.

—Cree que estás por él.

Slade gruñó molesto.

—Pues perfecto. Mientras te deje en paz me da igual lo que piense.

—Y quiere montarte una cita con un amigo suyo. —Intenté no reírme al ver su gesto horrorizado.

—¿Pero cómo es posible que piense que soy gay? Todo el mundo sabe que me he tirado a mil tías.

—Pues... en la cena estabas definitivamente interesado en él.

Utilizó su llave para entrar.

—Lo que tú digas.

—Que sepas que si quieres estar con él, yo no me interpondré en tu camino...

Se dio la vuelta y me dedicó una mirada asesina.

—Ahora mismo estás jugando con fuego...

—Me gusta el calorcito —pinché yo.

—¿Quieres que te demuestre lo poco gay que soy? —exclamó—. Porque no tengo inconveniente.

—¿Quieres que ponga un poquito de porno gay antes?

Me agarró y me puso contra la pared. Se quitó la ropa a la velocidad de la luz y a continuación me desnudó a mí. Me agarró por el trasero y me levantó mientras yo apoyaba la espalda contra la pared. Entonces sentí su larga y dura erección en mi interior.

—¿Te sigo pareciendo gay? —Me miró a los ojos mientras me embestía con dureza.

Yo no podía hablar del gusto que sentía, así que me limité a negar con la cabeza.

—Eso pensaba yo.

TRES

## Roland

---

No había dejado de pensar en mi incidente con Jasmine, aunque ya hubieran pasado meses. Me arrepentía de haberle hecho daño a Cayson, pero me sentía aún peor por cómo me había comportado con ella. Por mucho que me dijera a mí mismo que había intentado ser el bueno de la película, sabía que no era así. La había usado y la había hecho sentir peor, a pesar de que ella se negara a admitirlo.

Como si fuera un acosador, fui al bar en el que trabajaba. Sentado a solas en un rincón, esperé a que hiciera su aparición. Las chicas de una mesa cercana me lanzaban miraditas; eran guapas, pero me recordé a mí mismo el motivo por el que estaba allí.

Entró una hora más tarde con el pelo ligeramente ondulado sobre los hombros. Se había puesto brillo de labios y mucha sombra de ojos. Su camiseta ceñida destacaba sus curvas y todos los tíos giraron la cabeza para fijarse en su evidente belleza.

Se puso a trabajar y luego se dirigió a mi mesa. Cuando casi había llegado hasta mí, le brillaron los ojos al reconocermelo y luego adoptaron una expresión de irritación. Suspiró y sacó la libreta.

—¿Bebiendo solo? Parece que lo haces mucho, ¿no?

Sí, me odiaba.

—Cuando estoy deprimido.

No me preguntó qué me rondaba por la mente.

—¿Qué quieres tomar? Tengo otras mesas.

—Lo que tengas de barril.

—Vale. —Se dio la vuelta.

—Jasmine, espera.

Se giró con el cabreo grabado en cada uno de sus rasgos.

—¿Qué?

—¿Podemos hablar cuando salgas?

—¿De qué quieres hablar? Hace meses que no te veo. Ya ni me acuerdo de ello, tío. Déjalo ya.

—Por favor —insistí—. Concédeme sólo unos minutos de tu tiempo.

—Vale, como quieras. —Se alejó y sirvió a las otras mesas. Cuando me trajo la cerveza, apenas me dirigió una mirada. Yo vi el partido en la televisión en el rincón mientras pasaban las horas. Cuando terminó el turno, se quitó el mandil y luego se sentó a mi mesa.

Se me quedó mirando, esperando a que hablara.

—¿Qué?

—He estado pensando mucho en lo que pasó.

Puso los ojos en blanco.

—Le conté a Cayson lo que ocurrió y se mosqueó muchísimo.

Aquello captó su atención.

—¿En serio? —Su voz estaba llena de sorpresa.

—Sí. Le enfadó que hubiera roto un código de tíos y también que me aprovechara de ti. De hecho, dijo que no quería volver a hablar conmigo nunca. Por suerte, parece que Skye acabó convenciéndolo porque cambió de opinión.

—Me sorprende que le importase... y me sorprende que se lo contaras.

—Es uno de mis mejores amigos, tenía que contárselo. Además, se habría enterado de alguna otra forma y eso habría sido peor.

Apoyó la barbilla en la mano y luego sopesó mis palabras.

—¿Es eso todo lo que querías decirme?

—No... —Palpé el vaso—. Quería volver a disculparme.

Suspiró.

—Los dos somos mayores de edad. No hiciste nada malo, Roland. Si yo no hubiera querido hacerlo, te habría echado.

—Pero sabía que sólo lo hacías porque estabas deprimida por lo de Cayson.

Se encogió de hombros.

—Cada uno afronta el dolor de una manera distinta, pero los dos sabemos que si fuera un tío, nadie cuestionaría mis acciones para nada. Pero como soy una mujer, parece un grito de ayuda. —Sacudió la cabeza—. Es muy molesto. No me ofendo fácilmente y soy una persona fuerte. Estoy acostumbrada a que la gente me trate como a una mierda, así que ni me inmuto cuando pasa.

—Pero esa es la cuestión, que no te mereces que te traten así, así que no deberías aceptarlo. Jasmine, en cuanto has entrado aquí todos los tíos te han clavado los ojos. Eres inteligente, divertida y muy guay.

—Aunque así sea...

—Sólo creo que te mereces más de lo que aceptas.

—Estoy en mi derecho —dijo con desdén—. Ahora, si esta conversación se ha acabado, tengo otras cosas que hacer.

—No se ha acabado.

Intentó ocultar su cabreo.

—¿De qué más querías hablar? ¿De la mala infancia que tuve? ¿De que ya debería haber superado lo de Cayson? ¿De que mi vida es una serie de malas

decisiones? Creo que voy a pasar...

—En realidad quería pedirte una cita.

Se quedó paralizada ante mi declaración.

—¿Cómo?

—Quiero compensarte por lo que hice. Así que deja que te lleve a una cita... una de verdad.

Me miró como si estuviera loco.

—Roland, no me interesa tener una relación contigo. No te ofendas, pero es que no eres mi tipo.

—Yo tampoco estoy buscando una relación. Sólo quería borrar aquella noche y sustituirla por una noche digna de ti.

Estudió mi rostro durante unos instantes.

—Estoy bien, de verdad. No hace falta que me compenses por nada.

Me quedé mirando por la ventana.

—Es sólo que no quiero ser ese tío que... utilizó a la ex de su amigo. Hace que me odie a mí mismo.

—Entonces, ¿esto lo haces para no sentirte culpable? —preguntó—. ¿Y no tiene nada que ver conmigo?

—Supongo. Pero tengo la esperanza de poder demostrarte cómo te mereces que te traten. Y me importas de verdad. Si no fuera así, la culpa no se me habría comido vivo. Te considero una amiga aunque tú no sientas lo mismo.

Por primera vez, sus ojos se empañaron de emoción.

—Pues claro que te considero un amigo.

—Entonces vamos a salir y a pasárnoslo bien.

Sonrió.

—Vale, está bien. Supongo que podría ser divertido.

—Será divertido. —Le guiñé un ojo—. Sé cómo hacer que una chica se lo pase bien.

—Creo que ya lo hiciste —dijo con una carcajada.

—Todavía no has visto nada.

—¡CAYSON, espera! —Lo divisé al final del pasillo.

Se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Qué pasa? —Llevaba la mochila colgada de un hombro.

Lo alcancé.

—¿Tienes un minuto?

—Voy a Sever Hall, así que tardaré un rato en llegar.

—Vale. —Caminé a su lado con las manos en los bolsillos—. Quería preguntarte una cosa. Pero no te enfades conmigo, por favor.

Cayson me observó y su mirada se volvió suspicaz.

—No me des una razón y no lo haré.

—Me preguntaba si podría llevar a Jasmine a una cita.

Cayson se paró en seco.

—¿Estás de coña?

—Déjame terminar —dije rápidamente—. Me siento fatal por lo que le hice, así que quería compensárselo llevándola a cenar y al cine. Ya sabes, para mostrarle el respeto con el que debería haberme comportado en un principio. No pretendo liarme con ella ni sacarle nada al final de la noche. Sólo me pareció que sería una forma agradable de hacer que se sintiera mejor para que tenga la sensación de que a alguien le importa... —Estudié su rostro con la esperanza de que no se pusiera a gritarme.



El enfado fue apaciguándose.

—Entonces ¿vas a llevarla a dar una vuelta como amigo?

—Sí, exacto. Sé que le vendría bien un amigo, parece que esté sola... o sea, todo el tiempo.

—Se mudó aquí hace unos años, así que no tiene muchos amigos.

—Ya me he dado cuenta...

—¿Qué te hace pensar que ella aceptaría siquiera?

Desplacé el peso a la otra pierna e intenté mantenerme fuera del alcance de un inminente puñetazo.

—Se lo he preguntado.

—¿Y te ha dicho que sí? —preguntó con incredulidad.

—Bueno, al principio me rechazó porque decía que no me veía de forma romántica, pero cuando le dije que sólo íbamos a salir como amigos, aceptó.

Cayson asintió lentamente.

—A eso no le veo nada de malo.

Bueno, pues aquello había salido bastante bien.

—Vale. Genial.

Cayson me miró durante un rato.

—Supongo que me había equivocado contigo. Cuando me pediste perdón, creía que sólo odiabas haberte cargado nuestra relación. Pero supongo que sí que te preocupas por ella.

Me encogí de hombros.

—Yo voy tirándome a tías por ahí y tengo muchos rollos de una noche. Es algo que nunca me ha importado, pero, por alguna razón, me siento fatal haciéndoselo a ella. Supongo que es porque está deprimida por ti y yo lo sabía, pero lo hice de todas formas.

Asintió.

—Hay una cosa que deberías tener en cuenta antes de hacer esto...

—¿El qué? —pregunté.

—No estoy seguro de cómo se va a sentir Skye cuando sepa que estás pasando tiempo con mi ex. Es un poco raro...

—Ah. Bueno, a mí me da igual lo que piense.

—Sigue siendo una puñalada tramera. Skye nunca lo admitirá, pero sé que Jasmine no le cae bien. Aunque supongo que no puedo culparla. Yo odio a todos los novios que ha tenido en su vida. Cada vez que la veía tocando a otro, quería arrancarle la cabeza al tío.

—Lo superaré. —Volví a cambiar el peso de pierna—. Entonces, ¿estamos bien?

—Sí. —Me estrechó la mano—. Haz que se lo pase bien.

—Lo haré. Creo que me la voy a llevar a los *karts*.

Cayson se rio.

—Pues en realidad es probable que le guste.

—Sí, es muy cañera. A veces no entiendo por qué la dejaste por mi hermana, que es un coñazo y además fea.

Esbozó una sonrisa.

—Bueno, Jasmine y yo podríamos haber hecho muy buena pareja. Me lo pasaba muy bien con ella, pero Skye es mi alma gemela. Nadie podrá compararse con ella jamás. Esa es la realidad.

—¿Tu alma gemela? —pregunté asombrado—. ¿Qué pasa? ¿Estamos en un libro de Nicholas Sparks?

Soltó una carcajada.

—Cuando encuentres a la chica adecuada, sabrás a lo que me refiero.

—Eso no va a pasar nunca. Si siento la cabeza con una mujer, estoy seguro de

que la querré, pero jamás afirmaré que fue creada sólo para amarme.

Me dio unas palmaditas en el hombro antes de alejarse.

—Ya volveremos a tener esta conversación cuando llegue el momento.

CUANDO JASMINE ABRIÓ LA PUERTA, le tendí un ramo de rosas rojas.

Ella se las quedó mirando mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Son preciosas.

—Como tú.

Las cogió de mis manos y entró en su apartamento. Después de encontrar un jarrón y llenarlo de agua, lo puso en la mesita del salón.

—Dan mucha alegría a la sala.

—Y huelen bien.

Se rio.

—Eso también. —Llevaba una blusa, unos vaqueros y botas. Tenía el pelo brillante y sedoso, y el maquillaje hacía que le resplandecieran los ojos.

—Estás guapa. —Yo llevaba unos vaqueros y una camiseta oscura.

—Tú también estás guapo.

Me dirigí otra vez hacia la puerta.

—¿Vamos?

—Claro. Me estoy muriendo de hambre.

—Ya somos dos.

Cuando llegamos a mi coche, le abrí la puerta del pasajero.

Los ojos de Jasmine reflejaron su sorpresa, pero no la expresó en voz alta.

Fuimos conduciendo hasta una hamburguesería de Boston y entramos.

—Este lugar huele de maravilla... mejor que esas rosas.

—Deberían hacer una colonia con olor a hamburguesa —afirmé.

Ella se echó a reír.

—La usarían un montón de tíos.

—A lo mejor debería inventarla. —Me froté la barbilla y luego me acerqué a la carta—. ¿Cuál vas a pedir?

—La número uno.

—Vale. —Me acerqué al mostrador, pedí por los dos y lo pagué todo. Después de coger nuestra comida, dejé las bandejas en una mesa y le retiré la silla.

Ella sonrió y luego tomó asiento.

—Esto se está convirtiendo en una cita agradable.

—Te dije que era un tío divertido.

Se llevó la hamburguesa a la boca y fue dando mordisquitos. Tenía los hombros redondeados y bien definidos, y el abdomen firme por los músculos.

—¿Qué clase de ejercicio haces? —pregunté.

—Hago pesas y salgo a correr.

—Se nota. —Me metí ocho patatas a la boca al mismo tiempo.

Ella sonrió mientras me miraba.

—¿Tienes hambre?

—¿En qué lo has notado?

Ella picoteaba la comida y apenas se comió la mitad de lo que había pedido.

—Oye, eso es ridículo —bromeé—. Mi hermana te da mil vueltas.

—Y tu hermana tiene un metabolismo que los científicos no podrán explicar jamás —dijo con una carcajada.

—En algún momento lo va a engordar todo de golpe y entonces Cayson lo lamentará.

—La querría de todas formas —afirmó sin amargura ni resentimiento. ¿Era sólo porque yo estaba allí? ¿Se sentía mal por decir algo malo de mi hermana?

—¿La odias? —pregunté con seriedad.

—No, ¿por qué iba a odiarla?

Levanté una ceja.

—Creía que el motivo estaría claro...

Negó con la cabeza.

—Cayson me dijo desde el principio que estaba enamorado de ella y yo acepté esa condición. Sinceramente, tenía la esperanza de que ella nunca se fijara en él y de que él acabara superándolo. Así yo me saldría con la mía.

—Se encogió de hombros—. Pero las cosas no siempre salen como uno quiere.

—Pero si la odias a muerte, puedes decírmelo. Te prometo que no le contaré nada.

Su rostro se llenó de confusión.

—Siempre he tenido la impresión de que eras leal a tu hermana.

—Y lo soy —dije de inmediato—, pero comprendo la situación.

—Por lo que he oído, al parecer hace cosas que dan a entender que no lo valora mucho... Supongo que eso es algo que no me gusta de ella. A veces me da la sensación de que no lo merece. Me parece que es un poco malcriada.

Sinceramente,

¿cómo es posible que ignorara por completo lo que él sentía por ella durante tanto tiempo? No me lo trago.

Me encogí de hombros, comprendiendo su punto de vista.

—Yo se lo dije un millón de veces, pero nunca me creyó. Mi hermana es tonta perdida. Creo sinceramente que no comprendía los sentimientos de Cayson.

—Pero de tonta no tiene un pelo, Roland. Es una mujer muy inteligente.

—Aun así tiene sus momentos de cabeza hueca.

Cogió algunas patatas.

—Me alegra que Cayson consiguiera a la chica de sus sueños. Sólo espero que ella dedique sus días a hacerlo feliz porque se lo merece.

Me quedé mirándola un instante.

—¿Qué lo hace tan especial? No es más que un tío guapo.

Se echó a reír.

—Es mucho más que eso y lo sabes.

—¿Es porque es listo? ¿Porque es divertido?

—No. Es porque es leal y sincero. Me trataba con muchísimo respeto y me dijo la verdad aunque fuera dolorosa. Siempre era amable conmigo y pensaba primero en mí en todo momento. Es un hombre único. No he conocido a alguien tan perfecto en toda mi vida.

Estaba claro que seguía enamorada de él.

—¿Sigues sintiendo lo mismo aunque haya pasado todo este tiempo?

—pregunté sorprendido. A lo mejor como yo era un tío, no veía qué tenía Cayson que fuera tan especial. Lo respetaba y aprobaba que estuviera con mi hermana, pero no me parecía que fuera ningún príncipe azul.

—Siempre sentiré lo mismo —dijo con tristeza.

Como yo nunca había estado enamorado, imaginaba que no lo entendía. Creía que era demasiado joven para comprender una emoción tan intensa. Había leído al respecto en libros y en literatura en general, pero nunca en mi vida había experimentado nada que se le pareciera ni de lejos. Quizás yo no estaba destinado a enamorarme. O puede que simplemente fuese demasiado joven. Fuera como fuera, me daría igual que no ocurriera nunca. De todas formas, lo que parecía era que daba más disgustos que alegrías.

—Estoy seguro de que un día conocerás a alguien mucho mejor que Cayson.

Se rio.

—Ya, claro.

—Hay más buenos chicos por ahí.

—Pues todavía no he conocido a ninguno.

Agité una mano delante de su cara.

—Eh... ¿Hola?

Volvió a reírse.

—Roland, tú eres un buen chico, pero... no en el sentido en que quieren las mujeres.

—Bueno, me acuesto con tías día sí y día también, así que debo de estar haciendo algo bien.

—Puede que sea por tu físico. Pero las mujeres buscan más que eso.

Eso lo sabía perfectamente.

—Se nota que tienes un corazón de oro y creo que algún día serás un chico perfecto. Pero simplemente me parece que todavía no estás preparado para eso... y no pasa absolutamente nada. Disfruta de tu juventud. Todo el mundo pasa por fases alocadas.

—Sólo soy así porque nunca he conocido a nadie que me haga sentir algo más.  
—Me encogí de hombros—. Así que ¿por qué iba a forzar algo? Debería dejar que pase sin más. Y si nunca ocurre, pues no pasa nada.

Asintió.

—Estoy de acuerdo. Por desgracia, vivimos en una sociedad que espera que nos emparejemos con alguien y, si no lo hacemos, es que tenemos algún problema. Yo lo sé muy bien...

Me terminé la comida y desplazé la bandeja a un lado.

—¿Qué te parece ir a los *karts*?

Sonrió.

—¿A una pista?

Asentí.

—¿Quieres que hagamos una carrera?

—Eso depende —dijo ella—. ¿Quieres perder?

Me reí.

—Uy... Qué chulita estás.

—Es que tengo motivos para estarlo...

JASMINE NO ESTABA DE BROMA. Se le daba bien.

Me adelantó por segunda vez en la pista, cerrándose en la curva y cortándome el paso.

—¡Mierda! —Di un golpe al volante e intenté rodearla de nuevo.

Ella me sacó la lengua.

—¡Pringado!

Pisé el acelerador y maniobré para rodearla.

—¿Qué te ha parecido eso? —grité.

Se inclinó hacia la curva y cogió velocidad. Cuando estuvimos fuera de la vista de los vigilantes, chocó su coche contra el mío, haciendo que se bamboleara y perdiera velocidad de inmediato.

—Juego sucio, por si no te habías dado cuenta.

Agarré con fuerza el volante para no perder el control.

—¡Cabrona!

—¿Qué vas a hacer al respecto? —Se alejó a toda prisa y cruzó la línea de meta en primer lugar.



Tío, me había dado una buena paliza.

Detuve el coche en el recinto y me quité el casco antes de bajar.

—Es una suerte que no apostaras dinero. —Se quitó el casco y agitó el pelo.

El vigilante se fijó en ella de inmediato y detuvo la vista en las curvas de su cuerpo.

—Gracias por ser tan humilde con tu victoria —dije con amargura.

—Uy, qué mal perdedor.

—Te he dejado ganar —rebatí.

Se rio.

—Sí, claro.

Salimos del circuito y volvimos a mi coche.

—¿Dónde has aprendido a conducir así? —pregunté.

—Mi hermano y yo solíamos hacer este tipo de cosas todo el tiempo.

—Miraba por la ventana mientras íbamos de camino a casa.

—¿Tienes un hermano? —Creía que Cayson había dicho que no tenía a nadie.

—Bueno, lo tenía. Perdimos el contacto hace mucho tiempo. —Su voz no dejaba traslucir tristeza ni amargura.

¿Cómo era aquello posible?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, mis padres eran muy malas personas y nos maltrataban. Hamilton es mayor que yo, así que se largó cuando era joven. Nunca volví a verlo ni a saber nada de él. Un año después yo también me marché.

—¿Y nunca has sabido qué fue de él?

—No.

Mi hermana y yo estábamos siempre peleándonos, pero si se marchara, yo pasaría toda mi vida intentando encontrarla. Discutíamos y nos decíamos

muchas cosas terribles, pero la quería y sabía que ella me quería a mí. No me podía imaginar cómo sería perderla... para siempre.

—Lo siento.

—No pasa nada. Estoy segura de que tiene una buena vida.

—Cayson dijo que eras hija única.

—Es lo que le digo a la gente cuando no quiero entrar en detalles. Cayson es la clase de persona que lo pasa mal cuando otro está sufriendo, así que quería ahorrarle el dolor de conocer la verdad.

Bueno, a mí también me había dolido...

—¿Has intentado encontrarlo alguna vez?

—No. Si quisiera verme, se habría puesto en contacto conmigo. Está claro que no le importa.

—Pero si hacíais todas esas cosas juntos, es evidente que estabais unidos.

—Tenía que ser así, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Las cosas cambian. Las dificultades y el dolor cambian a la gente.

—Si mi hermana se marchara, no dejaría de buscarla hasta encontrarla.

Me miró con dulzura.

—A lo mejor lo intentó y no lo consiguió. Supongo que nunca lo sabré.

—Bueno, si tú...

—Roland, no quiero seguir hablando de esto. —Su voz no contenía nada de enfado.

Cerré la boca y encendí la radio.

Ella se quedó mirando por la ventana viendo pasar la ciudad.

—Hoy me lo he pasado muy bien contigo.

Jasmine se giró de nuevo hacia mí.

—Yo también.

—Si alguna vez quieres quedar, llámame.

—Bueno, como eres el hermano de Skye, me parece que sería un conflicto de intereses...

—No estoy traicionándola por salir contigo. No estoy intentando que vuelvas con Cayson. Si le pareciera mal, le diría que se fuera a la mierda.

—De todas formas, preferiría no crearle problemas a Cayson. Cuando me encontré con él en aquel bar, noté que a Skye no le hizo ninguna gracia.

—Cayson la puso en su sitio. Se comportó como una niñaata y lo sabía.

Abrió mucho los ojos.

—¿Se enfadó con Skye por eso?

—Sí. Le dijo a Skye que te estaba restregando su victoria por la cara... y no le gustó ni un pelo.

—Yo no creo que estuviera haciendo eso —susurró—. Creo que sólo pretendía marcar su territorio. Sinceramente, yo habría hecho lo mismo.

Llegamos a su apartamento y la acompañé a la puerta. Sacó las llaves del bolso y se quedó allí parada.

—Bueno, gracias por haberme llevado a dar una vuelta. No me lo había pasado bien en una cita desde que salía con Cayson.

—Cayson no es nada divertido, es la hostia de aburrido.

Sonrió.

—Es un chico genial. Pero tú también lo eres.

—Espero haber compensado lo que hice. Eres una tía muy guay y me lo paso muy bien contigo.

—Sí que lo has compensado, Roland. Te agradezco que te hayas esforzado tanto.

Y ahora ¿qué? ¿Le daba un abrazo? Me daba miedo tocarla porque no quería que se llevara una impresión equivocada... ni cabrear a Cayson.

Se inclinó hacia delante y me rodeó el cuello con los brazos para abrazarme.

Yo correspondí el gesto y sentí su cara contra mi pecho.

Cuando se apartó, me dio un beso en la mejilla.

—La mujer que se case contigo será muy afortunada.

Sonreí y sentí una oleada de calidez en el estómago.

—Gracias. Pero asegúrate de decírselo porque estoy convencido de que se cansará de aguantarme.

Entró en el apartamento.

—No lo creo.

Entonces cerró la puerta.

—¿QUÉ tal en Grecia? —Me quedé mirando a mi madre desde el otro lado de la mesa. La cafetería estaba prácticamente vacía. Había algunos estudiantes inclinados sobre sus libros en los rincones y de vez en cuando se oía la batidora cuando preparaban la bebida de alguien.

Suspiró de felicidad.

—Un sueño.

—¿Qué habéis hecho allí? —Me di cuenta de mi error de inmediato—. O sea, ¿habéis ido al Partenón?

Se dio cuenta de mi fallo, pero tuvo el detalle de ignorarlo.

—Sí. Es precioso. Después fuimos a una cata de vinos e hicimos turismo. Fuimos a la playa y sentimos la arena blanca en las puntas de los dedos... Fue una absoluta maravilla, en cierto sentido fue más increíble que nuestra primera luna de miel.

—Qué bien. Me alegro de oírlo.

—Y no había nadie porque era temporada baja.

—Mejor aún —dije.

—El vuelo fue brutal.

—¿Qué hicisteis en el vuelo?

Una sonrisa se extendió por sus labios mientras reflexionaba sobre mi pregunta.

—Dormir casi todo el tiempo.

—Qué guay. —Di un sorbo al café y miré hacia fuera. La primavera iba templando el suelo y se llevaba el hielo y el frío. Yo prefería el verano y la primavera. No tenía ni idea de por qué a algunas personas les encantaba el invierno. Hacía un frío de muerte para hacer cualquier cosa que no fuera esquiar.

—Me alegro de que Cayson y tú lo arreglarais.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Tardó lo suyo en superarlo.

Se rio.

—A veces algunas personas tardan más en perdonar.

—Como años —murmuré.

Volvió a reírse.

—Cayson es una persona maravillosa. Simplemente es más sensible que los demás, pero eso no es malo. —Se me quedó mirando un buen rato sin tocar el café. Parecía estar reviviendo un recuerdo invisible para mí—. ¿Has vuelto a ver a Jasmine desde... la última vez que la viste?

—Pues lo cierto es que sí. Tuve una cita con ella el fin de semana pasado.

Los ojos se le pusieron como platos.

—¿Me he perdido algo...?

—No fue una cita de verdad. Sólo quería llevarla a dar una vuelta para compensar la forma en que la había tratado. Salimos a cenar y luego fuimos a los *karts*. Fue muy divertido.

—¿Y a Cayson le pareció bien?

—Sí, se lo pregunté antes.

La tensión de sus hombros desapareció.

—Fue un detalle por tu parte, Ro.

—No me importó. Me hizo sentir mejor. Y creo que también la hizo sentir mejor a ella, aunque nunca lo admitirá.

—Estoy segura de que sí.

—Además, es una tía muy enrollada. Me ganó en la pista de carreras. —Era incapaz de concebirlo—. ¿Te lo puedes creer?

—Sí, yo también te gano.

¿Por qué tenía que recordármelo?

—Aun así, es muy raro.

—Parece que esta chica sabe cómo manejar el volante.

—Y tanto. —Recordé nuestra conversación—. Pero sigue colada por Cayson...

—Es comprensible. Cayson es increíble.

—Pero... no lo pillo. Si él no la quiere, ¿por qué no pasa página y ya está?

Mi madre echó una ojeada por la ventana durante un instante antes de volverse hacia mí otra vez.

—No es tan fácil, Ro. Cuando dejé a tu padre durante seis meses, no fui capaz de olvidarme de él aunque estaba completamente decidida a hacerlo.

—Pero papá es diferente.

—No veo en qué —dijo ella con sencillez.

—Pero Cayson está enamorado de Skye y Jasmine lo sabe.

—Eso no cambia lo que siente su corazón.

Me encogí de hombros.

—A mí simplemente me da la sensación de que está perdiendo el tiempo lamentándose por un tío que nunca la quiso. Se ahorraría tiempo si siguiera con su vida y ya está.

Mi madre apretó los labios y no dijo nada más sobre aquel tema. Supuse que era un conflicto moral que estuviéramos hablando de Jasmine. Probablemente no debería caer bien a ninguno de los dos por Skye, pero nosotros no éramos así.

—¿Qué tal van las clases? —me preguntó.

—Bien. Aburridas. Qué más da.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Una forma interesante de describirlo.

—Supongo que nunca he estado muy entregado a las clases, pero eso lo sabes desde siempre.

—Nunca he entendido por qué. —Mi madre conservaba la calma en todo momento. Muchos de mis comentarios alterarían a cualquier padre, pero ella siempre escuchaba toda la historia antes de tener cualquier reacción. A veces pensaba que debería ser psicóloga en vez de editora. Mi padre era como un volcán que estallaba en cualquier momento, pero mi madre era como una montaña helada que permanecía exactamente igual a lo largo de todo el año.

—Skye está superinteresada en los estudios, pero supongo que yo no.

Mi madre apoyó un brazo en la mesa.

—¿Y en qué estás interesado, Ro?

Nunca se lo había contado y no sabía si debía hacerlo.

—En los libros.

—¿En los libros? —preguntó—. ¿En leer o en escribir?

—En las dos cosas. —Cogí mi taza, pero no me la llevé a los labios.

Abrió un poco los ojos cuando la emoción asomó a ellos, pero luego desapareció. Mi madre irradiaba serenidad y calma.

—¿Has escrito algo?

—Alguna historia corta... Y algún libro suelto.

Enarcó una ceja.

—No tenía ni idea.

—Es una estupidez... Supongo que me daba vergüenza.

—¿Por qué te ibas a avergonzar de eso? —me preguntó en voz baja—. A mí me parece maravilloso.

—¿De verdad?

Asintió.

—¿Sobre qué escribes?

—Pues he escrito una novela fantástica sobre dragones y enanos... He escrito una historia de miedo... Cosas de todo tipo.

Mi madre apoyó el mentón en la mano.

—¿Puedo leerlas?

Sabía que me lo iba a preguntar.

—Eh... No sé.

No me presionó, sino que se limitó a observarme.

—Nunca se las he enseñado a nadie... Ni siquiera estoy seguro de que sean buenas.

—¿Y cómo vas a saberlo si no preguntas?



—Es que a ti obviamente te van a gustar porque eres mi madre, así que no eres la más adecuada a la que pedírselo.

—Puedo preguntárselo a la tía Janice.

—No —dije de inmediato—. No se las enseñes a ella. Las destrozaría.

—Pues entonces deja que las lea yo. Te daré una opinión sincera. Recuerda que me gano la vida con esto.

—No sé... Si no te gustan nada, puede que lo deje para siempre.

Apoyó la mano sobre la mía.

—Entiendo tus miedos. Hace falta mucho valor para poner tus pensamientos e ideas en papel y permitir que otras personas los juzguen de forma anónima. Créeme, lo comprendo. Seré sincera contigo sin desmoralizarte. Y tengo la sensación de que tus historias no van a estar nada mal.

—A lo mejor para ti no...

—O sea, que me vas a dejar leerlas. —Su mano seguía posada sobre la mía.

—Supongo.

Sonrió victoriosa con los ojos rebosantes de emoción.

—Gracias, Ro. Lo estoy deseando.

—No se lo cuentes a papá —dije de inmediato.

—¿Por qué? —preguntó—. A tu padre también le encanta leer.

—Es sólo que... no quiero que lo desaprobe.

Arqueó una ceja.

—¿Y por qué no iba a aprobarlo? Tu padre piensa que todo lo que haces es increíble, Roland. No sé qué te hace pensar lo contrario.

—Supongo que después de la aventura con la mujer casada, no quiero volver a sentirme como una mierda.

—Roland, estaría orgulloso de ti aunque tus historias fueran horribles. No

tiene nada que ver una cosa con la otra. Pero si quieres que te guarde el secreto, lo haré. Siempre.

—De momento no se lo cuentes a nadie. —Miré mi reloj—. Se está haciendo tarde, mamá. A lo mejor deberías quedarte conmigo para no tener que conducir.

—Tu padre me está esperando en un hotel de Boston —explicó.

—Ah. —Supongo que no debería sorprenderme.

—Hoy y mañana va a trabajar desde el ordenador.

Ahora me sentía culpable por no haberlo invitado.

Mi madre me leyó la mente.

—Entiende que tanto Skye como tú necesitáis tiempo con cada uno de nosotros por separado. No está ofendido. Además, él va a desayunar con Skye mañana.

—Ah, vale. No es que no quiera verlo... —De hecho, me daba pena no haber podido estar con él, especialmente si estaba en Boston. Era un buen compañero de copas y quería contarle que había arreglado las cosas con Jasmine. No había nada peor que su decepción ni nada mejor que sus alabanzas.

Cuando terminamos en la cafetería, pusimos rumbo de vuelta a mi apartamento. Lo había limpiado justo antes de que llegara mi madre y había escondido los condones y la basura para que no viera que era un cerdo asqueroso.

Saqué mi portátil y un *pendrive* vacío.

—¿Esto te va bien?

—Debería poder abrirlo en mi ordenador.

Pasé los ficheros y se lo di con reticencia.

—No te burles de mí.

Me dirigió una tierna sonrisa.

—¿Cuándo he hecho yo eso?

—Papá y tú siempre estáis martirizándome con lo de la tía casada.

Se echó a reír.

—Eso no es lo mismo y lo sabes.

—Recuerda que sólo llevo escribiendo unos años, así que no tengo mucha experiencia...

—Ya lo sé. —Intentó no sonreír.

—Y son historias aleatorias que me vinieron a la mente sin más... No son muy impresionantes.

Me besó la mejilla.

—Estoy segura de que están muy bien, cariño.

No me podía creer que realmente fuera a permitir que otra persona las leyera.

—Aprecio mucho que confíes en mí, Ro. Sé que estás nervioso.

—Bueno, no creo que pudiera enseñárselas a nadie más aparte de ti.

—Ahora me siento más halagada todavía.

Nos sentamos en el sofá juntos y vimos la tele durante una hora. Cuando dieron las diez, sonó su teléfono. Suspiró e ignoró la llamada.

—Debería ponerme en marcha.

—Me da la sensación de que a papá no le gusta que lo ignoren.

—Lo superará —dijo con una sonrisa.

Después de acompañarla al coche, me despedí de ella. Cuando se alejó conduciendo, sentí un nudo de ansiedad en el estómago. Una cosa era que te dijeran que se te daba fatal algo que te encantaba, pero que te lo dijera tu propia madre daba mucho miedo. Sólo esperaba que mis historias no fueran tan horribles como yo me temía.

CUATRO

## Cayson

---

Llamé a la puerta de Slade tres veces con los nudillos, pero no contestó. Tenía la carta de Stanford en la mano y la había manoseado tanto que estaba toda arrugada y rasgada por los bordes. Volví a llamar.

¿Dónde coño se había metido?

Saqué el teléfono y lo llamé.

—Ey. —La voz de Slade sonaba cansada, como si estuviera a punto de irse a dormir.

—Abre la puerta.

—¿La mía? —preguntó.

—Sí, estoy aquí fuera. Necesito hablar contigo.

Su voz cambió de repente.

—¿Y te presentas en mi puerta así sin más?

—Tú eres el que irrumpes en mi apartamento siempre que le apetece.

Ignoró mi pulla.

—Ahora mismo no estoy en casa...

Eran las nueve de la noche de un miércoles.

—¿Y dónde coño estás?

De repente se puso a la defensiva.

—¿Es que ahora eres detective?

—¿Dónde estás? —pregunté—. Voy a verte.

—No, ya estoy en el coche volviendo.

Percibí la tensión en su voz.

—¿De dónde?

—Da igual, llego en un segundo. —Fue a colgar, pero pude oír claramente que murmuraba «mierda» de fondo.

Esperé de pie junto a su puerta a que llegase. Cinco minutos después estaba aparcando en su plaza y luego empezó a subir los escalones.

—¿Dónde está el fuego? —exclamó enfadado—. Puedo hacerte trencitas en cualquier otro momento.

Levanté la carta con el anagrama de Yale en el sobre.

Entrecerró los ojos mientras intentaba vislumbrarla en la oscuridad. Entonces la cogió y se la acercó a la cara.

—¿Te han aceptado? —Volvió a mirarme con los ojos muy abiertos.

Asentí, sin saber si estaba contento o decepcionado.

Slade abrió la carta y la leyó.

—Beca completa... las clases empiezan en junio... estipendio anual... —Bajó la carta y me miró totalmente maravillado—. Lo has conseguido, tío.

Me metí las manos en los bolsillos.

—Tu sueño se ha cumplido.

Me daba la sensación de que era una victoria vacía.

—Felicidades, tío. —Me dio un rápido abrazo y unas palmaditas en la espalda antes de apartarse—. ¿Por qué no te veo más contento por esto? ¿Cuántas

personas consiguen el lote completo en una de las universidades más prestigiosas de este país?

—Menos del uno por ciento—solté, recitando la estadística como si fuera un folleto.

Me devolvió la carta y luego se cruzó de brazos.

—Como poco tendrías que sentirte orgulloso de ti mismo, porque has trabajado para conseguirlo. No lo descartes sin más como si fuera un número antiguo de Playboy.

Arqueé una ceja.

—¿Como un número antiguo de Playboy? ¿Pero qué clase de comparación es esa?

—Lo único que digo es que ya sean antiguas o nuevas, las Playboy son reliquias sagradas y deberían apreciarse, igual que el que te acepten en una universidad buenísima.

Decidí desviar aquella conversación porque sabía que si no continuaría para siempre. Y la línea de pensamiento de Slade no siempre era muy clara.

—Bien, pues...

Me observó pensativo.

—No vas a ir, ¿a que no?

Negué con la cabeza.

—Eso ya me lo habías dicho, así que... ¿qué es lo que te fastidia tanto?

Apreté fuertemente los labios mientras intentaba dar sentido a mis propias emociones caóticas.

—Supongo que, en cierto sentido... desearía poder ir.

—Es que puedes ir, macho.

—No —respondí al instante—. No cambiaría por nada lo que tengo con Skye, eso queda descartado. Pero supongo que me gustaría que me hubiesen

rechazado para no tener ni que preocuparme por ello, porque Stanford habría tomado esa decisión por mí.

—¿Por qué no mantenéis una relación a distancia? Muchas parejas lo hacen.

—Los dos sabemos cómo terminan esa clase de relaciones... y nunca es bien. Además, estaría tan ocupado con este programa acelerado que no podría venir a verla en avión todos los fines de semana. Y sé que ella no siempre podría venir a verme a mí. Simplemente, no funcionaría...

—O sea, ¿que ya está? ¿Ya has tomado la decisión?

—¿Qué otra opción tengo?

—Podrías hablar con Skye de ello y averiguar si estaría dispuesta a vivir un tiempo en California.

—Pero es que ella...

—Sé que quiere dirigir la compañía, eso no hace falta que me lo recuerdes. Pero os he visto juntos y, a pesar de lo terca y cabezota que es, sé que sacrificaría lo que fuera por ti. Te quiere, tío. Tú habla con ella primero y no saques conclusiones antes de hacerlo.

—Demasiado arriesgado...

—¿Arriesgado? ¿En qué sentido? —Desplazó el peso al otro pie.

—Me da miedo que me obligue a ir pero no se venga conmigo.

—¿En serio piensas eso?

—Sé lo mucho que me quiere: siempre me pondría a mí en primer lugar.

—¿Ya está, entonces? —preguntó en voz baja—. ¿Stanford queda descartado?

Asentí, sintiendo asentarse un peso sobre mis hombros.

—¿Les vas a contar a tus padres que te han aceptado?

Me encogí de hombros.

—Todavía no estoy seguro...



Slade cruzó los brazos delante del pecho.

—Lo siento. Ojalá hubiese algo que yo pudiera hacer...

Sonreí levemente.

—Ya estás haciendo bastante, Slade.

Se quedó allí en silencio, con la mirada perdida en la distancia pero sin apartarse de mi lado, como un compañero fiel.

—¿Tú qué harías? —pregunté yo.

—¿A qué te refieres?

—Si estuvieras en esta situación y enamorado de alguien. ¿Irías o te quedarías?

Slade estuvo un buen rato dándole vueltas a mi pregunta. Yo había esperado que respondiera que aquella situación nunca se produciría porque él nunca se enamoraría de nadie que no fuese él mismo, pero no fue lo que dijo.

—Me quedaría. —Volvió a mirarme con expresión pensativa.

—¿De verdad?

Asintió.

—Jamás podría dejarla... si hubiese alguien a quien dejar. Si encuentras a alguien que te entiende, te hace feliz y hace que te enamores de la vida, no tendría sentido renunciar a ello. Si sabes cuál es tu sitio, quédate en él.

—Tenía una sombra en la mirada, pero la emoción era evidente en sus ojos.

Nunca había oído hablar así a Slade, lo que no hizo sino convencerme todavía más de que tenía a alguien en su vida de quien estaba enamorado, pero de quien no quería hablar.

—¿Quién es ella, Slade? —dije con una voz que era apenas un susurro.

Su mirada adquirió un tinte de cautela, pero no saltó como haría normalmente.

—No hay nadie, Cayson. Era una respuesta completamente hipotética.

—Entiendo que no se lo cuentes al resto del grupo, pero ¿por qué no me lo

puedes contar a mí? Soy tu mejor amigo. Yo te lo cuento todo... aunque a veces tengas que sacármelo con tenazas.

Se pasó los dedos por el pelo con aire irritado.

—Déjalo ya, ¿vale?

—Era allí donde estabas, ¿no? En su casa...

La cara de Slade se puso como un tomate.

—No se lo contaré a nadie, ni siquiera a Skye.

—Para. —Pude ver la amenaza en sus ojos—. En serio, no sigas insistiendo.

—Levantó la mano como si estuviera avanzando físicamente hacia él.

Respiré hondo y contuve mi exasperación. No tenía ningún sentido que Slade se anduviera con tanto secreto.

—¿Es porque crees que voy a pensar mal de ti o algo así? Si has encontrado a alguien a quien quieres, yo me alegraría por ti... todos lo haríamos. No hay nada de lo que avergonzarse.

Slade dio un paso atrás y me miró enfadado.

—Mira, hablaré cuando tenga algo de lo que hablar. Si eres mi amigo y me quieres, déjame en paz con este tema. Lo digo en serio.

Cerré la boca.

—Siento todo este asunto de Stanford. Me gustaría que pudieses tener ambas cosas porque eres el mejor tío que conozco y te mereces tener todo lo que desees. Si quieres que sigamos hablando de ello, ya sabes dónde encontrarme.

Ah, ¿sí?

—Pero si lo que te interesa es dónde duermo por la noche, entonces me voy a marchar. —Me dio la espalda y se dirigió hacia su coche. Arrancó y se fue sin mirarme.

Suspiré y me dirigí a casa, esforzándome por dar sentido al comportamiento de Slade. ¿Por qué lo mantendría en secreto? ¿Qué estaba ocultando? No entendía nada.

Entré en mi cuarto y abrí la mesilla de noche. Estudié el alijo de ibuprofeno, condones y correo basura que había en el cajón antes de dejar caer la carta de admisión dentro. Luego cerré el cajón y decidí olvidarme de aquel sueño por completo.

Mi sueño era Skye. Y con eso me bastaba.

—¿POR qué estás hoy tan callado? —Skye estaba sentada enfrente de mí a la mesa comiendo patatas fritas.

Llevaba días de un humor reflexivo. No podía pensar en otra cosa más que en Stanford y en que Slade hubiera negado lo que yo sabía que era verdad. De lo primero no podía hablar, pero sí podría hablar de lo segundo...

Dejé mi hamburguesa.

—Estuve hablando con Slade hace unos días y no me quito la conversación de la cabeza.

Posó en mí sus ojos azules.

—¿Y qué te dijo para haberte descolocado así?

—Sé que tiene novia o alguien que le importa mucho. Lo único que no entiendo es por qué no quiere contármelo. Cada vez que saco el tema, se enfada y se pone a la defensiva. Yo lo comparto todo con él, ¿por qué no iba a hacer él lo mismo?

—Ya sé yo qué es lo que le cuentas... —Me dedicó una mirada de complicidad y una sonrisa guasona.

—Como si tú no hablaras de mi paquete con tus amigas... —contraataqué.

Se encogió de hombros.

—Bueno, pero nunca digo nada más que cosas halagadoras...

—Qué suerte la mía. —Di un trago a mi refresco y apoyé los codos encima de la mesa. Luego me volví a poner de un humor raro.

Ella se dio cuenta del cambio.

—A lo mejor te equivocas y no está viendo a nadie. Cuando salió con Roland y Conrad, luego dijeron que se había enrollado con una tía y que estuvo media hora metiéndole la lengua hasta la garganta. ¿Crees que haría eso si tuviese novia? Y luego Roland me contó que antes de eso se lio con una modelo... Me parece que te equivocas.

Sacudí la cabeza.

—Sé que no encaja, pero es que el otro día me dijo algo... Habló de querer a alguien como si lo supiera por experiencia propia. Lo conozco mejor que nadie y sé que últimamente no es el mismo. Está ocultando algo.

Skye no parecía muy convencida.

—Conozco a Slade de toda la vida y de verdad que no creo que tenga a nadie especial en su vida. Además, no tiene ningún sentido que lo oculte, ¿para qué lo iba a hacer? Le tomamos el pelo con todo lo demás, ¿por qué una cosa más iba a ser algo que quisiera evitar a toda costa?

En eso tenía razón. Pero no podía librarme de aquel presentimiento. Hasta cuando estábamos sentados en la biblioteca me parecía que Slade estaba diferente, callado y pensativo. Ya no salía un chorro de chistes pervertidos por su boca a volumen normal. Estaba serio y tenía los ojos empañados por una nube de pensamientos. Cuando pasaban chicas guapas por la sala él ni las veía. Cuando íbamos a fiestas, se mostraba reservado la mayor parte del tiempo.

—¡Ya sé! —Estuvo a punto de tirar su refresco con el estallido.

—¿Qué?

—Es gay. —Tenía los ojos muy abiertos—. ¿Por qué iba a ocultarlo si no? No quiere que le tomen el pelo por salir del armario. Debe de tener un novio y no quiere que nadie lo sepa.

Todo encajaba... pero era incapaz de imaginármelo.

—No parece gay...

—Bien, pues es la única teoría que tiene sentido.

—Pero es que es tan... poco gay. Es lo último que me esperaría. No da esa sensación. Y si lo fuera creo que precisamente a mí me lo diría, porque sabe que eso no va a cambiar nuestra relación.

—Piensa en ello: persigue chicas para compensar la verdad y actúa como si nunca se hartara de ello para proyectar la imagen de que es hetero. Eso lo explica todo. —Me miraba con ojos triunfantes.

Me froté la barbilla, ensimismado en mis pensamientos.

—Supongo que podría ser...

Conrad y Roland entraron en la hamburguesería y nos vieron.

—Ey. —Roland iba con ropa de deporte y tenía la camiseta sudada—. Acabamos de terminar un partido.

—Y nos morimos de hambre. —Conrad se sentó a mi lado y Roland se dirigió hacia el asiento que había junto a Skye.

Sin pedir permiso, Roland le quitó unas cuantas patatas a Skye y se las embutió en la garganta.

—¡Oye! —Skye le dio un manotazo en el brazo—. ¡Pídete tú unas!

—¡Como si tú hubieras pagado esas! —saltó Roland.

—No por eso dejan de ser mías —protestó ella.

—Ya, pero últimamente estás más gorda, así que déjame que te eche una mano.

—Roland le robó unas cuantas más.

Skye le dio una patada por debajo de la mesa.

—Te vas a tener que esforzar un poco más —dijo Roland soltando una carcajada.

Ignoré sus rencillas entre hermanos y le di otro mordisco a mi hamburguesa.

—¿Qué te cuentas de nuevo? —me preguntó Conrad.

Muchísimo, la verdad.

—Nada. ¿Y tú?

Roland agarró a Skye por el pelo y tiró con fuerza.

—¡Niñata!

Skye le dio una palmada en el hombro con toda la fuerza que pudo.

—¡Para!

Decidí intervenir.

—Quédate con estas, Roland. —Le puse mis patatas delante para que no le cogiera más a Skye. A veces me sentía como si fuera el padre de los dos.

Roland no titubeó antes de empezar a comérselas.

Skye le sacó la lengua como si fuera una niña. Luego siguió comiéndose su comida.

—Tienes suerte de tener un novio que te aguante las gilipolleces —murmuró Roland.

Conrad puso los ojos en blanco.

—Allá vamos...

Los ojos de Skye se agrandaron y abrió la boca como si fuera a ponerse a gritar.

—Silencio —ordené—. Durante cinco minutos.

Skye cerró la boca y suspiró.

Roland siguió comiéndose las patatas y no dijo nada.

Conrad se inclinó hacia mí y bajó la voz hasta que no fue más que un susurro.

—¿Cómo es posible que quieras acostarte con ella?

Ignoré el comentario y le di un sorbo a mi refresco.

Había mucha tensión en el ambiente.

—¿Os gustaría escuchar algo gracioso? —preguntó Conrad.

—Por favor —dije yo.

—Dice Scott que Slade se mostró muy interesado en él y que cree que es gay.  
—Empezó a reírse aún antes de terminar la frase.

—Al parecer, Slade le preguntó sobre todos los detalles de su vida, hasta de cuando era pequeño —dijo Roland—. Y sabotó su cita con Trinity y acaparó toda la atención. —Se echó a reír con Conrad.

Mis ojos volaron hacia Skye y compartimos una mirada de conocimiento.

Slade era gay.

AUNQUE CONOCIESE a Slade de toda la vida, nunca dejaba de sorprenderme. No me podía creer que hubiese guardado aquel secreto durante tanto tiempo. ¿Cómo no me había dado cuenta de las señales? ¿Por qué no se había abierto y había sido sincero conmigo? ¿Pensaba que lo iba a juzgar? ¿Que iba a pensar mal de él? Creía que me conocía mejor.

Skye y yo estuvimos de acuerdo en que debería hablar con él. Aquel era evidentemente un periodo confuso y difícil para él. A lo mejor le daba demasiado miedo dar el primer paso y tener que enfrentarse a la desaprobación y las miradas iracundas. Pero si yo acudía a él y se lo ponía fácil, quizá las cosas cambiaran.

Le escribí después de cenar.

«¿Podemos hablar?».

«¿Sobre qué?».

«Queda conmigo y lo sabrás».

«Espero que no tenga nada que ver con eso de que estoy viendo a alguien, porque ya empieza a aburrir».

Sabía que no querría verme, así que tuve que mentir.

«No. ¿Ya podemos quedar?».

«¿Dónde quieres que quedemos?».

«Ven a mi casa». Me acercaría yo a la suya, pero tenía la fuerte sospecha de que no estaba allí.

«Ok».

Media hora más tarde entraba por la puerta de mi casa.

—Ey. —Tenía el pelo revuelto, como si hubiera estado dando vueltas entre sábanas arrugadas. Ahora que sabía la verdad sobre él, lo veía de otra manera, pero no en el mal sentido. Sólo me sentía un amigo espantoso por no haberme dado cuenta de ello por mí mismo.

Me miró fijamente esperando a que hablase.

—Vamos, empieza.

Me rasqué la cabeza, sin saber muy bien cómo abordar el tema.

—Tú sabes que yo no tengo ningún problema con los gays, ¿verdad?

Se le dispararon ambas cejas hacia arriba.

—Supongo...

—Quiero decir, que no me caen mal y que pienso que su estilo de vida no tiene nada de malo.

Seguía mirándome con confusión.

—Ajá... —Se cruzó de brazos sin quitarme los ojos de encima.

—Y si tuviera un amigo gay, me parecería fenomenal. —Esperaba poder engatusarlo para que se abriera a mí y no tener que interrogarlo. A lo mejor creía que yo estaba en contra de la homosexualidad o algo así.

Me estaba mirando como si acabara de salirme otra cabeza.

—Es bueno saberlo.

Yo no dejaba de mirarlo, esperando a que confesara.

—Entonces...

Se rascó la parte de atrás de la cabeza confundido.



—De acuerdo...

—Sí...

En aquel momento el silencio era directamente incómodo.

—Y bien...

—¿De qué coño estamos hablando? —exigió saber.

Supuse que seguía estando a la defensiva.

—En el instituto tuve un amigo que era gay y nunca supuso un problema.

Los ojos se le movían de un lado a otro con perplejidad. Se rascó la cabeza, suspiró y luego volvió a rascarse la cabeza. Entonces abrió mucho los ojos al darse cuenta de algo. De repente, se le relajó el cuerpo y volvieron a brillarle los ojos. Parecía haber sumado dos más dos y ahora iba a desembuchar.

—¿Es que eres gay? —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Joder, me tenías totalmente engañado.

—¿Cómo? —Me encogí ante la sugerencia—. No. ¿Qué? ¡No! ¡No soy gay!

Volvió a parecer confuso.

—¿Entonces por qué me hablas de gays? ¿No era tu modo de decírmelo?

¿De verdad no lo pillaba?

—¡No, eres tú el que es gay!

Retrocedió como si acabara de darle un tiro.

—¿Se te ha ido la olla? ¡Yo no soy gay!

—No pasa nada, Slade. No me importa. Te veo exactamente igual.

Hizo una mueca de repulsión.

—¿Pero a ti qué cojones te pasa? ¿Por qué mierda ibas a pensar una cosa así?

—Tiene sentido. Por eso no me cuentas con quién estás saliendo... porque tienes novio. Ya no tienes que seguir guardando el secreto. Yo...

—No. Soy. Gay.

—Mira, he estado hablando con Conrad y me ha contado lo que ocurrió entre tú y Scott... y cómo le entraste.

Se le puso la cara completamente roja de enfado y se arrancó un mechón de pelo de la cabeza.

—¡No le estaba entrando!

—Eso no es lo que dice él...

—¡Que te digo que no!

—¿Por qué te pones tan a la defensiva con este asunto? —pregunté—. A nadie le importa, Slade. Todos te queremos exactamente lo mismo.

Se tapó la cara y gritó:

—¿Por qué me está pasando esto a mí?

Me acerqué más a él.

—Le estás dando a esto mucha más importancia de la que tiene. Ahora ya todo encaja. Saltar de una chica a otra continuamente es una manera de compensar tu auténtica identidad sexual.

Me miró como si estuviera considerando matarme.

—Si salto de una chica a otra continuamente es porque me gustan los coños. Me encantan los coños. Los coños son... lo mejor del puto mundo, ¿vale? No soy gay. No me gustan las pollas, adoro los coños. ¿De acuerdo? ¿Te lo tengo que gritar para que lo entiendas?

Aquello estaba saliendo horriblemente mal. Yo sólo quería que confiara en mí, pero de algún modo había conseguido empeorar aún más la situación.

—Tranquilízate, macho.

—¡No me pienso tranquilizar! —Apretó las manos hasta formar puños—. No soy gay.

—Que no pasa nada, Slade. Puedes decirme la verdad.

—A tomar por culo. —Se encaminó a zancadas hasta la puerta y la abrió. Mis vecinos estaban al otro lado de la calle frente a su casa con la compra en la mano. Era un matrimonio y su hija de cinco años. Slade no se dio cuenta de que estaban allí. Me dedicó una última mirada asesina—. ¡No soy gay! Esa es la verdad. El único anal que disfruto es cuando me estoy tirando a una tía en mi cama mientras ella está a cuatro patas. —Salió y cerró de un portazo.

Justo antes de que se cerrara la puerta pude ver que la mujer dejaba caer sus bolsas al suelo, desperdigando manzanas verdes por el suelo. El hombre tenía los ojos muy abiertos.

La niña se rio.

—Mamá, ¿qué es anal?

CINCO

## Slade

---

Trinity no podía dejar de reír. Se cayó al suelo desde el sofá, agarrándose el estómago con las lágrimas rodándole por las mejillas. Se reía de manera incontrolable, respirando hondo cada pocos segundos antes de empezar a reírse otra vez.

Yo echaba humo en el sofá.

—No es gracioso.

—Tienes razón. —Dejó de reírse por un segundo—. Es desternillante.

—Luego continuó riéndose.

Suspiré y me froté la sien.

Ella se tumbó de costado agarrándose el estómago.

—Ojalá pudiera haberte visto la cara.

—Estaba exactamente igual que ahora —dije lúgubrementemente.

Por fin se recuperó del ataque de risa y se incorporó mientras se secaba las lágrimas.

—Míralo por el lado bueno: al menos no tienen la menor sospecha de que estás acostándote conmigo.

—Pues qué buena noticia —dije con sarcasmo.

Se acercó a mí a gatas y se apoyó contra mi rodilla.

—Si hubieras mantenido el hocico apartado de mi cita con Scott, esto no habría pasado, ya lo sabes...

—Pero no le estaba entrando —protesté—. Sólo le hice unas preguntas.

—Le hiciste un porrón. Sinceramente, no me extraña que piense eso.

—Cierra el pico, Trinity.

Me frotó la pantorrilla.

—Venga, admítelo, es graciosísimo.

—Que la gente piense que soy gay no es graciosísimo para nada.

—Bueno, si finges que lo eres nadie se volverá a extrañar si nos ve juntos.

—El sueño de cualquier tío... —dije con sarcasmo.

Se acercó a mi regazo y se montó a horcajadas encima de mí.

—Lo siento, me lo estoy pasando demasiado bien con todo esto.

Mi mano se desplazó automáticamente hasta su cadera y la agarró sin yo ser consciente de ello.

—Es sólo que no me puedo creer que Cayson haya sacado esa conclusión. Me conoce de toda la vida y está claro que no soy gay. Yo creo que es bastante evidente.

—Bueno, tú ten en cuenta tu comportamiento durante estos últimos seis meses. Tanto ir a escondidas a los sitios y decir mentiras tenía que pasarte factura en algún momento.

—¿Y qué hago entonces, lo niego o finjo que es cierto?

Se encogió de hombros.

—Eso depende de ti, yo sólo espero que no llegue a oídos de tus padres.

Puse los ojos en blanco.

—A mi padre le parecería de partirse, se metería conmigo sin piedad.

—¿Si pensara que eres gay? —preguntó asombrada.

—No, me tomaría el pelo porque sabe que no lo soy. —Me pasé los dedos por el pelo—. Estaría convencido de que es lo que me merezco por ir por ahí a hurtadillas y mintiéndoles a todos sobre ti.

Empezó a frotarme los hombros en un intento de que me relajara.

—Bien, si te sirve de consuelo, yo sé que no eres gay.

—Gracias...

Soltó una risita y me frotó el pecho.

—¿Quieres que te recuerde lo hetero que eres? —me preguntó con mirada insinuante.

Trinity hacía las mejores mamadas del mundo y no me cabía duda de que aquello era lo que me estaba sugiriendo en aquel momento. Jamás rechazaría aquella oferta por alterado que estuviese.

—No estaría mal... —No pude evitar sonreír por más que lo intenté.

—Oído, cocina... —Descendió por mi cintura hasta arrodillarse.

En cuanto sus labios se cerraron a mi alrededor y tuve un puñado de su cabello en la mano, dejé de pensar por completo en el espantoso día que había tenido. Me estaba dando el placer que necesitaba, ayudándome a liberarme del estrés de mi manera favorita.

AQUELLA SEMANA FUE UNA TORTURA. Cada vez que me cruzaba con alguno, me miraba como si estuviera en el ajo. Conrad estuvo particularmente amable conmigo, dándome palmaditas en el hombro y haciéndome todo tipo de cumplidos. Estaba claro que creía que seguía dentro del armario, igual que Cayson.

Lo de Silke era todavía peor. Vino a mi apartamento y me rodeó con los brazos. No nos abrazábamos desde hacía años, así que fue algo incómodo.

—Estoy muy orgullosa de ti —me susurró. Se apartó con una sonrisa en los labios—. Sé lo difícil que es salir del armario y contárselo a todo el mundo. Eres muy valiente.

Aquello tenía que ser una broma.

—Silke, no soy gay.

Me dedicó una sonrisa comprensiva.

—No es para tanto, no tiene nada de malo.

Había sentido ganas de pegar a mi hermana infinidad de veces mientras crecíamos, pero en aquel momento pensé seriamente en hacerlo.

—Silke, no soy gay. Y más te vale no decirles ni pío a papá y mamá.

—Jamás se lo contaría —protestó—. Cuéntaselo tú cuando estés preparado, es evidente que todavía te cuesta.

¿Por qué me estaba sucediendo aquello a mí?

Roland se acercó a mí corriendo en el campus y me dio un libro.

—Sé que no quieres hablar de ello, pero creo que esto ayudará. —Era un libro sobre cómo confesar tu homosexualidad: Salir del armario en un mundo lleno de prejuicios.

Deseé que alguien me diera un tiro.

—Léelo, sé que a un amigo mío le ayudó. —Roland me dio una palmada en el hombro y me dedicó una fugaz sonrisa. Luego se alejó.

Busqué la papelera más cercana y lo tiré.

A Trinity toda aquella situación le hacía una gracia tremenda.

—Si sigues rechazando su suposición el tiempo suficiente, terminarán por creerte.

—Pues no lo parece —dije con amargura.

Me frotó el hombro.



—Terminará antes o después.

¿Cuándo sería aquello?

Cayson era el peor de todos. Seguía removiendo cielo y tierra para verme, sin sacar el tema pero sin despegarse de mí ni un segundo, hablando de deportes o de programas de televisión. Era como si estuviera intentando demostrar que entre nosotros no había cambiado nada, que seguíamos siendo los mejores amigos. Todo aquel exceso de compensación me estaba poniendo de los nervios.

Una tarde, cuando fui a la biblioteca, había un tío que no reconocí sentado a la mesa. Me miraba fijamente con cautela y no apartó la mirada. Me estaba empezando a hacer sentir incómodo.

Cayson y Skye estaban sentados enfrente de mí, estudiando mi rostro.

Trinity estaba sentada a mi lado y hojeaba una revista.

Vale... ¿de qué iba todo aquello?

Cayson se aclaró la garganta.

—Este es mi amigo Bryan. Se ha ofrecido a conocerte y hablar contigo sobre su experiencia al salir del armario ante sus padres y amigos. Creo que ayudará.

Trinity se tapó la boca e intentó contener la risa. Se le escapó una risita, pero sólo la oí yo.

¿Cómo había llegado mi vida a aquel punto?

—Voy a decirlo una sola vez más: ¡no soy gay! —dije en voz alta. Menos mal que las mesas de alrededor estaban vacías.

Cayson se giró hacia Bryan.

—Todavía está un poco susceptible sobre el tema...

—¡Que no soy gay! —Estaba tan alterado que estuve a punto de volcar la mesa.

Bryan asintió mientras observaba mi reacción.

—Yo pasé por lo mismo. Es completamente normal, te lo aseguro. El primer año siempre es duro.

—Ya no lo aguanto más. —Me levanté y salí hecho un basilisco de la biblioteca, balanceando los brazos a los costados como un gorila. Quería atravesar una pared con el puño. Me temblaban las manos y los ojos estaban a punto de salirseme de las órbitas.

TRINITY SE DIO cuenta de que toda aquella situación me estaba afectando de verdad, así que dejó de tomarme el pelo y no lo mencionaba cuando estábamos juntos. Los únicos momentos en los que me sentía seguro era cuando estaba encerrado en su casa, viendo la tele con ella sentada en mi regazo o acurrucados juntos en la cama.

Cuando fui a su casa, utilicé mi llave para entrar y puse rumbo directamente hacia su dormitorio. Estaba sentada a su mesa y recortaba algo de una revista.

—Hola, princesa. —Me incliné y le di un beso antes de dejar caer mi bolsa encima de la cama.

—Hola. —Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a mí—. ¿Qué estás haciendo?

Abrí uno de sus cajones y empecé a sacar su ropa y a dejarla sobre la cama.

—Guardar mis cosas.

—Eh... Esas son mis cosas. ¿Qué leches haces?

—Estoy cansado de andar todo el tiempo yendo y viniendo. Si tú no vas a ofrecerme un cajón, tendré que apropiarme de uno por mi cuenta.

—No pensé que quisieras uno... —Se cruzó de brazos mientras me observaba guardar mis cosas.

—Bueno, pues sí que lo quiero. —Cerré el cajón cuando hube terminado y luego llevé mi neceser al baño, vacié un cajón y metí en él mi cepillo de dientes, mi maquinilla de afeitar y productos para el pelo antes de cerrarlo.

Al volver a su cuarto examiné lo que había encima de su mesa.

—¿En qué andas?

Sonrió y sostuvo su cuaderno de bocetos en alto.

—He diseñado un vestido nuevo. —Luego levantó la fotografía que había recortado—. Me gustan mucho el color y el estilo, pero me parece demasiado recargado, así que me ha inspirado para hacer algo diferente.

Examiné el dibujo.

—Es bonito.

—Gracias. He estado reuniendo mis diseños para enseñárselos a Cavos.

—¿Se supone que ese nombre me tiene que sonar de algo? —pregunté.

—Es un diseñador famoso. Mi padre ha concertado una reunión con él para que pueda preguntarle lo que quiera.

Recordé que me lo había mencionado.

—Eso es alucinante, pero estoy convencido de que él va a aprender de ti y no al contrario.

Me dedicó una sonrisa tierna.

—En fin... ¿qué tal tu día? —Siempre dudaba al hacerme aquella pregunta porque sabía que lo estaba pasando mal. Todo el mundo me trataba diferente. Todos afirmaban que me veían igual, pero eran tan amables conmigo que me estaban volviendo loco. Prefería con diferencia que me tomaran el pelo y se metieran conmigo: por lo menos aquello era normal.

—No ha estado mal...

Me frotó los hombros.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Cayson me ha estado preguntando por mi novio y ha sugerido que salgamos en una cita doble.

—Oh, no —dijo con un suspiro—. No te preocupes, antes o después se les

olvidará.

—Ni sé la cantidad de veces que he estado a punto de soltar que estoy saliendo contigo. Me haría la vida más fácil, pero más difícil al mismo tiempo.

—Ya... —Me puso una mano en la mejilla y me dio un beso suave y apasionado—. He hecho la cena. Tu plato favorito.

Aquello mejoró un poco mi humor.

—¿Espaguetis con albóndigas?

Asintió.

—Gracias, es un detallazo.

Sus ojos brillaron de emoción al mirarme. Luego se inclinó y me volvió a besar.

—Ya no eres para nada como eras antes.

Yo también lo había notado. Ahora pasaba con ella cada segundo, prácticamente vivíamos juntos. Me resultaba imposible dormir a menos que lo hiciera con ella. Cuando no estábamos juntos, la echaba de menos. La ayudaba con las tareas de la casa y a hacer la colada como haría un marido. Cenábamos juntos todas las noches y luego leíamos a la luz de la lámpara metidos en la cama. Todo había cambiado, pero aquello no era algo malo. Era feliz por primera vez en mi vida.

—Tú me has cambiado. —La atraje hacia mí y le di un beso en la frente antes de encaminarme hacia la cocina.

Nos sentamos uno enfrente del otro y comimos en silencio. Una de las cosas que más valoraba de nuestra relación era lo cómodos que estábamos en silencio. Podíamos tocarnos el uno al otro sin usar más que la mirada y mantener conversaciones enteras en silencio, sin sentir la necesidad de llenarlo con palabras vacías. Estar sentados juntos, estar juntos sin más, era suficiente para ambos. La cena transcurrió en silencio. Yo la miraba y ella me miraba a mí.

Pero no dijimos ni una palabra.

SEIS

## Cayson

---

—Slade sigue sin ceder —dije con un suspiro—. Creía que se sinceraría, pero lo único que ha hecho ha sido cerrarse más. —Estaba tumbado en la cama con la cabeza de Skye apoyada en el pecho. Cada vez que inspiraba, le movía la cabeza.

—Ya me he dado cuenta. —Me pasaba los dedos por los abdominales y tenía la pierna enroscada alrededor de la mía.

—No sé qué hacer. Todos han dejado claro que no les importa, pero sigue mintiendo.

—A lo mejor nosotros no podemos hacer nada. Tendremos que limitarnos a esperar.

Medité sobre otro modo de lograr que Slade se sincerase conmigo. Era mi mejor amigo y me dolía que estuviera decidido a dejarme al margen. Le había demostrado que nada había cambiado entre nosotros. Seguía hablando con él exactamente igual que siempre. Seguiría estando a su lado por los siglos de los siglos. Me dolía que no confiara en mí tanto como yo confiaba en él.

Skye, como siempre, pudo leerme la mente.

—Estoy segura de que no es nada personal, Cayson.

Pero era lo que parecía.

—¿Y si nos encontráramos con él y con su novio y actuáramos como si todo

fuera normal para lograr que se sienta cómodo? Entonces sabría que con nosotros puede ser él mismo.

—Creo que estás pasando por alto el mayor fallo de ese plan: no sabemos quién es su novio.

Mierda, tenía razón.

—Pero podríamos averiguarlo...

—¿Cómo?

—Podríamos seguirlo y ver adónde va. Después, cuando salgan a cenar o al cine, podríamos aparecer de repente.

Skye dejó de mover la mano.

—No sé si me siento cómoda espiándolo así...

—No es espiar —rebatí—. Tengo la sensación de que estoy perdiendo a mi mejor amigo. Necesito que sepa que no tiene nada de lo que avergonzarse. Me está matando.

—Esto debe de ser duro para ti...

—Más de lo que te imaginas. —Tragué para deshacer el nudo que tenía en la garganta, intentando olvidar la puñalada que Slade me había dado en el corazón. ¿Cuándo habían empezado a torcerse las cosas? ¿Había hecho un chiste homófobo en algún momento del pasado que le había llevado a pensar que estaba en contra de los homosexuales? ¿Le había dado alguna razón para no confiar en mí? Me había dejado fuera como si acabara de cerrarme una puerta en la cara—. Este fin de semana lo voy a seguir. Cuando se reúna con su novio, lo trataré con total normalidad y Slade se dará cuenta de que no hace falta que siga escondiéndose, de que puede ser él mismo.

Skye suspiró.

—Supongo... pero no estoy segura de cómo va a salir. Puede que a Slade le cabree que lo sigas.

—Haré que parezca que no lo estaba siguiendo. Estás conmigo en esto, ¿verdad?

Guardó silencio durante un momento.

—Normalmente te diría que no, pero sé lo importante que es esto para ti... así que claro que te ayudaré.

—Gracias, cariño.

Ahora que tenía un plan en mente, me relajé. Me acurruqué más con ella bajo las sábanas y sentí su cuerpo cálido junto al mío. Cuando pensaba en rechazar la invitación de Stanford, sentía que mi sueño se estaba apagando. Pero cuando abrazaba a Skye de aquel modo, pegada a mi pecho y justo al lado de mi corazón, me daba cuenta de que había tomado la decisión correcta. La vida no tendría sentido si no fuera ella la mujer con la que iba a compartirla.

APARCAMOS en la calle de su apartamento con su coche a la vista. Dejé las luces apagadas y fui arrancando el coche de vez en cuando para que funcionara la calefacción. Skye daba sorbos a un café en el asiento del copiloto con mi chaqueta envolviéndole el cuerpo.

—Me siento como si estuviéramos en una serie de policías. —Volvió a dar otro trago al café.

—No me importaría tener luces de coche policía para poder atravesar el tráfico más rápido.

—Eso le vendría bien a mi padre —dijo—. Conduce como un loco con ese coche tan caro que tiene.

—¿Qué sentido tiene tener el coche más rápido del mundo si no conduces rápido?

—Pero tiene un cajón lleno de multas de velocidad —dijo ella.

—Como si al tío Sean le importase —dije—. Gana más dinero en una hora de lo que gana la gente en un año.

—A mi madre no le hacen mucha gracia sus temeridades.

—A mí tampoco me harían gracia.



Me cogió la mano y se la puso sobre los muslos.

—¿Cuándo coño va a salir? Llevamos horas aquí sentados.

—No lo sé —respondí—, pero es viernes, así que seguro que va a ir a algún sitio.

—Cariño, tengo hambre.

—Acabamos de comer —repuse.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —me preguntó con una carcajada.

—En serio, ¿dónde lo metes, Skye?

Se encogió de hombros.

—Estoy convencida de que ir a correr ayuda. Si no, estaría como un globo.

—¿Estarías? —pregunté— ¿O ya lo estás?

Me dio un manotazo en el brazo.

—¡Oye!

Me eché a reír.

—Cariño, ya sabes que estoy de broma. Me encanta cada curva y cada centímetro de tu cuerpo.

—¿Te gusta la curva de mis michelines? —me desafió.

—Tú no tienes michelines —rebatí.

—Tengo un flotador enorme por toda la tripa —dijo con seriedad—. No hagas como que no lo has visto.

Lo cierto era que no. Para mí su cuerpo era totalmente perfecto.

—Lo único que veo es a la mujer más guapa del mundo.

—Tú eres perfecto y tienes un cuerpo esculpido con un ocho por ciento de grasa —dijo poniendo los ojos en blanco—. Yo no soy así para nada.

Hice una mueca.

—Y no querría que lo fueses. Sería grotesco.

—¿De verdad? —preguntó con aprensión.

—De verdad —aseguré con convencimiento—. Me encanta tu cuerpo, eres perfecta. Nunca querría que perdieras peso.

Pareció sorprendida.

—¿No te parece que soy... ancha?

Me reí.

—Si ser ancha es algo malo, entonces no. Me gustan las curvas de tus caderas, el tamaño de tu pecho y la suavidad de tus piernas. —La miré con gravedad—. No lo digo por echarte flores, Skye. Ya eres mía, así que no tengo que hacer nada. Y no serías el amor de mi vida si no me sintiera más atraído por ti que por ninguna otra mujer del mundo.

Aquello pareció convencerla, porque apartó la mirada y dejó la conversación.

Skye nunca se había avergonzado de su aspecto. Aquella era una faceta suya que nunca había mostrado, pero me parecía gracioso porque era una total estupidez. Si se viera como yo la veía, nunca se cuestionaría sus medidas.

Volví a mirar hacia el aparcamiento y vi a Slade abriendo la puerta de su coche.

—Ya se marcha. —Arranqué el motor, pero mantuve las luces apagadas.

Skye se enderezó, lista para la acción.

—Estoy muy nerviosa.

—¿Por qué?

—No sé... ¿La gente de las series de policía se pone nerviosa? —preguntó.

Intenté no reírme de lo adorable que era.

—Claro.

Slade se incorporó a la carretera en dirección norte.

Yo pisé el acelerador y empecé a seguirlo.

—No te pegues demasiado, puede que reconozca tu coche.

—Está oscuro —dije—. Dudo que se dé cuenta. Y las luces harán que le resulte imposible vernos las caras por el retrovisor.

—Aun así, ten cuidado —dijo con seriedad.

Me quedé a cierta distancia y mantuve la velocidad sin perderlo de vista. Dejó atrás la universidad y luego se dirigió hacia un barrio residencial.

—¿Adónde va? —preguntó Skye.

—A lo mejor su novio tiene una casa —dije con reservas.

—Supongo...

Seguimos detrás de él y entramos en la calle de Trinity.

—Si viviera aquí, ¿no habría visto Trinity el coche de Slade? —preguntó Skye en voz baja.

—Trinity no ve nada que no sea la moda o los chicos. —Giré en la esquina y vi el coche de Slade en el camino de entrada de la casa de Trinity.

—¡Gira a la izquierda! —Skye agarró el volante y lo giró en sentido contrario.

—¿Estás loca? —Me hice con el control del volante y me aseguré de que no nos estampáramos—. No vuelvas a hacer eso.

—Bueno, si hubieras girado a la derecha, Slade te habría visto al momento.

—¡Aun así sería mejor que morir!

Miró por encima de su hombro.

—Está entrando en la casa. No creo que nos haya visto.

Hice un cambio de sentido y luego aparqué en el arcén.

—¿Qué está haciendo aquí?

Skye limpió el café que había derramado al tomar el control del coche.

—Puede que se haya dejado algo y haya venido a recogerlo.

—¿Que se haya dejado el qué? ¿Cuándo ha sido la última vez que hemos venido a casa de Trinity?

Se encogió de hombros.

—Hace un mes...

Había algo que no encajaba.

—Pero odia a Trinity. ¿Por qué iba a venir aquí? —Y había aparcado en el camino de entrada de su casa, lo cual era todavía más raro.

Skye apoyó la cabeza contra la ventanilla y suspiró.

—No lo sé, pero dudo que se quede mucho tiempo.

Apagué el coche y eché el asiento hacia atrás, intentando ponerme cómodo. Permanecimos sentados en la oscuridad y vimos cómo los coches llegaban al vecindario a medida que caía la noche. Pasaron horas, pero no salió en ningún momento.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

Skye se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Trinity nunca habla de él. Daba por hecho que lo odiaba tanto como él la odiaba a ella.

—A lo mejor está hablando con ella de esta situación... —Me froté la nuca, dolorido por todo el tiempo que llevaba sentado en el coche.

—Sé que a Trinity le dará igual que sea gay, pero... no me parece alguien con quien hablar del tema.

Nos quedamos en silencio mientras continuábamos esperando a que se marchara.

—¿Quieres jugar a las cartas? —preguntó.

—Claro. —Había pocas personas con las que pudiera sentarme a solas en un coche sin aburrirme. Que tu pareja fuera tu mejor amiga tenía sus ventajas. No

había nadie con quien preferiría hacer una misión de vigilancia.

Repartió las cartas y jugamos algunas manos.

—Vale, me estoy hartando ya de que ganes todo el tiempo —dijo con irritación.

—Pues juega mejor.

Me miró entornando los ojos.

—Echo de menos los días en los que me dejabas ganar.

—Esos días han llegado a su fin. Lo siento.

Se rio.

—Se supone que tienes que ser bueno conmigo porque soy tu novia.

—Soy bueno contigo —le recordé.

—Entonces me dejarías ganar.

—¿De verdad quieres que lo haga? —Conocía la respuesta a aquella pregunta. Ella nunca decía que no a un desafío, siempre había sido así.

—No. —Se mordió el labio mientras examinaba su mano con atención.

Yo sonreí, encantado de conocerla tan bien.

Cuando dio la una de la mañana, ambos estábamos cansados.

—¿Por qué sigue ahí? —preguntó mientras se abrigaba más con la chaqueta.

Aquella preguntita me estaba atormentando.

—Se marchará pronto.

—Probablemente después se vaya a casa. Esto ha sido una pérdida de tiempo.

—Suspiró irritada.

—No estamos seguros de eso.

Se movió hacia mi lado del coche y se acurrucó conmigo. Apoyó la cabeza sobre mi hombro y me rodeó la cintura con un brazo.

Intenté mantener los ojos abiertos y vigilar el coche, pero la fatiga se estaba apoderando de mí. Al final, empezaron a pesarme los párpados y se me cerraron.

EL SOL me despertó a la mañana siguiente. Abrí los ojos parpadeando y noté el cuerpo de Skye sobre el mío. Se había ido subiendo a mi regazo durante la noche y ahora estaba totalmente encima de mí.

No pesaba nada, así que no me había dado cuenta, pero la temperatura de nuestros cuerpos nos había mantenido a ambos calientes.

Ella se despertó al mismo tiempo.

—No pretendía quedarme dormida. —Se frotó los ojos para despejarse y bostezó.

Le metí la mano en el pelo y la besé en la frente como hacía cada mañana. Después entrecerré los ojos y miré a través del parabrisas.

El coche de Slade seguía allí.

Pero qué coño...

—¿Ha dormido aquí? —preguntó Skye—. ¿Por qué?

—Eso mismo me estaba preguntando yo...

—Creo que no me he sentido más confusa en mi vida. —Volvió a sentarse en su lado del coche.

Me rasqué la cabeza irritado por no poder resolver aquel rompecabezas. Me encantaban los retos y me gustaba solucionar problemas que parecían irresolubles, pero aquello me estaba volviendo loco. ¿Qué podría haber hecho que se quedara?

—¿A lo mejor estaba demasiado borracho para conducir? —razonó Skye.

—Pero ¿por qué iba a estar bebiendo con Trinity? —pregunté—. Eso no tiene sentido.

Skye empezó a mover las rodillas de un lado a otro.

—Tengo muchas ganas de hacer pis. Y me muero de hambre. Y quiero comer.

Por suerte ganaba un buen dinero de los fondos para las becas. De lo contrario, no sería capaz de mantener a Skye. Era con diferencia la novia más cara que había tenido nunca. La mayor parte del tiempo comía más que yo.

—Vale. Recargamos las pilas y volvemos.

—¿Que volvemos? —preguntó—. ¿Por qué? Si se va a ir a casa y nada más.

—Pero ¿y si no es así? —repliqué—. Hay algo en esta situación que me da mala espina. Se nos está escapando algo.

Ella seguía sacudiendo las rodillas.

—Si no me dejas hacer pis, te voy a poner el asiento perdido —amenazó.

Me reí y arranqué el coche.

—Vale, vale. Vámonos.

DESPUÉS DE COMER, tomar café y vaciar la vejiga, volvimos a la misma plaza de aparcamiento.

Y el coche de Slade seguía allí.

Pasaron las horas y nos entretuvimos jugando a las cartas y con los teléfonos móviles. Empezamos a jugar a juegos y nos contamos chistes. Cuando el sol volvió a ponerse, me sentía más confuso todavía.

—¿Va a dormir aquí otra vez? —preguntó Skye con incredulidad.

—Eso no puede ser...

—No creo que pueda volver a dormir en este coche...

A mí la idea tampoco me entusiasmaba demasiado.

—Me interesa saber en qué anda metido Slade... pero preferiría ir a casa y

echar un polvo.

Sus palabras captaron mi atención. El sexo con Skye siempre era increíble, era casi imposible rechazarlo. Pero ahora necesitaba saber qué tramaba Slade. ¿Por qué estaba durmiendo en casa de Trinity? ¿Quién era su novio?

—Puedo llevarte a casa si quieres, pero yo voy a volver.

Me miró.

—Te mueres por descubrirlo, ¿no?

—Me está volviendo loco. A lo mejor la vida de Slade esconde más de lo que yo pensaba. Y el hecho de que recurra a Trinity en busca de consuelo es insultante. Yo siempre tengo la puerta abierta...

Me dirigió una mirada triste.

—Slade y tú vais a seguir siendo amigos.

Yo no estaba tan seguro. Uno sabía que su relación había dado un giro equivocado cuando la otra persona prefería al enemigo antes que a ti.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—Me quedo contigo.

Yo sabía que se quedaría.

—Gracias. A lo mejor podemos enrollarnos aquí...

Sus ojos adquirieron un brillo pícaro.

—¿En qué estás pensando?

No hacía falta que respondiera a aquella pregunta. Ella lo sabía.

Skye se recogió el pelo en una coleta y bajó la cabeza hasta mi regazo.

Yo me recosté en el asiento y disfruté de varios minutos de felicidad.



SLADE VOLVIÓ A QUEDARSE A DORMIR. No había salido de la casa ni una sola vez, y Trinity tampoco.

Yo había renunciado oficialmente. No era capaz de averiguar por qué estaba allí ni qué estaba ocurriendo. Me sentí tentado a llamar a la puerta y preguntar.

Skye cada vez estaba más irritada por estar encerrada en un coche. Había pasado todo el fin de semana y ya había llegado el domingo por la tarde. Hicimos un descanso para tomar un refrigerio y luego regresamos a la manzana de Trinity.

—No creo que vayamos a descubrir nada nuevo quedándonos aquí sentados. Cuando Slade salga, se marchará a su casa, nada más. El fin de semana ya se ha terminado.

—Pero ¿por qué está aquí? —quise saber—. ¿Por qué? —Me estaba comiendo por dentro.

—No lo sé —dijo con un suspiro—. Puedo preguntárselo a Trinity mañana, me lo contará.

—A lo mejor está escondiendo algo de Slade. Sinceramente, ni siquiera sabía que se hablaban y menos aún que dormían juntos los fines de semana.

Skye no respondió, pero yo sabía que estaba de acuerdo conmigo.

El sol se había puesto por tercer día consecutivo.

—Vale, tiro la toalla —exclamó Skye—. He terminado oficialmente con todo esto del espionaje.

Yo también estaba harto. Lo único que habíamos conseguido era perder el tiempo. Skye y yo nos habíamos divertido mucho durante la operación, pero ahora ya resultaba pesada y aburrida. Los dos estábamos ansiosos por salir del coche y hacer otra cosa.

—Yo también. Supongo que tendremos que seguirlo durante la semana.

—Tú puedes hacerlo —dijo—, pero yo ya paso.

Suspiré y arranqué el coche. Mi curiosidad seguiría matándome para siempre, pero quedarme sentado en aquel coche no me acercaría a la verdad.

Entonces salió Slade.

—¡Ahí está! —Skye se incorporó con los ojos muy abiertos.

Desvié mi atención hacia el camino de entrada. Se dirigió a su coche con Trinity caminando a su lado.

—No lleva la misma ropa que llevaba cuando vino —apuntó Skye.

—¿Y? —Yo no apartaba la vista de Slade.

—Pues que no traía ninguna bolsa... así que tenía ropa aquí para cambiarse.

Tenía razón.

Skye y yo observamos a Slade y a Trinity. Llegaron al coche de él y se detuvieron frente a frente. Yo no sabía qué esperar. No sabía qué estaban diciendo, pero esperaba que ocurriese algo que nos diera alguna pista.

Entonces Slade se apoyó en su coche y pegó su cuerpo al de Trinity. Le puso las manos en la cara y le dio un beso largo y lento. Trinity le rodeó el cuello con los brazos mientras le devolvía el gesto con la misma intensidad. Pasaron un minuto besándose sin separar sus bocas. Luego Slade puso fin al beso, pero dejó la cara pegada a la de ella. Le susurró algo, haciendo que sonriera un poco. Luego se apartó y se metió en el coche. Cuando salió de aquella calle, yo volví a respirar.

Skye y yo nos miramos boquiabiertos.

La madre que lo parió...

SIETE

## Skye

---

Estaba claro que Slade no era gay.

Cayson y yo estuvimos callados durante horas, procesando la escena que habíamos presenciado en el césped de casa de Trinity. Slade y Trinity estaban juntos, o sea, juntos, juntos... y era evidente que ya llevaban juntos un tiempo. Había dormido allí todo el fin de semana, y al darle un beso de despedida lo hizo como si la amara.

No me podía creer que Trinity no me lo hubiera contado, que hubiera estado tanto tiempo ocultándomelo y tomándonos a todos por tontos. No tenía ni idea de que hubieran estado viéndose a escondidas. ¿Cuánto tiempo llevaban haciéndolo? ¿La quería él a ella? ¿Y ella a él? ¿Eran amigos? ¿Cómo era su relación? ¿Hablaban? Y de ser así, ¿sobre qué? Era simplemente incapaz de imaginármelos llevándose bien durante más de un minuto.

Cayson estaba flipando tanto como yo.

—Eso ha pasado de verdad, ¿no? No hemos tenido la misma alucinación al mismo tiempo, ¿verdad? —Se sentó en el sofá y se quedó mirando la pantalla apagada del televisor.

—Sí... eso creo.

Cayson se frotó la sien.

—Llevamos todo este tiempo tratándolo como si fuese a salir del armario y él mientras estaba acostándose con Trinity desde el principio. Joder, no

podíamos estar más equivocados.

Tomé asiento a su lado y junté las manos en el regazo.

—¿Por qué lo están ocultando?

—A juzgar por nuestra reacción, me parece comprensible. Que Slade se esté enrollando con Trinity es lo último que se me podía pasar por la cabeza.

—Y a mí. —Ahora recordaba su relación con Reid, que había terminado, y su cita con Scott, que no había salido bien—. Pero ahora todo tiene sentido.

—Supongo que sí...

—¿Crees que se lo deberíamos contar a los demás?

Cayson se frotó las manos entre sí.

—No. Nunca.

Yo opinaba exactamente lo mismo.

—Si Slade ha mantenido su relación en secreto, será por algo. Él no quiere que nadie se entere y no estaría bien ir soltándoselo por ahí a todo el mundo, porque no tendríamos ni que saberlo. Ahora me siento como el culo por haberlo espiado.

—¿Vas a hablar con él de ello?

Cayson se llevó las puntas de los dedos a los labios y se ensimismó en sus pensamientos. Tenía los hombros tensos y rígidos y parecía que su mente estuviera en otra parte.

—Cuando la besó no le dio un rápido beso de despedida. La abrazó como si fuera a echarla de menos. Y ella le devolvió la muestra de afecto sonriendo cuando se separaron. No sé cuál es su relación, pero no es superficial. Me temo que si se entera de que lo sé, destruirá lo que tiene. Si hay alguna posibilidad de que Trinity signifique algo para él, si la quiere, no quiero fastidiarlo. Pero me gustaría que hablase conmigo de ello...

Le masajeeé el hombro, sintiendo el mismo dolor que él.

—Yo también estoy dolida por que Trinity no me lo haya contado...

Negó levemente con la cabeza.

—Sigo sin podérmelo creer...

—Y yo... —Cada vez que pensaba en lo que había visto, me impactaba tanto como la primera vez. Era algo inesperado y carente de lógica.

—Ahora entiendo su comportamiento... —Cayson se frotó la barbilla—. Todas esas preguntas raras, el libro que tenía, cómo evitaba constantemente salir con los chicos... algunas de las cosas que me dijo... todo encaja.

—Seguro que estuvo hablando con Scotty para mantenerlo apartado de Trinity. —Caí en la cuenta de repente—. Por eso se presentó en su cita.

—Claro —afirmó Cayson—. Y esa es la auténtica razón por la que ella dejó de ver a Reid: lo hizo por Slade.

Entre los dos fuimos devanando la historia.

—¿Cuánto tiempo piensas que llevan así? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Lo han ocultado de maravilla.

—¿Y sólo se están acostando? —siguió preguntando—. ¿O esto es algo serio?

—Ojalá lo supiera.

Volvió a frotarse las sienes.

—A lo mejor puedo presionarlo para que me lo cuente, obligándolo a ir a una cita o algo así. Entonces tendrá que soltarlo.

—Pero no sabemos por qué lo está manteniendo en secreto —dije yo—. A lo mejor tienen una buena razón para hacerlo.

Asintió.

—Tienes razón. —Suspiró y se reclinó en la silla—. No pensaba que Slade fuese capaz de cambiar por nadie, no digamos ya por Trinity.

—Me pregunto cómo ocurrió...

—Daría lo que fuera por saberlo. —Cayson me atrajo hacia su pecho mientras pensábamos en Slade y Trinity y nos preguntábamos cómo sería su relación. ¿Era tierno con ella? ¿Y ella con él? ¿Harían alguna vez pública su relación? ¿Serían alguna vez una pareja de verdad? ¿Confiaría Trinity alguna vez en mí? Que no lo hubiese hecho me había dolido. ¿Acaso no se fiaba de mí?

ME REUNÍ con Trinity en la biblioteca como hacía todas las tardes, aunque aquel día era diferente. Aquel día conocía su más íntimo secreto. Aquel día la vería de un modo diferente.

Dejé mis libros y le lancé una mirada.

Como siempre, estaba hojeando una revista.

Jugueteé con el lápiz que tenía en la mano.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

Actuó con normalidad.

—No ha estado mal. —Pasó otra página y luego entornó los ojos para ver mejor una foto. Después sacó su bolígrafo y apuntó algo.

—¿Qué has hecho?

No me miró a los ojos.

—Nada, en realidad. Ver la tele, trabajar en mis diseños y leer.

—¿No has salido? —pregunté por probar—. ¿Ni has tenido ninguna visita...?

—No. —Dobló una esquina de una página antes de seguir avanzando.

No me podía creer que me estuviera escondiendo aquello. Yo se lo contaba todo, le había confesado hasta las cosas más embarazosas y humillantes que me habían pasado jamás. Sabía que se llevaría mis secretos a la tumba. ¿Es que ella no pensaba lo mismo de mí? ¿Habría hecho algo mal?

Si ella me pedía que le guardara un secreto, hasta que se lo ocultara a Cayson,

lo haría. Sabía que no tenía que convertir aquella situación en algo personal, pero estaba dolida. ¿Quería a Slade? ¿Tenía futuro su relación? Necesitaba saberlo y ella seguro que quería hablar de ello con alguien.

—Yo soy tu mejor amiga, ¿no?

Por fin levantó la vista y me miró con expresión confusa.

—Sí... ¿por qué?

—Es que ya no hablamos tanto como antes...

—Mujer, lo estamos haciendo ahora mismo. —Cerró la revista—. ¿De qué quieres hablar?

—Um... ¿qué tal te van las cosas?

—Muy bien. ¿Y a ti?

—Muy bien.

No estaba encarrilando bien aquella conversación.

—¿Alguna novedad en tu vida?

—No, ¿y en la tuya?

—No.

Por primera vez, la situación se volvió incómoda. Yo nunca me sentía tensa cuando estaba con ella, pero ahora me preguntaba qué más me habría ocultado. ¿La conocía realmente?

—Y... ¿no estás saliendo con nadie? —Intenté aparentar indiferencia, pero me daba la sensación de que lo estaba haciendo fatal.

—No, la verdad. —Me miró directamente a los ojos y me mintió. Me mintió. No hubo sufrimiento ni conflictos internos, fue como si el acto no significara nada para ella. Y aquello me dolió.

—¿Con nadie en absoluto? ¿Ni siquiera en plan informal? ¿O un lío, quizá?

Entrecerró los ojos.



—Ya te he dicho que no. Skye, ¿va todo bien con Cayson?

—Sí, estamos bien —solté yo—. Es sólo que tengo la sensación de que no me has contado nada de tu vida personal.

—No hay nada que contar. Y yo te lo cuento todo, Skye.

Ah, ¿de verdad?

—Todavía no me has contado lo que pasó con Scott.

Se encogió de hombros.

—No era mi tipo.

—Estabas colgadísima por él. Recuerdo claramente que me dijiste que lo querías matar a polvos.

Empezó a ponerse a la defensiva.

—No funcionó y ya está, ¿vale? No me gustaba mucho su personalidad.

—Pero aun así podrías haberte acostado con él.

—No quise hacerlo —protestó—. ¿Por qué me siento ahora mismo como si me estuvieses sometiendo al tercer grado?

—Es sólo que siento que nos hemos distanciado... Es como si ya no te conociera.

Me miró con tristeza.

—Skye, ¿a qué viene todo esto? La última vez que nos vimos estábamos bien y ahora te estás portando como si lleváramos años sin hablar. El jueves mismo salimos a cenar. Sé que pasas mucho tiempo con Cayson y me parece perfecto, no me molesta para nada. ¿Es que te sientes culpable o algo así?

—No —aseguré con rapidez. ¿Por qué no me lo contaba y ya está?

—Vale... —Volvió a coger su revista.

Sabía que con aquella actitud sólo había conseguido alejarla más todavía. Me odiaba a mí misma por dentro por lo mal que la había tratado, pero es que me sentía frustrada y dolida. De entre todas las personas, pensé que a mí me

habría contado lo de Slade. ¿Por qué me estaba dejando fuera de su vida? Volví a concentrarme en mi libro de texto.

Slade se acercó a nuestra mesa y se sentó al lado de Trinity. Ni siquiera la miró, como si no significara nada para él. Era como si ella no existiera. Trinity tampoco lo miró a él. Los observé mientras juzgaba su interacción. Justo el día anterior se habían besado como amantes apasionados, pero ahora aparentaban mutua indiferencia. Era una actuación excelente, lo bastante buena para engañar a todo el mundo... incluyéndome a mí.

Slade estaba entretenido comiéndose un burrito en silencio y Trinity hojeaba su revista.

—¿Qué tal el finde? —le pregunté a Slade.

—Guay. —Tenía los codos encima de la mesa y comía como un guarro.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

—Jugar al baloncesto, hacer algunas apuestas, ver la tele, ligar con una tía en un bar... —Me dedicó una mirada cargada de intención—. Porque no soy gay. Y luego me fumé unos canutos.

Mentía con tal fluidez y elocuencia que me lo habría tragado por completo si no hubiese sabido la verdad. Slade era un mentiroso consumado, y lo mismo podía decirse de Trinity.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—¿Quién? —dijo Slade.

—La chica del bar.

—Ah. —Terminó de masticar—. Cassandra.

—¿Y cómo era?

—Morena, tetas grandes.

—¿A qué bar fuiste? —Estaba dispuesta a pillarlo en un renuncio por algún lado.

—A Tilly's.

—¿Cuándo?

—El sábado por la noche.

—Mmm... Cayson y yo estuvimos allí el sábado y no recuerdo haberte visto.

Slade disimuló su incomodidad.

—Probablemente porque estaba follando en el baño. —Fingió indiferencia y lo hizo de maravilla.

—Cayson y yo también estuvimos en el baño y no recuerdo que nadie estuviera haciéndolo dentro.

—Estábamos en el de las chicas —se apresuró a explicar—. ¿Y por qué tengo la sensación de que me estás interrogando? —exclamó enfadado.

Suspiré en señal de derrota. No iba a adelantar nada con aquellos dos, eran demasiado buenos. Llevaban haciendo aquello a escondidas ni se sabe cuánto tiempo, y era evidente que dominaban el arte.

—Skye, ¿te encuentras bien? —preguntó Trinity.

—Estoy perfectamente —murmuré. Me centré una vez más en mi libro.

Cayson se sentó a mi lado, me dio un rápido beso y se quedó callado. Aquel día no era él mismo y yo sabía exactamente por qué. El hecho de que Slade le estuviera ocultando algo tan importante era como un bofetón en la cara para él.

Cayson miraba fijamente a Slade y a Trinity exactamente igual que había hecho yo unos minutos antes.

—¿Qué os contáis?

—Este burrito es la hostia —dijo Slade.

—He diseñado un vestido nuevo —dijo Trinity.

Cayson se volvió hacia mí y me dedicó una mirada que no me costó nada interpretar.

No tenían intención de desembuchar por el momento.

OCHO

## Trinity

---

Slade entró a las cinco en punto.

—Bien, parece que por fin ya todos se creen que no soy gay.

—Y no ha hecho falta que lo hagamos delante de ellos para demostrarlo. —Le dediqué una sonrisa desde el sofá.

—Aun así podíamos hacer un vídeo... sólo para nosotros. —Se inclinó por encima del respaldo del sofá y me rodeó los hombros con los brazos. Luego fue sembrando cálidos besos por mi cuello, hociqueando y logrando que me derritiera.

—Eso suena divertido.

Se quedó inmóvil y me acercó la boca a la oreja.

—¿En serio?

—Mientras no se lo enseñes a nadie...

—Trinity, ¿dónde has estado durante toda mi vida? —Me dio otro beso en el cuello.

Me reí.

—Justo delante de tus narices, de hecho.

—Tengo que ir a que me revisen la vista.

—Pues sí.

Se apartó y empezó a rodear el sofá.

—¿Qué tal tu día?

—Aburrido, como siempre.

Se sentó a mi lado y me apoyó la mano en el muslo.

—Mi día siempre es aburrido cuando tú no formas parte de él.

Slade venía a mi casa todos los días y dormía conmigo todas las noches. Nunca estaba en su apartamento si no era para recoger algo o tocar la guitarra.

—No puedo ni imaginarme lo sucio que debe de estar tu apartamento.

—En realidad está limpio. Pero es porque nunca estoy allí —dijo con una carcajada—. ¿Qué te apetece que hagamos este fin de semana? Podemos acercarnos a Boston y ver una película o jugar un poco al laser tag.

Había olvidado mencionar que no iba a estar allí.

—Pues es que voy a ir a casa.

—¿Cómo? —Parecía devastado—. ¿Por qué?

—Voy a reunirme con el diseñador aquel, ¿te acuerdas?

—Ah. —Los ojos se le pusieron tristes—. Recuerdo que lo mencionaste.

—Volveré el domingo por la noche.

Suspiró.

—¿Vas a estar fuera todo el fin de semana? —La depresión era evidente en sus ojos y en su voz.

Me llenó de emoción que me necesitara tanto, que estuviera tan apegado a mí como yo a él, que fuera la única persona con la que quería pasar todo el tiempo.

—Sí, estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Pero es que me encanta pasar el fin de semana contigo. —Acercó su rostro

al mío—. Estoy esperándolo toda la semana.

—Lo sé... Te voy a echar de menos.

—Yo también a ti. —Me frotó el muslo con la mano, provocándome una sensación de calidez.

—Puedes quedarte aquí si quieres mientras estoy fuera.

—Bueno, huele a ti... y me recuerda a ti.

—Prácticamente vives aquí, de todas formas —bromeé.

—Sólo porque tú haces que no me quiera marchar.

—Es por lo bien que cocino —dije riéndome.

Entrecerró los ojos con gesto serio.

—No es por eso. —Levantó la mano de mi muslo y la metió en mi pelo, cogiéndolo en un puño. Luego me dio un beso arrebatador que hizo que me ardieran los labios y me doliera el cuerpo de deseo, provocándome sensaciones maravillosas con la boca que me hicieron anhelar su contacto.

Era un beso lento y suave, como los que me daba normalmente. Cuando había empezado aquel acuerdo, sus besos eran agresivos y aplastantes. Me devoraba como si estuviera muriéndose de hambre. Pero ahora se tomaba su tiempo, sabiendo que yo siempre estaría allí para que me mimara. No había ninguna prisa por llegar a la línea de meta porque cada una de las etapas era perfectamente satisfactoria.

Slade respiraba en mi boca mientras acariciaba los suaves mechones de mi cabello. Con el otro brazo me agarró y me mantuvo cerca de sí. Luego me levantó del sofá y me llevó hasta el dormitorio.

Cuando mi espalda dio contra las sábanas intenté no gritar de dolor por todo lo que necesitaba a Slade en aquel instante. Se apartó para desvestirse, pero yo tiré de él otra vez hacia mí porque necesitaba sentir su boca contra la mía.

Las manos de Slade se desplazaron hasta mi vestido y me lo quitaron con lentitud. Se estaba tomando su tiempo, pero yo estaba ansiosa de él y quería sentirlo estirándome como había hecho cientos de veces. Quería sentir cómo

conectábamos, empaparlo hasta que tuviera que marcharme.

Después de quitarme el vestido, me despojó con suavidad del sujetador y las bragas. Normalmente me robaba la ropa interior y la guardaba en un montón junto a sus calzoncillos, pero últimamente la lanzaba a un lado y se olvidaba de ella. Cuando me hubo quitado el sujetador, succionó cada uno de los pezones con la boca, lo bastante fuerte para hacerme gemir pero lo bastante suave para hacerme desear más.

Su rostro ocupó el espacio entre mis piernas y su lengua hizo las cosas que tanto me gustaban. Llevábamos tanto tiempo acostándonos que sabía exactamente lo que más y lo que menos me gustaba. Pero de alguna manera, aquella repetitividad nunca me cansaba. El sexo entre nosotros siempre estaba bien, nunca era mediocre ni horrible. Nuestra química era volátil y explosiva. Cada contacto y cada caricia me llevaban al borde del orgasmo.

Cuando sus labios volvieron a encontrar los míos, trasteé apresuradamente con sus vaqueros, intentando quitárselos lo más rápidamente posible. Tenía el miembro largo y duro, preparado para mí. Cuando me puso la mano entre las piernas, se dio cuenta de que yo estaba igual de preparada para él. Después de quitarse la camiseta, ambos quedamos desnudos.

Apoyé la cabeza en la almohada mientras él me separaba las piernas y se colocaba encima de mí. Automáticamente, me agarré a sus bíceps y fijé la vista en su rostro atractivo y perfecto. Sus ojos ardían con un fuego oscuro y sus labios estaban ligeramente entreabiertos, en un gesto de deseo evidente. Su sexo encontró mi entrada y se deslizó en mi interior con facilidad.

Un fuerte gemido escapó de mis labios una vez que estuvo dentro de mí. Me mordí los labios y le agarré los brazos al mismo tiempo, disfrutando de la maravillosa sensación.

Slade mantuvo el cuerpo suspendido sobre mí mientras hacía una pausa después de penetrarme. Sus labios encontraron los míos y me besaron suavemente. Me succionó el labio inferior antes de parar y mirarme a los ojos con intensidad, viendo mi alma oculta desde hacía tanto tiempo. Slade me veía como realmente era, me veía entera, hasta la última de mis facetas. Su mirada era tan penetrante que temía que conociera cada uno de mis secretos.

Empezó a moverse sin dejar de mirarme a los ojos. Su respiración era intensa



y superficial. Sus embestidas eran suaves y regulares, a un ritmo que daba a entender que quería durar mucho tiempo. Estaba tan ansiosa por sentirlo que no quería marcharme nunca.

Slade no parecía estar disfrutando del acto como solía hacer. Lo único que parecía importarle era mirarme. Sus ojos se clavaban en los míos y me hablaban en un idioma desconocido para mí. Nuestras mentes estaban conectadas a un nivel muy profundo y siempre sabía lo que estaba pensando, pero en aquel momento fui incapaz de descifrarlo.

Me dio un beso en la frente sin dejar de moverse. Luego volvió a mirarme a los ojos.

El corazón me ardía y se consumía de deseo al mismo tiempo. Nadie se había movido jamás así en mi interior, con tanta suavidad o calidez. Lo único que había conocido era el sexo rápido, pesado y sudoroso con un tío que lo único que quería era correrse. Todo lo que quería Slade era sentirme, tocarme y estar conmigo.

Darme cuenta de aquello me dejó sin aliento. Aquella era la primera vez que alguien me hacía el amor, la primera vez que alguien me miraba como lo estaba haciendo él. Nuestras almas estaban fuertemente conectadas. Nuestros corazones latían sincronizados mientras nuestros cuerpos se movían juntos. Aquel conocimiento me resultaba abrumador. Intenté contener las lágrimas, pero no lo conseguí. Cuando trataba de esconder el rostro en su cuello, no me dejaba.

—Mírame. —Tenía la cara pegada a la mía mientras seguía moviéndose con empujones regulares.

No quería que me viera así, que advirtiera mi evidente necesidad de él. No quería que entendiese la profundidad de mis sentimientos, el cariño que sentía por un hombre al que antes había odiado. Era humillante, un signo de debilidad. Se me habían caído las cartas de la mano y él podía verlas todas.

—Mírame, princesa.

Había cerrado los ojos en un intento por detener las lágrimas. Su voz amable transmitía autoridad, pero también paciencia. Sabiendo que podría ver en mis ojos hasta el último de mis pensamientos, los abrí.

Los ojos de Slade estaban húmedos y enrojecidos, reflejando la misma emoción que me martilleaba el corazón. No parecía avergonzado ni incómodo por ello. Se había mostrado vulnerable y abierto conmigo en innumerables ocasiones, pero no de aquella manera. Me secó las lágrimas a besos mientras seguía moviéndose en mí, aferrándose a mí como si me necesitara entonces y para siempre.

—Yo también me siento así...

SLADE METIÓ mi equipaje en el maletero y comprobó los niveles de aceite y líquido de frenos de mi coche.

—Deberías llegar de una pieza.

—No tenía ni idea de que supieses algo de coches.

—Sé un poquito de todo. —Se limpió las manos y se dio la vuelta hacia mí. A juzgar por la tristeza de su mirada, no quería despedirse. Sólo iba a estar fuera dos días, pero aquello nos parecía una eternidad a ambos—. Se avecina una tormenta, así que ten cuidado conduciendo.

—Siempre lo tengo.

Me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Puedes escribirme cuando llegues?

Nunca me acostumbraría a lo mucho que había cambiado nuestra relación. Slade me había dicho que jamás cambiaría por mí y que no le iba eso de tener novia, pero ahora estaba siendo el novio con el que siempre había soñado.

—Claro.

—Gracias. —Me dio un beso en la frente y luego volvió a acercar su rostro al mío—. Que te diviertas. Sé lo ilusionada que estás por conocer a tu ídolo.

—Y lo nerviosa...

—Lo harás genial, princesa. Simplemente sé tú misma.

—Pero me has dicho mil veces que soy un coñazo —dije con una sonrisa.

—Es cierto. Pero me gusta cuando te pones coñazo. —Me puso una mano en la mejilla y me dio un beso, quitándome todavía más las ganas de marcharme. ¿Era así como se sentía Skye cuando Cayson no andaba cerca? ¿Le dolía tanto el corazón? Deseaba poder preguntárselo.

Slade se apartó y me dedicó una última mirada.

—Te voy a echar de menos. —Tragó el nudo que tenía en la garganta y los ojos se le empañaron durante un segundo. Era como si quisiese decir algo pero no le salieran las palabras.

—Yo también a ti.

—Lo de que tengas cuidado lo he dicho en serio. Va a diluviar.

—Te prometo que seré prudente.

Aquello pareció apaciguar sus temores.

—Nos vemos cuando vuelvas.

—Vale.

Me dio un beso en la mejilla antes de abrir la puerta del asiento del conductor. Cuando estuve dentro, la cerró y retrocedió unos pasos con las manos en los bolsillos.

Salí marcha atrás del camino de entrada y empecé a recorrer la calle. No se despidió con la mano. En vez de ello, me contempló marcharme con un gesto de tristeza en la cara. Cuando giré en la esquina y ya no pude seguir viéndolo, todavía tenía su imagen grabada en mi mente.

Tenía ganas de llorar, pero no sabía muy bien por qué. Estar dos días sin él no era nada por lo que mereciese la pena disgustarse. Pero, por alguna razón, estaba disgustada, casi destrozada.

¿Era aquello lo normal?

AL ENTRAR en casa pude oler la cena en el aire, un guiso de carne que llevaba horas haciéndose a fuego lento. Las zanahorias y las patatas enriquecían el aroma que flotaba en el ambiente.

—¡Ya estoy en casa!

Mi padre salió de la cocina.

—Ya está aquí mi niña. —Me atrajo de inmediato entre sus brazos para darme un abrazo de oso—. ¿Ha ido bien el viaje?

—Sí, no había nada de tráfico.

—Bien. —Se apartó y me dedicó una cariñosa mirada—. Me hace ilusión que estés aquí.

—Y a mí.

Me miró con un brillo de gratitud en los ojos. Sabía que me agradecía que le hubiera dado otra oportunidad después del incidente con Reid. La relación que tenía con mi padre era algo especial y muy infrecuente. Ambos le dábamos un gran valor.

—¿Dónde está mi niña? —Mi madre se acercó a mí y me abrazó con fuerza—. Estás más guapa cada vez que te veo. ¿Cómo lo haces?

Me encogí de hombros.

—Supongo que será el pelo.

Soltó una risita y se apartó.

—He hecho tu plato favorito para cenar.

—Lo sé, ya lo huelo.

Tocó un mechón de mi suave cabello y lo palpó entre las puntas de los dedos.

—Lo tienes tan largo... Me encanta.

—Gracias.

Mi madre y yo nos parecíamos tanto que casi asustaba. Ella tenía justo el aspecto que imaginaba que tendría yo al hacerme mayor. Era más joven que mi

padre, pero conservaba una apariencia juvenil. Le pedían el carnet cada vez que pedía una bebida alcohólica y ni me acordaba de la cantidad de veces que alguien la había confundido por mi hermana. Tenía unos ojos de color verde esmeralda que lanzaban destellos siempre que estaba contenta o enfadada. Su cabello rubio era brillante y liso por naturaleza, hacía falta una hora con un rizador de pelo para darle el menor atisbo de cuerpo. Pero mi madre era guapísima, como me habían dicho a menudo, y parecerme a ella no era el fin del mundo. Mi padre y yo apenas nos parecíamos, pero como era una bestia gigantesca, no me parecía mal.

—Dejaré tus cosas en tu cuarto —se ofreció mi padre—. Luego bajaremos a cenar.

ESTABA NERVIOSA POR CONOCER A CAVOS. ¿De qué podría hablar una universitaria como yo con alguien como él? Probablemente temiese asistir a aquella reunión y sólo lo había hecho porque mi padre le había pagado para ello, y yo había llegado a la conclusión de que era un capullo pretencioso. Pero como era un genio de la moda, suponía que no podía ser demasiado dura con él.

Nunca lo había visto, pero lo reconocí en cuanto entró en la cafetería.

Con una chaqueta plateada brillante, cadenas de oro colgando del cuello y unos pantalones negros más ajustados que los míos, hizo que todos los ocupantes de la cafetería se volviesen para mirarlo. Se comportaba como si estuvieran haciéndole fotografías constantemente, pero echó una ojeada alrededor de la sala como si fuera el dueño de todo y de todos. Al verme entrecerró los ojos. Después de examinarme, se aproximó a mi mesa y se sentó.

—Cavos. —Aquello fue todo lo que dijo. No me estrechó la mano ni me ofreció un abrazo cortés.

Me aclaré la garganta.

—Trinity.

Asintió, pero no hizo ningún comentario amable.

Aquello iba a ser más difícil de lo que había pensado.

—¿Cómo me ha reconocido?

—Tu padre me enseñó el álbum de fotos que lleva en la cartera. —Se arregló el pañuelo blanco que llevaba alrededor del cuello—. Pesaría mucho menos si sacara todas esas fotos.

Mi padre sólo tenía unas cuantas tarjetas de crédito y algo de efectivo en la cartera. El resto estaba lleno de fotos de mí, mi madre y Conrad. No estaba segura de por qué. Tampoco es como si fuera enseñándoles nuestras fotos a todo el que veía por la calle.

—Es sólo... que es un sentimental.

—Una bestia con corazón... no es un hallazgo frecuente.

¿Eran así de vagos todos sus comentarios?

—Gracias por reunirse hoy conmigo. Es una gran inspiración...

—Lo sé.

—Y adoro su trabajo...

—Sí, lo sé. —Se cruzó de piernas y miró por la ventana como si estuviera aburrido.

Madre mía, aquel tío era un cretino.

Decidí hacer como si nada.

—Tenía algunas preguntas para usted, si no le importa que se las haga.

Eché un vistazo a su reloj de diamantes.

—Desembucha, sólo tengo una hora.

Hojeé mi cuaderno de dibujo.

—¿Cómo empezó en este negocio?

—Esa respuesta la puedes encontrar en Google, tontita. No pierdas mi tiempo

ni el tuyo preguntando cosas que puedes investigar con facilidad. A lo mejor la próxima vez deberías prepararte adecuadamente. —No me miró ni una sola vez.

Estaba empezando a despertarse mi faceta respondona. Pero me contuve, sabiendo que mosquear a una de las mayores celebridades del mundo de la moda no era una jugada precisamente inteligente.

—¿Cómo empezó su línea de moda? ¿Qué pasos dio?

—Bien, esa pregunta es mejor. —Sostuvo un dedo en alto—. Te voy a decir algo que probablemente ya sepas. El trabajo duro y el talento no significan absolutamente nada. Lo único que importa es a quién conozcas. Tú eso seguramente lo entiendas mejor que nadie.

¿Qué querría decir con aquello?

—Por ejemplo, ahora mismo no estaríamos hablando si tu padre no fuera uno de los hombres más ricos del mundo. Así que, si quieres crear una línea de moda, tienes que conocer gente y entablar relaciones profesionales con ellos. Acepta puestos de becario aunque sean no remunerados. Conocer a gente es más importante que cualquier otra cosa que puedas ofrecer. Entonces se te abrirán las puertas.

Era brusco y maleducado, pero al menos era sincero. Garrapateé unas cuantas notas antes de pasar a mi siguiente pregunta. Claramente inquieto durante todo el tiempo, contestó a las preguntas que le hice, pero resultaba evidente que no tenía ningún interés ni por mi carrera ni por lo que yo podía tener que ofrecer. Para él, yo no era más que una jovencita con un padre rico, como tantas en Nueva York.

Hacia el final de la reunión se mostró impaciente por marcharse.

—Buena suerte con tu carrera, pero no esperes alcanzar el éxito.

Eh, ¿gracias?

—Ha sido un placer conocerle.

—Bon voyage —dijo antes de salir a toda mecha.

Pero si ni siquiera era francés... Observé cómo se iba, abriéndose paso entre

la gente de camino hacia su limusina. Cuando miraba a la gente que iba por la calle, lo hacía con una expresión de asco. Era evidente que pensaba que todos los demás eran inferiores a él y que él caminaba por el aire mientras el resto lo hacíamos por la tierra.

Justo en aquel momento, me prometí a mí misma que jamás me parecería a él. Que si alguna vez me convertía en un ídolo de la moda, en la gurú de alguien, mantendría siempre los pies en el suelo, y sería educada y amable con todos los que lo fueran conmigo. Pero sabía que aquella decisión ya la había tomado hacía tiempo al observar a mi padre. Trataba a sus empleados como si fueran de la familia, les ofrecía la dignidad de un salario competitivo con primas y más días de vacaciones que cualquier otra compañía del país. Era mi modelo a seguir. Quizá admirara a Cavos por su genio como diseñador, pero mi padre siempre sería mi ejemplo.

MI PADRE SALIÓ a la entrada a recibirme en cuanto llegué.

—¿Qué tal ha ido, Trin?

Me encogí de hombros.

—Bien, supongo. Cavos es un poco...

—¿Irritante? —Mi padre me dedicó una sonrisa—. Supongo que debería haberte avisado antes.

—Ha sido un arrogante y un maleducado, y ha tratado a todo el mundo como si fueran menos que él. Respeto su talento, pero no a él como persona. Me ha caído muy mal.

Mi padre cruzó los brazos delante del pecho.

—Poseer cada vez más fama y dinero tiende a hacer de ti un gilipollas pretencioso.

—Pero tú no eres así —respondí de inmediato.

Se encogió de hombros.



—Tu abuelo nos educó bien. No todo el mundo tiene un ejemplo a seguir tan increíble como él.

—Yo sí...

Sus ojos brillaron de adoración.

—No sé lo que voy a hacer con mi vida, pero sé que voy a hacer algo. Y quiero ser generosa y compasiva como tú y el tío Sean. Quiero comportarme con humildad y ser modesta. Si alguna vez me convierto en una imbécil como él, hazme entrar en razón a bofetadas.

—Sé que nunca tendré que hacerlo. —Me atrajo entre sus brazos y me besó en la frente—. Estoy orgulloso de ti, te has convertido en una mujer increíblemente fuerte e independiente, y yo lo he tenido muy fácil, prácticamente no he tenido que hacer nada.

—Creo que simplemente crecí en el entorno correcto con buenos modelos.

—Me parece que casi todo eso lo sacas de tu madre. Es la persona más fuerte que conozco.

Asentí.

—Es bastante guay.

—Pero yo más —bromeó—. Sé artes marciales y boxeo. Ella sólo hace yoga y crossfit.

—Me gustaría verte hacer yoga —protesté—. No sobrevivirías.

—Desde luego no soy flexible. —Flexionó un brazo—. Demasiado músculo.

Puse los ojos en blanco.

—Mira que eres creído.

Se rio.

—Supongo que todos los cumplidos que me hace tu madre se me suben directamente a la cabeza.

—Eso sigue sin ser excusa.

Sonrió mientras me miraba, pero entonces su sonrisa se difuminó.

—Quédate otra noche y vuelve a casa mañana. —Mi marcha era tan dura para mi padre como para mí. Sabía que echaba de menos tenerme en casa y escuchar mis pies por las escaleras cuando bajaba a desayunar cada mañana.

—Mañana tengo clase.

—Pero está lloviendo.

—Los coches están fabricados para conducir con lluvia —dije con una carcajada.

Intentó encontrar algún pretexto.

—Tengo Los Soprano en DVD. Podemos hacer una maratón.

—A lo mejor en otra ocasión, papá. El siguiente fin de semana.

Suspiró con tristeza.

—De acuerdo. —Cogió mi equipaje y lo metió en el maletero. Mi madre salió a la entrada y también suspiró con tristeza.

—¿Por qué tenéis que poneros así de tristes cada vez que me marcho? —quise saber—. Sólo estoy a dos horas en coche.

—Dos horas es demasiado lejos —dijo mi madre—. Espero sinceramente que te mudes a Nueva York o Connecticut cuando termines la universidad.

—Estaré en Nueva York. —No tenía ninguna duda al respecto.

—Gracias a Dios —exclamó mi madre. Me atrajo hacia sí y me abrazó—. Te quiero, tesoro.

—Yo también a ti, mamá.

—Por favor, dale a Conrad un beso de mi parte.

—Qué asco. Le daré un puñetazo de tu parte.

Se rio y luego se apartó.

Mi padre volvió a entrar, mojado por la lluvia. Al mirarme su tristeza se hizo

evidente. Intentó disimularla, pero se le daba fatal.

—Conduce con cuidado, cariño.

—Lo haré, papá.

Me abrazó y me puso su enorme mano en la parte de atrás de la cabeza.

—Te quiero.

—Yo también te quiero a ti.

—Por favor, escíbeme cuando llegues a casa. —Mi padre nunca me pedía aquello. Siempre se le había dado bien mantener las distancias y darme un poco de espacio. La preocupación era evidente en su voz.

—Te lo prometo.

—Gracias —dijo con una mirada sincera.

Me tapé el pelo mientras corría hacia el coche. Una vez dentro, puse los limpiaparabrisas al máximo y dirigí una última mirada a mis padres antes de salir a la carretera.

NO ME HABÍA SACADO a Slade de la cabeza en los dos últimos días. Si no estaba pensando en él directamente, permanecía en el fondo de mi mente. Rememoraba la última ocasión en la que habíamos estado juntos y recordaba cómo me miraba mientras me hacía el amor por primera vez. La emoción era tan evidente e intensa que pensé que me iba a estallar el corazón.

¿Cuál sería su significado?

En realidad, yo ya lo sabía. Cuando habíamos empezado a acostarnos unos meses antes, sólo había sido por comodidad. Con él podía disfrutar de buen sexo sin las complicaciones de una relación. Era un capullo al que no aguantaba. Pero ahora todo había cambiado. Era el hombre más amable y cariñoso que había conocido nunca. Me trataba como yo quería que me trataran, besándome tanto con pasión como con adoración. Podía contarle cualquier cosa, hasta mis secretos más oscuros. Era mi mejor amigo y la

persona a la que recurría para todo. En algún punto de nuestra trayectoria, había ocurrido lo impensable.

Me había enamorado de Slade.

¿Cómo había pasado? No lo sabía. ¿Cuándo? No habría sabido decirlo. Sucedió sin más. Y ahora era algo poderoso que lo consumía todo. Aquella revelación no se apartaba de mis pensamientos, pero después de haber hecho el amor, era imposible de negar.

Slade me había dicho que no me podía ofrecer una relación, que no me podía ofrecer lo que yo quería. Dijo que nunca cambiaría por mí y que era una estúpida si pensaba que alguna vez podría hacerlo.

Pero lo había hecho.

¿Podríamos tener un felices para siempre? ¿Podría convertirse en mi marido? ¿Podría significar algo aquello? Quería saberlo, pero me daba demasiado miedo preguntar. Había sido paciente con él y aquella paciencia había obtenido su recompensa. Con el tiempo se había acercado más a mí, presionándose más de lo que nunca pensó que lo haría.

¿Qué pasaría si se presionaba un poco más?

¿Estaba enamorado de mí? ¿Sentía lo mismo que yo?

Porque yo estaba total y completamente...

—¡Mierda! —Agarré el volante y di un volantazo para apartarme del camino. Un camión gigantesco había dado un giro brusco y los frenos se habían bloqueado. Iba patinando por el pavimento mojado y se dirigía directamente hacia mí.

Pisé el acelerador e intenté quitarme de en medio, pero las ruedas no tenían tracción y el coche no se movía.

Como una montaña estrellándose contra una presa de cemento, se estampó violentamente contra mi coche, haciendo estallar todas las ventanas y enviando esquirlas de cristal por todas partes. Sentí que daba vueltas mientras mi coche volaba descontrolado. El cinturón de seguridad me mantuvo en mi asiento, pero el metal del coche me golpeaba constantemente las manos y la cara. De

repente sentí el dolor más insoportable que había sentido nunca. Venía de mi pierna. Cuando intenté moverla, continuó inmóvil.

El coche se paró por fin y el olor a humo y lluvia llegó a mi nariz. Me pesaban los ojos y sentía un dolor atroz. Me hundí en la inconsciencia sin saber a ciencia cierta lo que estaba pasando o si iba a sobrevivir.

Lo último que recuerdo fue oír el débil latido de mi corazón, latiendo cada vez con menos fuerza en mis oídos.

—FÉMUR FRACTURADO, traumatismo craneal y costillas rotas —les dijo un paramédico a los técnicos de la ambulancia—. Necesito un collarín y un protector dorsal.

—Ha perdido mucha sangre...

—Pulso débil. Necesitamos fármacos —dijo una mujer.

Intenté hablar, pero no pude. Ni siquiera podía abrir los ojos.

—A la de tres... una... dos... tres.

Me sentí resbalar hasta una tabla plana.

—Ponedle la intravenosa —dijo alguien.

Intenté despertar, pero no lo conseguí, y volví a hundirme en la oscuridad.

—HAY hemorragia interna y la fractura del fémur requiere atención inmediata. Tenemos que meterla en el quirófano.

—¿Se pondrá bien? —dijo mi padre con voz de preocupación.

¿Papá?

—No lo sé —dijo un hombre—. Pero tengo esperanzas. Ha perdido mucha

sangre. Le hicimos una transfusión, pero tiene una hernia que debemos reparar ya mismo o perderá más sangre por culpa de la hemorragia interna.

—De acuerdo —dijo mi padre—. Llévensela.

¿Papá? Quería tocarlo. Tenía tanto miedo... Papá...

Una mano grande se cerró en torno a la mía.

—Trin, te vas a poner bien. Estoy aquí.

Era como si supiera que podía oírlo.

—Te quiero, cielo. Estaré junto a ti cuando despiertes. —Me soltó la mano.

Slade... ¿estaba él allí?

Antes de poder seguir pensando en ello, me desmayé.

NUEVE

## Slade

---

Volví a llamar a Trinity, pero no obtuve respuesta.

Tenía que haber llegado a casa hacía media hora. ¿Dónde estaría?

La llamé una vez más, pero me saltó el buzón de voz.

Me estaba preocupando. La tormenta azotaba con furia en la calle. ¿Y si le había pasado algo? ¿Por qué no respondía?

Me obligué a guardar la calma. Probablemente estuviera conduciendo y por eso no respondía. Y eso era bueno.

Pero la ansiedad me estaba matando. Me senté en su sofá sintiendo náuseas con cada segundo que pasaba.

Mi teléfono sonó, pero me decepcionó ver que no se trataba de Trinity, sino de Cayson. Como estaba de mal humor, no lo cogí.

Pero me llamó otra vez y, molesto, dejé que saltara el buzón.

Y entonces me volvió a llamar.

—¿Qué? —solté—. ¿Qué cojones es tan importante?

Su voz sonó absolutamente seria.

—Slade, escúchame y no me cuelgues. Ha pasado una cosa y necesito que estés calmado mientras te lo cuento.



De repente, mis pulmones dejaron de funcionar.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Es Trinity...

Me levanté y empecé a pasear por la sala.

—¿Qué? ¿Qué pasa con ella? ¡Dímelo!

—Ha tenido un accidente de camino a casa. Un camión la ha golpeado y la ha sacado de la carretera...

Caí de rodillas, incapaz de asimilar lo que me estaba diciendo.

—Está en estado crítico, la están operando. No sé nada más.

No podía respirar. Se me estaba colapsando el cuerpo entero.

—¿En qué hospital? —Aquello fue todo lo que conseguí decir.

—El Memorial de Connecticut. No deberías conducir ahora mismo, así que voy a ir a recogerte.

—¿Se va a poner bien? —Sentí las lágrimas cayéndome por las mejillas al instante.

—Pues... Es que no lo sé, Slade.

—Me tengo que ir.

—¡No conduzcas! Deja que te lleve...

Colgué, salí corriendo y me monté precipitadamente en mi coche. Arranqué el motor y puse rumbo a Connecticut a toda velocidad. Mientras conducía, busqué la dirección en mi teléfono y la metí en el GPS. Estuve a punto de chocar con un coche y tuve que dar un volantazo para apartarme de su camino.

Me hice con el control del volante y permanecí atento a la carretera. Sabía que era un largo trayecto, así que intenté no dejarme dominar por el pánico.

¿Y si la perdía?

Recordé todas las crueldades que le había dicho y me sentí como una mierda.

No me había disculpado con ella ni una sola vez. Habían pasado meses y nunca le había dicho lo que sentía de verdad. Ahora podría morir y jamás tendría la oportunidad de decírselo.

Me odiaba a mí mismo.

Debería haber ido a Connecticut con ella. Si me hubiera comportado como un hombre y hubiera sido franco con su padre sobre nuestra relación, podría haberla acompañado. A lo mejor el accidente se habría producido de todas formas, pero al menos no sufriría sola...

No moriría sola...

Sujeté con fuerza el volante mientras las lágrimas me caían con libertad por las mejillas. Sollozaba como no lo había hecho desde que tenía cinco años. Cuando se había marchado el día anterior, todo era perfecto. Habíamos compartido un momento innegable e intenso. Era la primera vez que le hacía el amor a alguien, que me permitía abrirme a otra persona.

Y tal vez hubiera sido la última.

—TRINITY PRESTON —SOLTÉ en cuanto llegué al mostrador—. Soy su hermano. ¿Dónde está? ¿Está aquí? ¿Sabe cuál es su estado?

La enfermera conservó la calma.

—Deme un minuto, caballero. —Tecleó algo en el ordenador.

Me aferré al mostrador con tanta fuerza que los nudillos empezaron a ponerse blancos.

—¡Venga!

Ignoró mis malos modos y volvió a girarse hacia mí.

—Está hospitalizada en la UCI.

Salí corriendo.

—¡Espere!

Me detuve y regresé adonde estaba ella.

—Sólo miembros de la familia.

—Yo soy de la familia —espeté. Me dirigí a los ascensores e intenté apañármelas para llegar hasta su planta. Cuando por fin localicé el ala acertada y encontré el número de su habitación, irrumpí en ella sintiéndome entumecido y débil.

El tío Mike abrazaba a la tía Cassandra, que lloraba contra su pecho. La tía Scarlet y el tío Sean estaban igual de disgustados. Scarlet no paraba de secarse las lágrimas mientras Sean la consolaba. Mi padre tenía los ojos rojos y, cuando me vio, se acercó a mí rápidamente.

—Vamos a hablar fuera. —Me agarró del brazo y tiró de mí hacia el pasillo.

—¿Qué está pasando? ¿Se va a poner bien? —Respiraba descontroladamente e intenté contenerme para no llorar.

Mi padre analizó mi rostro y mantuvo la voz calmada.

—Ahora están operándola. Ha perdido mucha sangre y tiene lesiones internas...

—¿Por qué está pasando esto? —Me agarré la cabeza y empecé a sollozar.

—Se ha roto la pierna izquierda y también han tenido que operársela. Lleva unas cuantas horas ahí dentro. La traerán pronto. —A mi padre se le empañaron los ojos mientras veía cómo me retorcí de dolor.

—Dios, pero ¿por qué? Ella no... —Me tapé la cara con las manos.

Mi padre me dio un abrazo y me estrechó contra sí sujetándome la cabeza con la mano.

—Ya lo sé...

—No puedo perderla.

—Yo tampoco. —Tenía la voz llena de emoción.

Me aferré a él sin avergonzarme de admitir que una chica me había hecho llorar.

Me frotó la espalda con suavidad mientras me abrazaba, ocultando la profundidad de mis sentimientos a todos los demás que estaban en la habitación.

—Es una chica fuerte. Y es una luchadora.

Aquello lo sabía perfectamente.

—¿Crees que se va a poner bien, papá?

—No lo sé, hijo. Pero eso espero.

Pasaron unos minutos mientras me abrazaba. Al final dejé de llorar y me limpié las lágrimas. Aunque había parado, quería seguir haciéndolo porque jamás, en toda mi vida, había sentido un dolor igual. Era peor que un golpe físico o que una traición. Pertenecía a una categoría totalmente distinta.

Finalmente mi padre bajó los brazos dejando que me sostuviera en pie por mí mismo.

—Me tienes aquí.

—Ya lo sé. —Me limpié lo que quedaba de humedad con la manga.

—Ahora vamos a esperar hasta que vuelva.

Si volvía.

Mi padre se giró hacia la puerta y caminó conmigo.

—¿Quieres esperar aquí fuera?

Asentí y me deslicé hacia el suelo junto a la puerta de su habitación. No podía ver a mi familia ni presenciar sus lágrimas porque sólo conseguiría derrumbarme de nuevo.

—Ahora tengo que estar con tu madre, pero sabes dónde encontrarme.

Volví a asentir.

Me puso la mano en el hombro antes de entrar.

Una hora más tarde oí el eco de unas pisadas por el pasillo.

Conrad apareció junto a Roland con lágrimas en la cara. Entró corriendo en la habitación buscando a su hermana.

Oí por encima las palabras que dijo: era exactamente la misma conversación que yo acababa de mantener con mi padre, sólo que él hablaba con el suyo.

Se acercaron más pisadas y reconocí unas voces familiares.

—Entra —dijo Cayson—. Yo hablo con él.

Todo el mundo se amontonó en la habitación.

Yo me quedé en el suelo.

Cayson se dejó caer junto a mí, pero no habló. Se limitó a quedarse sentado conmigo con la vista fija en la pared de enfrente. No tenía ni idea de lo que yo sentía por Trinity, no sabía que en poco tiempo se había convertido en todo para mí. Por lo que él sabía, ambos nos sentíamos igual.

—Estoy aquí si me necesitas —susurró. Seguía sin mirarme.

—Lo mismo digo —respondí ocultando la emoción de mi voz.

—Te he traído Snow Caps. —Me tendió la caja.

Yo no estaba de humor para comer porque Trinity estaba luchando por su vida en aquel mismo momento, pero cogí la caja de todas formas.

—Gracias.

Respiré angustiado e intenté no ceder al miedo. El tiempo iba pasando, pero avanzaba muy despacio. Tenía que saber si estaba bien, si iba a sobrevivir. Si no ocurría... si la perdía... no sabía si podría seguir adelante.

CUANDO TRAJERON A TRINITY A LA HABITACIÓN, me puse de pie.

Estaba dormida, conectada a varios cables y a una vía intravenosa. Parecía completamente indefensa en aquella cama tan enorme. Unas vendas le cubrían

las heridas y estaba tan magullada que costaba reconocerla. Estuve a punto de derrumbarme de nuevo al verla.

Mike y Cassandra le agarraron la mano de inmediato.

Conrad no se molestó en taparse la cara mientras lloraba.

El médico sostenía la carpeta en la mano.

—La operación ha ido bien. He reparado los órganos internos y he limpiado los derrames. Le hemos hecho una transfusión de dos litros de sangre porque había perdido mucha. Hemos arreglado la fractura de la pierna, pero tendrá que hacer una rehabilitación muy intensa si quiere que vuelva a la normalidad.

Mike asintió.

—Entonces, ¿se va a poner bien?

—Tengo esperanzas. Mientras no surjan complicaciones por la operación, se recuperará por completo.

—Gracias, doctor —dijo Mike.

Asintió y salió de la habitación.

Mike besó a Trinity en la frente y dejó caer una lágrima que le rodó por la mejilla.

Cassandra sollozaba mientras sostenía la mano de su hija.

Todo el mundo permanecía en silencio, dándoles la mayor privacidad posible.

Yo me quedé en un rincón deseando ser yo quien estuviera tumbado en aquella cama de hospital en su lugar. La idea de que estuviera sufriendo tanto me ponía enfermo. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no besarla en la frente y luego en los labios.

Mike y Cassandra pasaron horas pegados a Trinity comprobando constantemente cómo se encontraba y vigilando el monitor. Conrad permanecía en un rincón incapaz de procesar el dolor. Roland estaba a su lado, haciéndole compañía en silencio. Cayson se quedó junto a mí, sentado sin moverse y sin decir nada. Nadie se marchó, aunque no tenía sentido quedarse. Como en cualquier circunstancia difícil, nuestra familia permanecía unida sin dejar

atrás a ningún miembro.

Unas horas más tarde, Trinity movió ligeramente la mano.

Yo me di cuenta.

Y Mike también.

—Se está despertando —le susurró a Cassandra—. Dale algo de espacio. Necesitará algunos momentos para asimilar lo que está pasando.

Ambos le soltaron la mano y la observaron.

Trinity no abrió los ojos, pero volvió a mover la mano. También movió los labios, pero no le salieron las palabras.

Todos nos quedamos en vilo esperando.

Entonces Trinity habló todavía sin abrir los ojos.

—¿Slade?

Todo el mundo se giró y me miró, centrando la atención en mí. Sentí que sus miradas me abrasaban la piel. Nadie sabía lo que significaba. Nadie comprendía por qué me estaba llamando a mí. Salvo yo.

Me puse de pie y me acerqué a su cama notando que las lágrimas brotaban a la superficie. Me daba igual quién estuviera allí. Su padre estaba sólo a un palmo de distancia de mí, observando cada uno de mis movimientos. Estaba expuesto, incapaz de ocultarme detrás de excusas y mentiras.

Le agarré la mano y noté lo fría que estaba.

—¿Slade? —Al final abrió los ojos y me miró.

Cayeron más lágrimas.

—¿Trinity? —Me incliné sobre ella y pegué la cara a la suya—. Estoy aquí.

Me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia sí, aferrándose a mí como si le diera pánico no tenerme a su lado.

Mis lágrimas cálidas se derramaron en su cuello y me rendí a los sollozos. Casi la había perdido sin decirle nunca lo que sentía. Había estado a punto de

salir de mi mundo, llevándose toda la alegría y la felicidad que me brindaba. No era capaz ni siquiera de imaginar una vida sin ella. Me aparté y la miré a los ojos viendo unas lágrimas iguales a las mías.

—Te quiero, Trinity.

Sollozó con más fuerza, pero sus ojos despedían alegría.

—Yo también te quiero.

La besé y sentí el intenso sabor a sal de las lágrimas calientes en sus labios. Después me senté junto a su cama y dejé la cara cerca de la suya, negándome a alejarme. Casi la había perdido y no dejaría que aquello volviera a ocurrir.

ME QUEDÉ JUNTO a su cama como un perro guardián sin soltarle la mano en ningún momento. Aunque estaba bien, yo seguía asustado. La sensación de pérdida aún me corría por las venas. En cualquier instante podría derrumbarme y ponerme a llorar de dolor.

Trinity me pasó el pulgar por los nudillos con delicadeza.

Me llevé su mano a los labios y la besé mostrándome tierno y cariñoso con ella sin reservas. Acababa de confesarle a todos los presentes de la habitación el amor incondicional que sentía por ella, así que no tenía sentido que moderara mis muestras de afecto ni que fingiera que ella no era nada para mí.

Porque lo era todo.

Cuando alcé la vista, su padre me miraba fijamente con un gesto cauteloso e impenetrable. No tenía ni idea de qué le pasaba por la cabeza. Puede que me odiara, puede que planeara matarme en cuanto tuviera ocasión, pero me daba igual. No pensaba alejarme de Trinity. Mi muerte tendría que esperar.

Como un hombre, le sostuve la mirada durante unos segundos antes de volver a mirar a Trinity. No podía ni imaginar la confusión que debía de sentir todo el mundo. Probablemente todos mis amigos estarían anonadados por la confesión porque nadie tenía ni idea de que Trinity y yo llevábamos más de seis meses manteniendo una relación. Era mucho que digerir.



Mike le sostenía la otra mano.

—¿Te encuentras bien, cielo?

—Estoy bien, papá. Pero gracias.

Le pasó los dedos por el pelo y luego apartó la mano.

—Cuánto me alegro de que estés bien.

—Yo también.

Le besó la mano.

—No sabría qué hacer si te perdiera...

—Te quiero, papá. —Las lágrimas le brillaban en los ojos mientras me soltaba la mano y se incorporaba para abrazar a su padre.

Él lloraba mientras la abrazaba sin vergüenza de mostrar sus emociones ante todos aquellos que eran importantes para él.

Y aquello lo hacía más hombre de lo que ya era antes.

—Mi niña... —Se retiró y le dio un beso en la frente—. Te quiero.

—Ya también te quiero —repitió ella.

Después la abrazó su madre, que no era capaz de dejar de llorar.

—Te vas a poner bien, Trinity. No tengas miedo.

—Ya lo sé, mamá...

Cuando se separaron, Conrad se acercó a ella y la abrazó con más fuerza que ninguno.

—Siento ser tan capullo contigo todo el tiempo. No quiero ser así... Te quiero.

Ella le devolvió el abrazo.

—Ya lo sé... Yo también te quiero.

—Eres la mejor hermana que se podría pedir.

—Y tú el mejor hermano.

Cuando la miró se le empezaron a humedecer los ojos.

—Me alegro tanto de que estés bien... Tenía tanto miedo...

—Yo también tenía miedo.

—No eres fea —soltó de repente—. Eres guapa.

Ella sonrió.

—Gracias... Está bien oírlo por una vez.

Él le devolvió la sonrisa.

—A partir de ahora seré mejor. Te lo prometo.

—Antes ya eras bueno, Conrad.

—Pero seré mejor. Desde ahora haremos cosas juntos... pasaremos tiempo juntos.

—Eso me encantaría.

Asintió y volvió a tomar asiento.

Todos los demás se fueron acercando a ella para ofrecerle sus muestras de cariño. Me hice a un lado para que la gente tuviera espacio. Aunque me dolía estar lejos de ella, sabía que era lo que debía hacer.

Cayson estaba de pie a mi lado y me miró.

Yo sabía lo que iba a decir. Lo último que quería hacer era enfrentarme al drama que originaría mi relación con Trinity.

Apoyó una mano en mi hombro.

—Me alegro por ti.

Aquello no era lo que había esperado que dijera. Lo miré confuso.

—Sabía que encontrarías a alguien que te cambiaría la vida para mejor. Simplemente no esperaba que fuese ella. —Sonrió un poco y luego me dio otra palmada en el hombro.

—Gracias...

—Y siento haber dicho que eras gay.

Por primera vez en dos días, sonreí.

—Gracias.

Cruzó los brazos sobre el pecho y asintió.

—¿Puedo traerte algo para comer? ¿Un café?

—Estoy bien, pero gracias.

—Avísame si cambias de opinión.

Mi padre se acercó por el otro lado y se inclinó hacia mí.

—Lo sabía.

Puse los ojos en blanco.

—Ahora no es momento de regodearse...

—Siempre es momento de regodearse. —Me rodeó los hombros con el brazo—. Estoy orgulloso de ti, hijo. Hace falta valor para declarar algo así en una sala llena de gente... especialmente si está su padre.

—Sé que voy a lamentarlo más adelante —dije riéndome.

—Bueno, si me necesitas, te apoyaré.

—Como si pudieras con el tío Mike...

—Por mi hijo podría. —Se dirigió de nuevo hacia mi madre.

Skye estaba sentada al lado de Trinity y lloraba mientras le sostenía la mano.

—No sé qué habría hecho sin ti...

—Tendrías que encontrar a otra persona con la que ir a comprar zapatos

—dijo Trinity medio llorando medio riendo.

—No vuelvas a decir eso nunca. —Skye la abrazó con fuerza y la acunó de un

lado a otro.

Durante las siguientes horas, todo el mundo visitó a Trinity, haciendo que se sintiera viva. Yo me quedé atrás para darle tiempo y espacio para que hablara con todo el mundo. Todos mis tíos y tías me lanzaban miradas, pensando exactamente lo que yo sabía que estaban pensando. Pero ninguno de ellos me habló porque sabían que no era el momento adecuado. Y ninguno de mis amigos se había metido conmigo como yo pensaba. Parecieron respetar el momento y darme mi espacio.

La enfermera entró y anunció que el horario de visitas había terminado. Al parecer éramos demasiados, así que nos iban a echar de todas formas.

—Sólo pueden quedarse cuatro personas.

Mierda, eso quería decir que tenía que marcharme. Mike, Cassandra y Conrad se quedarían, y la cuarta persona sería Sean o Scarlet. Imaginaba que podía esperar en el vestíbulo.

—Fuera. —La enfermera nos sacó a empujones como si fuésemos ganado.

Yo me acerqué a Trinity para despedirme.

—Esperaré en el vestíbulo. No voy a irme del hospital hasta que te vayas tú. Tú sólo llámame si me necesitas.

Me agarró de la mano.

—No, quédate.

Miré a su familia y luego volví a posar la vista en ella.

—Pero...

—No te vayas —suplicó.

—No quiero irme... mientras a nadie le importe que me quede —susurré.

—Quédate —dijo sin titubear.

Me senté y le sostuve la mano como antes, notando que la tensión aumentaba en la habitación.

Sus padres me miraban, pero sin dureza. Conrad me lanzaba miradas cada pocos minutos, pero no decía nada.

Era terriblemente incómodo.

Pero no dejaría a Trinity mientras ella quisiera que me quedase allí. Podía lidiar con los pensamientos que no expresaban y con sus discretas miradas. Necesitaba tener su mano en la mía, sentirla a mi lado para poder recordarme que estaba bien.

Trinity se volvió hacia sus padres.

—Debéis de estar agotados. Id a dormir un poco, yo estaré bien. Y Slade estará conmigo.

—Yo no me voy a ir —dijo su padre con tal autoridad que Trinity no discutió con él.

Trinity se dirigió a su madre.

—Estaré bien, de verdad. Vuelve por la mañana.

Su madre parecía desgarrada.

—Supongo que tu padre y yo podemos turnarnos...

Mike le palmeó el muslo.

—Lleva a Conrad a un hotel y duerme un poco. Te veré por la mañana.

Cassandra todavía no parecía convencida.

—Estará bien —aseguró Mike—. Yo voy a estar aquí y no voy a dejar que a nuestra hija le pase nada.

Aquello bastó para convencerla.

—De acuerdo. —Se inclinó hacia abajo y besó a Trinity—. Vuelvo por la mañana.

—Vale, mamá.

Conrad la abrazó antes de irse con su madre.

Ahora estábamos solos Trinity, la gárgola de su padre y yo.

Se recostó en su asiento y me observó junto a la cama de su hija. Se limitaba a mirarme fijamente sin hablar.

Si creía que eso me iba a intimidar, se equivocaba. Yo me limitaba a apretarle la mano a Trinity con más fuerza, negándome a alejarme ni un solo segundo. Sabía que Mike me quería como a su propio hijo y eso no cambiaría aunque matase a alguien, pero cuando se trataba de su hija se aplicaban normas diferentes. Había cruzado una línea que nunca podría descruzar. Él no era ningún estúpido y podía deducir la clase de relación que teníamos, y que había un montón de sexo de por medio. El hecho de que no le hubiera pedido permiso y lo hubiera mantenido en secreto no ayudaba para nada. Podía hacer tantas suposiciones... y ninguna de ellas actuaría en mi favor.

Trinity se percató de la tensión, pero no dijo nada. Dejó la mano dentro de la mía y tuve que asegurarme de no tocar ninguno de los tubos que tenía conectados al cuerpo.

—¿Y... ahora qué? —preguntó en voz baja.

Sospechaba que había esperado a que su madre saliera de la habitación para hacer aquella pregunta porque sabía que le resultaría demasiado difícil escucharla.

Su padre habló en voz baja, como si tuviera miedo de estresar a Trinity si hablaba demasiado alto.

—Te quedarás aquí unos días y luego volverás a casa. Cuando se te cure la pierna, empezarás con la rehabilitación. Iré a tu casa, cuidaré de ti y te llevaré a clase.

—Yo puedo cuidar de ella —solté. De todas formas, nos pasábamos el tiempo juntos. ¿Por qué iba Mike a cambiar su vida para cuidar de su hija cuando yo era perfectamente capaz de hacerlo y además lo deseaba?

Mike me miró entornando los ojos. Transcurrieron unos instantes de silencio.

—¿Eres capaz? —No era una pregunta y tampoco una afirmación. Era un reto, una pulla llena de misterio. Sabía exactamente lo que estaba diciendo y no tenía nada que ver con la recuperación de Trinity.

Yo no me acobardé. Mike nunca me aceptaría como novio de su hija a menos que le diera una razón para hacerlo.

—Sí.

Trinity notó que la tensión iba en aumento.

—Hablaemos de ello más tarde...

Yo aparté la mirada y la desvié hacia la televisión del rincón. Estaba encendida, pero sin sonido. Estaban poniendo una telenovela.

Mike apoyó el tobillo en la rodilla y los pantalones se le subieron un poco, dejando a la vista unos calcetines negros y unos zapatos de vestir relucientes.

Yo mantuve la mano pegada a la de Trinity y permanecí sentado a su lado velando por ella y sintiendo que la tensión se aposentaba en mi cuerpo como si fuera una nube de una tormenta inminente.

—¿Papá? —Trinity se giró hacia él.

—¿Qué pasa, cariño? —Se echó hacia delante dirigiendo toda su atención y su concentración hacia su posesión más preciada.

—¿Puedes traerme un zumo de la cafetería?

Yo supe al instante que era una treta para que pudiéramos disfrutar de algo de intimidad. Sabía cómo transcurriría la conversación antes incluso de que se produjera.

Su padre me miró un solo instante a los ojos antes de volver a centrarlos en los de Trinity. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo su hija.

—Claro, cariño. ¿De qué lo quieres?

—De manzana.

—Marchando. —Se levantó y se abotonó la chaqueta con una sola mano con aspecto de ser una fuerza de la naturaleza en un traje de Armani. Sus hombros eran gruesos y anchos, y los músculos de sus brazos seguían siendo destacables. Me amenazó silenciosamente sólo con su mirada y su porte.

Yo no tenía miedo.

Salió de la sala y sus pisadas fueron alejándose hasta desaparecer.

Yo no perdí tiempo: me senté en el borde de la cama y me incliné sobre ella cogiéndole la cara con las manos. Me quedé sin palabras y me limité a mirarla fijamente. En un intento por consolarme, me besó con delicadeza las comisuras de la boca y los extremos de los ojos.

Posó las manos sobre las mías mientras me contemplaba con ojos vivaces.

—¿Me quieres?

Asentí.

En sus ojos resplandecía la victoria.

—Creía que a ti no te iba eso de tener novia —dijo con una expresión de malicia en los ojos.

Sonreí.

—Nunca habría pensado que serías la clase de novia que se regodea.

—Supongo que lo soy.

—Y supongo que yo también.

Me pasó los dedos por los nudillos y la tristeza empezó a aflorar en su mirada.

—Me daba tanto miedo no tener la posibilidad de decírtelo nunca...

Respiré hondo sintiendo el dolor de mis pulmones.

—A mí también...

—Siento mucho haberte asustado.

—No te disculpes —dije de inmediato—. No ha sido culpa tuya. Ojalá hubiera ido contigo, a lo mejor las cosas habrían sido distintas...

—No digas eso. —Cerró los dedos sobre los míos.

—Voy a cuidar de ti —susurré—. Conseguiré que vuelvas a estar en pie en un pispás.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó dubitativa.



—Claro que sí. —Froté la nariz contra la suya, sintiendo un dolor en el fondo de mi ser. Era un contacto que creía que nunca volvería a compartir con ella. Las lágrimas me ardían en los ojos, pero las controlé antes de que cayeran.

Me besó el rabillo de los ojos.

Yo nunca había llorado delante de nadie, pero cuando lo hice delante de ella, no me sentí débil.

Intentó hacerme sonreír.

—Al menos todo el mundo sabe que no eres gay.

Solté una risita.

—Sí, supongo que eso es una ventaja.

Respiró hondo.

—Nunca me habría esperado que anunciaríamos nuestra relación a mi familia así.

Suspiré.

—No ha sido la mejor manera, ¿verdad?

Esbozó una sonrisa.

—Pero al menos ya está hecho.

—Sí... —Me imaginé a su padre pegándome con un bate hasta la muerte.

—Pero no te preocupes por él. —Como siempre, me leyó la mente.

—Es mi mayor obstáculo para estar contigo y tiene una gran influencia. Sería una estupidez no preocuparse.

—No estoy diciendo que las cosas con él vayan a ser fáciles, pero nos las apañaremos. —Me hundió los dedos en el pelo y me masajeó con suaves caricias. En sus ojos bullían un cúmulo de pensamientos y emociones de gran intensidad. Sabía que tenía algo más que decir—. Slade, ¿qué significa esto para nosotros...?

Supe lo que estaba preguntando.

—No lo sé...

—Quiero decir ¿ahora vamos en serio?

No se me daban nada bien ese tipo de cosas. Nunca antes había sido novio de nadie y nunca había estado enamorado de nadie, así que no sabía muy bien cómo comportarme ni qué decir.

—No lo sé... Lo único que sé es que te quiero y que no quiero que vayas a ninguna parte.

—¿Crees que tenemos futuro? —Matrimonio. Quería saber si sentaría la cabeza y pasaría el resto de mi vida con ella, yendo en contra de todo lo que me había prometido evitar. Habría niños de por medio y, antes de que me diera cuenta, mis sueños se habrían esfumado. Pero Cayson había renunciado a su sueño. ¿Podría renunciar yo también al mío?

—No imagino mi vida sin ti. —Aquello era lo máximo que podía darle.

Pareció ligeramente desilusionada.

—Pero creía que no podíamos ser lo que somos ahora. Creía que no podía comprometerme contigo. Y aquí estoy, diciéndote que te quiero y siendo el mejor novio que puedo ser. Así que... sigo necesitando que tengas paciencia conmigo. Quiero darte todo lo que te mereces... pero necesito más tiempo.

Me bajó las manos por los antebrazos cubiertos de tatuajes.

—Vale, pero no me hagas daño...

Aquello me destrozó el corazón en un millón de pedazos. Me sentí un cabrón, un capullo por no ser perfecto para ella. Había sido egoísta y egocéntrico toda mi vida, pero ya no quería seguir siendo así. Trinity se merecía lo mejor de lo mejor. Jamás en mi vida había conocido a una mujer tan guapa, maravillosa e increíble.

—Te prometo que lo evitaré cueste lo que cueste. —La besé en la frente y me retiré—. Porque estoy locamente enamorado de ti y no quiero estar sin ti jamás... y eso es mucho decir viniendo de mí.

Aquello pareció animarla.

—Nunca creí que me sentiría así por ti. Me di cuenta de golpe la última vez que estuvimos... juntos. Lo eres todo para mí, eres la persona a la que más quiero en este mundo. Cuando me imagino la vida sin ti, me asusto... Me asusto de verdad. Pero no estoy seguro de qué me aterra más: si perderte o dejar que este amor se haga más grande.

—Yo también tengo miedo, princesa. —Le pasé el pulgar por la mejilla—. Cuando creí que podría perderte, el mundo se me vino encima. Nunca nadie me había importado tanto. Y recordé rápidamente por qué siempre lo había evitado: porque un dolor así es insoportable y atroz. Hiciste que me resultara muy fácil enamorarme de ti... En realidad, nunca tuve elección.

Respiró hondo y los ojos empezaron a empañarsele.

—Sé que nos queda un largo camino por recorrer... hasta que nuestra familia lo acepte. Sólo quería asegurarme de que estabas dispuesto a hacerlo. Sé que ya es demasiado tarde, pero... tenemos que esforzarnos mucho si queremos que esto salga adelante. La verdad es que no me apetece pasar penurias si vas a dejarme tirada a mitad de camino...

Entonces comprendí el objetivo de aquella conversación.

—Lucharé por ti, Trinity. No te habría abrazado y confesado mi amor incondicional por ti si no estuviera preparado para hacer todo lo que esté en mi mano para que estemos juntos.

—Sé lo maravilloso que eres, Slade. Eres perfecto a tu manera. Veo todas las cosas increíbles que tienes: tu buen corazón y tu compasión. Pero no todos los demás lo saben como yo. Simplemente no quiero que me hagas quedar como una tonta, no quiero defenderte y luego descubrir que me he equivocado.

Asentí levemente.

—Conmigo nunca te equivocarás. Estamos en esto juntos. —Apreté la cabeza contra la suya y compartí el momento con ella. Entre nosotros se había formado un vínculo fuerte e irrompible. Nuestras almas se habían unido hacía mucho tiempo y ahora éramos una sola. Cuando ella sufría, también lo hacía yo. Juntos éramos más fuertes que separados. Saldríamos adelante y llegaríamos hasta el final... aunque fuera contra todo pronóstico.

EN ALGÚN MOMENTO de la noche, Trinity se había ido adormilando hasta conciliar el sueño. Necesitaba descansar, así que me alegraba que estuviera haciéndolo. La luz del televisor resplandecía e iluminaba la pared, cambiando con cada escena que aparecía en pantalla.

Su padre estaba sentado recto en su silla con un tobillo apoyado en la rodilla contraria y no parecía cansado. Como un murciélago en una cueva, se deleitaba en la oscuridad y cobraba vida. Sus ojos examinaban a Trinity cada pocos minutos en busca de señales de problemas o debilidad. De vez en cuando posaba la mirada en mí, estudiándome como a un libro abierto.

La tensión no hacía más que aumentar cuanto más tiempo pasábamos sentados juntos. Al final sería necesario hablar de ello, mantener una conversación que yo temía porque sabía cómo acabaría antes de que empezase. Pero decidí hacerlo de una vez por todas.

—Señor, me gustaría explicar...

Alzó una mano.

—Mantendremos esta conversación en otro momento. Lo único que me importa ahora mismo es mi hija. Tendrá que esperar.

Cerré la boca y clavé los ojos en la televisión, consciente de que tendría que aguardar hasta que él estuviera preparado.

TRINITY ESTUVO en el hospital casi dos semanas porque el médico decía que quería observar los progresos de su pierna y su estado en general. Yo no fui a clase ni pensé en la universidad ni una sola vez. Nada era más importante que Trinity. Aunque estaba sentado a su lado sin contribuir en absoluto a su recuperación, necesitaba estar allí. Si no era por mí, entonces por ella.

Su padre estaba allí constantemente y, cuando se iba al hotel a dormir, Cassandra ocupaba su lugar y se sentaba con Trinity. Yo no volví a estar a solas con ella en ningún momento, pero le sostenía la mano con firmeza. Ni

una sola persona cuestionó nuestra relación ni preguntó cuándo había comenzado. Parecía algo insignificante en vista del estado de Trinity.

Pero antes o después ocurriría.

Otros miembros de la familia vinieron y se fueron. Sean nunca estaba allí porque tenía que dirigir la empresa, dado que Mike no era capaz de trabajar, pero Scarlet sí se encontraba allí y llevaba continuamente regalos y flores para animar a Trinity. Era una lástima que sólo pudieran quedarse allí cuatro personas, porque éramos muchos.

Mi teléfono vibró y vi un mensaje de Cayson.

«Estoy en el pasillo».

Le di un beso a Trinity en la frente.

—Ahora mismo vengo.

Ella me soltó la mano con reticencia.

—Vale.

Salí al pasillo y me dirigí directamente a Cayson, que me tendió una mochila.

—Aquí tienes ropa limpia y tus cosas de aseo.

—Gracias —dije mientras la cogía. Cayson había venido todos los días después de clase para traerme las cosas que necesitaba. Yo no le había pedido que hiciera nada, él simplemente se había ocupado de ello, apoyándose como haría un mejor amigo.

—Aquí están los libros que me pediste. —Me entregó una bolsa.

Eché un vistazo al interior.

—Gracias, tío. Sé que le gustarán.

Asintió.

—Y aquí tienes algo de comer. Sé que tienes que estar muriéndote de hambre.

Si Cayson no me trajera comida, no comería. No salía nunca de la habitación a menos que necesitara ir al baño.

—Me salvas la vida. —Eché una ojeada al interior de la bolsa—. ¿Un burrito?  
—dije con una sonrisa.

—Sé que es tu favorito —respondió con una carcajada.

No estaba seguro de qué habría hecho sin él. Trinity era la persona en la que me apoyaba para todo, pero ahora era ella la que se apoyaba en mí. Cayson se había convertido rápidamente en mi sostén sin que yo se lo pidiera siquiera.

—Te agradezco mucho todo esto... —No se me daba bien hablar de mis emociones. Sólo lo hacía bien con Trinity. A Cayson se le daba mejor que a mí y él comprendía que me costaba expresar las cosas con palabras—. Siempre estás apoyándome...

Tiró de mí para darme un abrazo y me estrechó durante un segundo.

—Yo te apoyaré siempre. Te quiero...

Respiré hondo e intenté que no se me hiciera un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero, macho. —Le di unas palmaditas en la espalda y me aparté mientras parpadeaba rápidamente—. Siento no haberte contado...

—No pasa nada. —Me miró con compasión—. No te preocupes por eso. Lo entiendo.

¿De verdad?

—Me resultó difícil ocultártelo porque... eres mi mejor amigo. Quería decírtelo...

Me agarró del brazo.

—No te guardo ningún rencor, en serio. Está todo bien.

—Vale... —Bajé la vista hacia las cosas que había en el suelo, intentando ocultar mi dolor y mi vergüenza.

—Ahora podemos salir los cuatro —dijo intentando animarme.

—Sí...

—Y puedes pedirme consejo... sin tener que ser tan enigmático.

Sonreí.

—Fui un poco descarado, ¿no?

—En ese momento no, pero fui encajando piezas.

Lo miré a los ojos.

—¿Lo sabías...?

Asintió.

—Más o menos desde una semana antes del accidente.

Creía que Trinity y yo habíamos tenido cuidado.

—¿Cómo?

Parecía sentirse culpable.

—Te seguí... Creía que si te veía con tu novio, te darías cuenta de que realmente no me importaba que fueses gay y que no tendrías nada de lo que avergonzarte. Pero entonces te quedaste en casa de Trinity todo el fin de semana... y le diste un beso de despedida.

Debía de haberse enfadado un montón al vernos juntos. No podía ni imaginarme lo traicionado que tenía que haberse sentido.

—¿Por qué no hablaste conmigo del tema?

Se metió las manos en los bolsillos.

—Por la forma en que la besaste.

Me acababa de perder.

—La besaste como si la quisieras. Creía que si te sacaba el tema, pondría en peligro tu relación con ella. Yo sé que te da miedo el compromiso y que no se te da bien expresar tus emociones... así que si el hecho de mantenerlo en secreto servía para aliviar gran parte de la presión y hacía que siguierais juntos, no quería estropearlo.

Ahora me sentía aún peor. Aunque Cayson tenía derecho a estar enfadado conmigo, lo había dejado pasar porque primero había pensado en mí. En el

fondo sabía que yo no habría reaccionado del mismo modo. Habría sido egoísta y habría exigido saber por qué no confiaba en mí lo suficiente como para confesarme su secreto más íntimo.

—Vaya, pues gracias...

—Pero supongo que ya se ha descubierto el pastel, ¿no? —Se encogió de hombros.

Yo ni siquiera quería pensar en ello.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Qué va a pasar con vosotros dos?

—Yo no voy a ir a ninguna parte —dije con determinación—. No ha cambiado nada.

Sonrió.

—Eso pensaba. ¿Has hablado con Mike?

Sacudí la cabeza.

—Nadie me ha preguntado nada. Intenté explicárselo la semana pasada, pero no estaba listo para oírlo.

Cayson asintió ligeramente.

—¿Qué dice la familia cuando yo no estoy?

—Todo el mundo está impactado, básicamente eso. Pero si te soy sincero... Conrad está bastante cabreado.

La verdad era que aquello no me sorprendía.

—Tienes que hablar con él cuando las cosas se calmen.

—Lo haré si tengo ocasión. Ahora mismo estoy preocupado por Trinity.

—Lo entiendo...

—¿Algo más?

—Creo que todo el mundo está simplemente confuso con todo esto... Todos saben cómo eres. Supongo que están preocupados por ti a causa de Mike... y



se preguntan si la quieres de verdad o si sólo sois... ya sabes... follamigos.

—No, no —aseguré con decisión—. Le dije que la quería delante de todo el mundo. ¿Es que eso no cuenta?

—Sí, pero, como ya he dicho, sigue siendo sorprendente. Puede que piensen que lo dijiste en ese momento... porque te dejaste llevar por la situación.

—No lo dije por eso —aseguré con tristeza.

—Lo sé, tío. Skye y yo lo sabemos.

Suspiré y me pasé los dedos por el pelo deseando que todo aquello desapareciera sin más.

Cayson percibió mi angustia.

—Estoy aquí contigo... pase lo que pase.

—Lo sé. No hace falta que me lo digas.

Se quedó quieto y apoyó el peso en la otra pierna.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Puedes preguntarme lo que quieras, ya lo sabes.

—¿Hasta dónde quieres llegar con Trinity?

Aquel era un tema que me tenía obsesionado.

—Hasta donde sea capaz.

—Siempre has dicho que no eres hombre de una sola mujer. ¿Sigue siendo así?

—No.

—Entonces, ¿ya no te da miedo casarte? ¿Has aceptado esa idea?

Volví a suspirar, sintiéndome sobrepasado.

—No lo sé... Nunca pensé que sería novio de nadie y ahora lo soy. Nunca creí que amaría a alguien así, pero mírame. Estoy totalmente hecho polvo porque he estado a punto de perder al amor de mi vida. No soy capaz de imaginarme casándome ni siendo el marido de nadie... pero dije lo mismo sobre todas las

demás cosas...

—Ya lo veo —dijo en voz baja—. Sé que puedes hacerlo, Slade. Tú no lo pienses demasiado.

—Pero yo tenía planes... Quería hacer muchas cosas antes de sentar la cabeza.

Cayson me miró directamente a los ojos.

—Sé cómo te sientes.

Y tanto que lo sabía.

—A veces la idea de renunciar a Stanford todavía me duele. Que yo recuerde, es lo que he querido siempre. Quiero ayudar a los que ni siquiera tienen agua potable. Quiero marcar una diferencia en el mundo. Siento como si estuviera despidiéndome de todo eso. Y si no entro en Nueva York, voy a posponer mi carrera un año entero. Es una mierda y, a veces, por mucho que odie admitirlo... le guardo rencor por ello.

No podía creerme que Cayson hubiera pronunciado realmente aquellas palabras. Estaba siendo sincero conmigo, mostrándome su alma como nunca lo había hecho.

—Pero sé que mi vida sin ella sería devastadora. Puedo arrepentirme de no elegir Stanford pero, si elijo Stanford, me arrepentiría de no elegir a Skye. De hecho, me odiaría por ello. Destrozaría toda mi vida porque ella es la única constante que he tenido y ahora que la tengo, que la he sentido y la he tocado, sé que perder esa conexión acabaría conmigo. Es un destino que ni siquiera puedo plantearme porque me da un miedo que te cagas. —Se frotó la nuca—. Sé que querías viajar por el mundo, tocar y hacer locuras, pero te prometo que sería de lo que más te arrepentirías en tu vida. No tiene nada de malo elegir un destino con Trinity. No significa que hayas fracasado ni que hayas tomado la decisión equivocada. Sólo consolida tu amor por ella. No puedes tener ambas opciones para compararlas después como todos querríamos hacer, pero sé que estar con Trinity te hará feliz todos los días del resto de tu vida. —Me miró con seriedad—. La vida está llena de sacrificios, pero sólo deberías hacerlos si la recompensa es lo bastante importante. Creo que tanto Skye como Trinity lo son.

Sus palabras reverberaron en mi mente mucho después de que las pronunciara.

A lo mejor tenía razón. Cada vez que pensaba en no estar con ella, sentía auténticas náuseas. Me dolía el estómago como si hubiera bebido ácido. La idea de que se vistiera de blanco y declarase su amor a otro tío era inimaginable.

—Gracias...

—No hay de qué. —Recogió todo del suelo y me lo tendió—. Mañana vuelvo. ¿Cuándo le dan el alta?

—En unos días.

—¿Mike se va a quedar con ella?

—Todavía no lo sé. Prefiero cuidarla yo, pero me da la impresión de que no me va a dejar.

Me dirigió una mirada de tristeza.

—Yo pienso lo mismo.

TODAS LAS NOCHES le leía a Trinity hasta que se quedaba dormida. Cayson traía los libros que yo le pedía específicamente porque sabía que le encantarían. *Fiesta* acabó siendo uno de sus favoritos. Aunque la conocía bien, seguía sorprendiéndome. Quién iba a haber imaginado que un oscuro relato de guerra y pérdidas le resultaría interesante.

Él me observaba mientras leía, pero guardaba silencio como siempre.

Trinity apoyaba la mano en mi brazo, bebiéndose cada palabra que yo pronunciaba. Nunca leía en voz alta y al principio me había sentido incómodo haciéndolo, pero no había tardado en salirme de forma natural.

Cuando el libro se acabó, lo cerré y lo dejé en la mesa.

Aquella noche Trinity no estaba cansada. Estaba totalmente despierta porque pasar semanas tumbada estaba acabando con su paciencia.

—Pronto nos iremos a casa —susurré—. Ten paciencia.

Ella asintió a modo de respuesta.

El médico entró y anunció que ya podía marcharse. Le asignó un fisioterapeuta y detalló toda la medicación que necesitaba. Después de firmar todo el papeleo y aclararlo todo, se fue.

—¿Tienes ya ganas de salir de aquí, cielo? —le preguntó su padre.

—Ni te lo imaginas —dijo con un suspiro—. Echo de menos mi cama.

—Volverás por la mañana —dijo—. He hablado con tu madre y nos quedaremos un tiempo contigo para asegurarnos de que tengas toda la ayuda que necesites.

Me aclaré la garganta.

—No es necesario. Yo puedo cuidar de ella. Sé que tú tienes que trabajar y que Cassandra tiene sus responsabilidades.

Me dedicó una mirada amenazadora.

—No me digas que tengo trabajo y responsabilidades que son más importantes que mi propia hija. —Mantuvo el tono exactamente igual, pero el enfado y la ferocidad resultaron evidentes. Ya no me parecía que fuera mi tío, sino una amenaza—. Yo cuidaré de ella y la llevaré a clase. Es un trabajo a tiempo completo.

Sabía que tenía que tener cuidado al hablar con él. Si presionaba demasiado, estallaría.

—Entiendo tu preocupación, pero como yo ya estoy allí y estaré en el campus de todas formas, nos conviene a todos que cuide yo de ella. No me importa llevarla a rehabilitación ni ocuparme de los medicamentos. Estaré con ella en todo momento, día y noche. —Lamenté aquellas últimas palabras en cuanto las pronuncié.

Apretó la mandíbula y una vena de la frente empezó a palparle. Una nube de odio había cubierto el techo y estaba a punto de caer un rayo. Se le oscureció la mirada, volviéndose negra como las sombras.

Trinity intervino antes de que se armara un escándalo.

—Papá, Slade puede cuidarme. Quiero que lo haga. Mamá y tú no tenéis que preocuparos por mí, en serio.

Su voz pareció traerlo de vuelta a la Tierra.

—No me siento cómodo con esa idea...

—Pues yo sí —dijo ella con firmeza—. Le confiaría a Slade mi vida. Lo hará bien, te lo prometo.

Seguía sin estar convencido. Se posó los dedos en los labios, absorto en sus pensamientos. Mike no amenazaba a la gente abiertamente, sino que solía hacerlo con una simple mirada o con un movimiento. Irradiaba agresividad y una actitud posesiva por su hija; no estaba dispuesto a compartir sus cuidados con otra persona, alguien en quien no confiaba y a quien no aprobaba.

—Entonces iré a ver cómo estás una vez a la semana... y te llamaré todos los días.

Supe que aquel era el único compromiso al que llegaría.

Trinity lo aceptó.

—Vale.

CUANDO LLEGAMOS A CASA DE TRINITY, Mike la cogió y la sentó en una silla de ruedas. Tenía el muslo izquierdo escayolado y le habían dicho que no lo moviera. Sabía que a Trinity le costaba aceptar que no podría caminar durante un tiempo, pero no se quejaba. Le encantaba correr y llevar zapatos de tacón bonitos, pero aquello quedaba descartado.

Cayson y Conrad construyeron una rampa en la puerta de su casa para que pudiera entrar y salir, e hicieron una parecida a través del garaje para que se moviera por la casa con facilidad.

Cuando entramos, todo estaba limpio, inmaculado. Sobre las mesas y estanterías reposaban jarrones y frascos con flores frescas. Skye y Silke estaban allí de pie y saludaron a Trinity cuando cruzó el umbral de la puerta.

—¡Bienvenida a casa! —Skye la abrazó y le sonrió.

Silke le frotó los hombros.

Mike la metió en casa y la condujo hasta el salón. Habían quitado uno de los sofás para que tuviera más espacio para moverse con la silla y habían cambiado la mesa de la cocina por una más pequeña que quedaba a la altura de la silla.

Dejé los medicamentos y las instrucciones en la encimera de la cocina. Todos mis tíos estaban allí, contentos de que Trinity hubiera vuelto sana y salva. Cassandra se emocionó cuando Mike la levantó en brazos y la colocó en el sofá.

—Tenemos pizza —dijo Scarlet—. Tu favorita.

—Gracias —dijo Trinity con una sonrisa—. Os agradezco mucho todo lo que habéis hecho. Tengo suerte de estar aquí y vosotros habéis conseguido que sea muy fácil. Os quiero a todos.

Todos se emocionaron por sus palabras.

Janice le rodeó los hombros con los brazos y le dio un largo abrazo. Scarlet se limpió las lágrimas y la besó en la mejilla. El tío Sean estaba detrás de ella y le frotó los hombros en un intento por consolarla.

El tío Mike se dio la vuelta para ocultar su rostro.

Mi padre se apoyó en el otro sofá con los ojos inundados por la emoción. Sabía que todos mis tíos querían a Trinity como si fuera su propia hija. Perderla sería como perder a uno de los suyos.

Yo me quedé en un rincón y vi cómo agasajaban a Trinity con muestras de afecto y amor. Nadie me había hablado desde el incidente. Me sentía como la oveja negra, como si ya no fuese bienvenido en el clan. Sospechaba que estaban evitando hablar conmigo por Mike, sin saber bien cómo tratarme porque todo seguía en el aire.

Cuando Mike pasó junto a mi padre, su rostro adoptó un gesto de cabreo. Mi padre le devolvió la mirada, pero no con enfado, sino con compasión. Mike lo contempló con hostilidad y con la mandíbula tensa, y luego se alejó como si

nunca hubiera significado nada para él.

Mierda, sabía que aquello no era bueno.

Pasamos la tarde jugando a juegos y comiendo pizza. Trinity estaba ilusionada de estar con sus amigos y su familia, de estar en el lugar donde más cómoda se sentía. Yo evité tocarla o invadir su espacio, y dejé que pasara tiempo con el resto de personas a las que quería.

Conrad me miró fijamente unas cuantas veces con un enfado palpable.

Roland hizo lo mismo porque la lealtad que sentía hacia su mejor amigo era inquebrantable.

Cayson y Skye eran mis únicos aliados. Cayson permanecía a mi lado y me consolaba sin palabras. Cuando me sentía solo, él me recordaba que no lo estaba. No se molestaba regalándome palabras vacías ni intentando hacer que me sintiera mejor, pero seguía pegado a mí como una lapa.

Cayson me conocía como nadie. Era la única persona que sabía que yo era sensible y afectuoso. Era el único al que le permitía verlo, aparte de Trinity. A lo mejor todo el mundo creía que sólo estaba usando a Trinity y que no la quería, pero Cayson me conocía demasiado bien como para pensar aquello. Sabía que yo tenía capas, miles de capas, y que se tardaba un tiempo en atravesarlas. Cayson me apoyaba sin juzgarme y sin ridiculizarme... incondicionalmente.

Me puso el brazo sobre los hombros.

—Las cosas irán mejorando. Te lo prometo.

—¿De verdad puedes hacerme una promesa así? —dije con amargura.

—Sí.

ACOMPañÉ A MIS PADRES a su coche y les di un abrazo a cada uno. Mi madre se montó en el asiento del copiloto porque sabía que mi padre quería hablar conmigo en privado.

—Pinta mal, ¿no? —susurré.

Él no se anduvo con rodeos.

—Bueno, bien no pinta.

—¿Mike te odia?

—Está... disgustado. —Sus palabras daban a entender mucho más.

—Dímelo y ya está.

—Está enfadado porque no le dije lo que pasaba cuando me enteré. —Se cruzó de brazos.

—¿Qué le hace pensar que tú lo sabías? Trinity y yo no se lo hemos contado a nadie.

—Me lo preguntó.

—¿Y por qué no le mentiste y listo?

Me miró lúgubrementemente.

—No soy ningún mentiroso... No es mi estilo.

Supuse que tendría que haberlo sabido.

—Pero le dije que te importaba de verdad, y que lo sabía incluso sin que tú me lo dijeras.

—¿Y...?

—Aun así seguía sin emocionarle la idea.

—Pero no debería enfadarse contigo por eso... Soy yo el que se acuesta con ella.

—Mike y yo estamos muy unidos... Él se lo ha tomado como una traición personal. Pero acabará entrando en razón, es sólo que ahora mismo está estresado por su hija. Me dijo un montón de barbaridades, pero yo ya lo he perdonado porque sé que tiene miedo. Tenlo en cuenta cuando hables con él. Ha estado a punto de ocurrirle lo peor del mundo... perder a su hija. Y haberle ocultado vuestra relación no ayudó que digamos.



—Trinity es una mujer adulta. No es asunto suyo con quién se acueste.

—No podría estar más de acuerdo, pero tú y yo sabemos que en este caso no es así. Eres de la familia, Slade. Liarte con ella fue inaceptable en muchos sentidos. Mike es terriblemente protector con ella y tú llevas la palabra «rompecorazones» escrita en la frente.

—No voy a dejarla. La quiero...

El cariño asomó a sus ojos.

—Bueno, has pasado seis meses convenciendo a Trinity de eso, pero... el resto no lo hemos visto. Ten paciencia con él y deja que se ponga al día. Tú límitate a ser tú mismo y verá cuánto has cambiado y cuánto te preocupas por su hija.

Aquello parecía una eternidad.

—¿Y si se lo dices tú por mí y ya está?

Soltó una carcajada.

—Slade, tú has hecho esto, así que tienes que afrontar las consecuencias. Yo no te voy a sacar las castañas del fuego como hacía cuando eras un niño. Y tu madre tampoco lo va a hacer.

Suspiré y sentí como si me estuviera ahogando.

—¿Por qué no pueden aceptarme y ya está como pasó con Cayson? Sean estaba emocionado.

Mi padre se volvió a reír.

—Primero de todo: Cayson es una persona modélica. No puede hacer nada malo. Y segundo: él pidió permiso primero. Te garantizo que Mike habría reaccionado de un modo muy distinto si hubieras acudido a él en primer lugar.

—Pero no puedo cambiar el pasado... y no sabía que sentiría esto por ella.

—Y por eso está mosqueado. No es estúpido, Slade. Sabe perfectamente lo que estabas haciendo con su hija antes de que empezara a importarte de verdad. Y, sinceramente, si alguien a quien yo considerase un hijo le hubiera hecho eso a mi hija... yo tampoco estaría contento.

Nunca iba a salir de aquel atolladero.

Me agarró del hombro.

—No voy a hacerte falsas promesas ni a decirte que todo va a salir bien. No tengo ni idea de si va a salir bien, pero sé que tienes mucho que hacer si quieres que alguna vez las cosas se enderecen.

—Gracias por el consuelo —dije con sarcasmo.

Sonrió.

—Pero tengo fe en ti, hijo. Sé que eres complicado y confuso. Sé que hay mucho más en ti de lo que dejas ver a la gente. Todo el mundo dice que Cayson es perfecto, pero tú eres mucho más que eso. Nunca he estado más orgulloso de ti. Has salido exactamente como esperaba.

—¿De verdad...? —Siempre había pensado lo contrario, que yo no era más que un temerario y un desperdicio de potencial.

Asintió.

—La gente interpreta tus actos como errores, pero a mí no me lo parecen. Tú vives la vida como quieres: primero te sumerges de cabeza y luego piensas. ¿Y sabes qué creo yo?

—¿Qué?

—Que cada una de las decisiones que has tomado en tu vida no ha hecho más que acercarte a lo que realmente quieres. A la mayoría de la gente le da demasiado miedo correr riesgos. A ti no. Y mira adónde te ha llevado eso.

—A dos metros bajo tierra —dije amargamente.

—No. Al amor de tu vida. —Estudió mi cara durante unos momentos—. Me recuerdas muchísimo a mí y yo he salido bien. Durante mucho tiempo creí que no era lo bastante bueno, pero al final resultó que no estaba tan mal.

De algún modo, me hizo sentir mejor hasta con sus brutales verdades.

—Gracias, papá.

—Te quiero, hijo. —Me atrajo hacia sí para abrazarme.

—Llámame si necesitas hablar... o beber.

Me reí mientras me apartaba.

—Esa segunda oferta te la acepto.

Mi padre se dirigió hacia su camioneta y se montó.

Yo me quedé en la acera deseando que no me dejara solo.

DIEZ

## Trinity

---

Los primeros recuerdos que tenía de mi padre eran en su oficina. Lo veía trabajar con el ordenador, rellenar papeleo, hablar por teléfono y conversar con sus empleados. Siempre era amable y respetuoso con el personal, pero en las reuniones cambiaba. Ya estuviera trabajando en contratos o en negocios, actuaba de manera diferente. Tanto él como el tío Sean eran tiburones que nadaban en lo más tenebroso del océano, nadando en círculos alrededor de su presa, pero sin atacar hasta que no llegara el momento oportuno.

E, incluso entonces, daban un solo mordisco, optando por dejar que su víctima muriera desangrada sólo porque podían hacerlo.

Mi padre cambiaba, volviéndose frío y agresivo. Era inteligente y calculador; nunca revelaba nada hasta que juzgaba que había llegado el momento. Era un oponente invencible, física e intelectualmente.

Según fueron pasando los años, lo comprendí cada vez mejor. Aunque tenía un exterior duro, y en todo lo referente a mi madre, mi hermano y yo daba auténtico miedo, no era más que una fachada. Cuando estaba en casa con nosotros, su familia, era un hombre completamente distinto. Era considerado, dulce, divertido y cariñoso. Vivía para nosotros y siempre nos demostraba lo mucho que nos apreciaba. Y miraba a mi madre de una manera que no entendí hasta que Slade me había mirado así, con un amor profundo e indisoluble.

No era sólo mi padre, sino también mi amigo. Hacíamos cosas juntos, hablábamos de diferentes temas y teníamos un vínculo innegable pero indescriptible al mismo tiempo. Lo conocía mejor que casi cualquiera aparte

de mi madre y el tío Sean. Y a base de adivinar sus pensamientos aunque guardara silencio, a base de comprender sus estados de ánimo con un solo gesto o una mirada, había llegado a tener una sólida idea de quién era mi padre.

Y en aquel momento estaba cabreado.

No lo había dicho, pero podía verlo en sus ojos. Sus movimientos eran rígidos y tensos, como si quisiera darle un puñetazo a alguien pero se estuviese conteniendo de algún modo. Enterarse de lo de Slade no le había sentado nada bien, y la verdad era que yo temía que odiara al hombre que amaba. A pesar de lo bien que lo conocía, no era capaz de leerle los pensamientos. No sabía lo que estaba pensando. Esperé a que me dijera algo, a que hablara de lo que había provocado su enfado, pero no lo hizo. Como Slade no se apartaba de mi lado, no surgió ninguna oportunidad de mantener una conversación en privado.

Así que esperé.

Y esperé.

A lo mejor le daba miedo ponerme nerviosa. Puede que se sintiera tan aliviado de que yo estuviera bien que no tuviera corazón para gritarme, para dar rienda suelta a una discusión de la que ambos saldríamos débiles y descorazonados.

Lo peor de aquella situación era lo evidente de su sufrimiento. Odiaba verme en una silla de ruedas sin poder utilizar una pierna. Odiaba ver las vías saliendo de mi cuerpo, el hecho de que una enfermera tuviera que administrarme morfina cada pocas horas para que pudiera aguantar el dolor, mi indefensión al estar tumbada en la cama, incapaz de moverme.

Odiaba el hecho de no poder arreglarlo.

Y yo me odiaba a mí misma por estar haciéndole pasar por aquello. Tendría que haber dormido en casa y haber esperado a la mañana siguiente, y ya está. El consejo de mi padre siempre era el mejor y tendría que haberlo seguido.

Pero también sabía que le dolía que le hubiera mentido a la cara.

Le había mentido.

Y me aborrecía a mí misma por ello.

La conversación podía empezar en cualquier momento, pero mi padre no parecía preparado para ello. Yo sabía que se iba a enfadar, y él se lo estaba tragando todo y estaba intentando suavizar la tormenta por su cuenta antes de dirigirla hacia mí. Aunque quería dar rienda suelta a su frustración y su dolor, no quería asustarme.

Y mi padre era un hombre que daba miedo. Si lo hubiera visto en un callejón oscuro a solas, habría salido pitando de allí. Hasta sin un arma era un oponente formidable. Su mirada y su oscuridad siempre intimidaban a otras personas, pero ellas no lo conocían como mi familia. Todo era puro teatro, aunque si se enfadaba de verdad, le salía aquella faceta.

Slade cuidó de mí como prometió que haría y lo estaba haciendo muy bien. Nos sentábamos juntos en el sofá con la tele encendida. Yo repasaba mis deberes e intentaba ponerme al día con todo lo que me había perdido.

Estábamos los dos tapados con una manta y él me rodeaba los hombros con un brazo. Aquel amigable silencio era agradable, mucho mejor que escuchar el pitido de un monitor cada pocos segundos y el ir y venir de las enfermeras cada hora.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó en voz baja.

—No. A menos que puedas hacer mis deberes.

Sonrió.

—Te pondrían un cero en todo.

—A estas alturas ya me da igual...

Me pasó los dedos por el pelo para consolarme.

Mi rostro había vuelto a la normalidad y los moratones y la hinchazón habían disminuido, pero estaba harta de tener que usar la silla de ruedas para todo. Lo único que quería era volver a caminar, salir a correr por las mañanas como hacía antes.

—Lo estás haciendo genial, princesa. —Apretó los labios contra mi pelo—. Todo habrá pasado antes de que te des cuenta.

Intentaba mantenerme positiva, pero a veces me costaba.

—Tú sólo recuerda que podría haber sido mucho peor...

Tenía razón. El accidente podría haber sido mortal.

—Lo sé... —Aparté mis deberes a un lado, harta de trabajar todo el día en ellos. Luego me acurruqué a su lado, con deseos de sentir la calidez y protección que me aportaba.

—¿Lista para ir a dormir? —preguntó suavemente.

Lo estaba, pero no quería admitirlo.

—Me tomaré eso como un sí. —Se movió para cogerme en brazos.

—No lo hagas.

Se paró y volvió a sentarse, mirándome con confusión.

—¿Qué te pasa, Trin?

—Es sólo que me desmoralizo cada vez que me llevas...

Se le enterneció la mirada.

—No es para siempre, princesa.

—Lo sé... pero me sigo sintiendo débil e inútil.

Me cogió de la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Eso no es verdad y tú lo sabes.

Cada vez que me tenía que llevar en brazos al baño me quería morir de la humillación que sentía. Cerré los ojos, intentando no pensar en aquello.

—Mírame —ordenó.

Volví a abrir los ojos.

—Me gusta cuidar de ti. —Sus ojos tenían un brillo sincero—. Y siempre cuidaré de ti. Un día, cuando me caiga de la moto, harás esto por mí y entenderás a lo que me refiero.

—Espera... ¿qué moto?



—Cuando me compre mi Harley —dijo como si ya hubiéramos mantenido aquella conversación.

—Eh... no. No te vas a comprar una moto. —Aquellos cacharros eran la leche de peligrosos.

Sonrió.

—¿Ahora me vas a mangonear?

—Ya te puedes apostar lo que quieras a que sí. Te mato a bofetones como te compres una.

Me miró con afecto.

—Pero es que me gusta cuando me das bofetones...

—¡Pero te los daré fuerte!

—Uuh, mejor todavía.

Le di un cachete en broma en el brazo.

—Lo digo en serio. Nada de motos.

—Yo no dejo que nadie me dé órdenes... —Acercó su cara a la mía—. Pero ya que eres tan jodidamente adorable, supongo que te pasaré esta.

El corazón se me derritió hasta formar un charquito en el suelo y mi vergüenza anterior quedó olvidada. Slade me hacía sentir cosas que sólo conocía de los libros y las películas. Sentía mariposas en el estómago y lo deseaba más con cada día que pasaba.

Me levantó del sofá y me llevó hasta la cama. Después de cambiarme de ropa y quitarse la suya, nos tumbamos juntos en la cama. Yo tenía que permanecer de espaldas por causa de la pierna, pero prefería dormir de costado.

Slade se acurrucó a mi lado con un brazo alrededor de mi vientre y la cara pegada a mi cuello. Había traído el resto de sus pertenencias a mi casa y ahora estaba conmigo todo el tiempo hasta que me recuperase. A mí no me importaba porque me encantaba pasar con él cada segundo del día de todas maneras. Pero cuando mi padre viniera al día siguiente, sabía que Slade tendría que irse por la noche porque mi padre no le permitiría quedarse; le haría sentir

demasiado incómodo el hecho de dejarnos dormir juntos en mi dormitorio mientras él dormía en el sofá. No era algo que yo esperase con ilusión.

—¿Slade?

—Dime, princesa —me susurró al oído.

—Hazme el amor...

Se sobresaltó al escuchar mi petición y luego se inclinó sobre mí.

—No puedo, Trinity. Me encantaría, pero no puedo.

—¿Por qué no? —¿Sería por mi pierna? ¿O por los rastros de heridas en mi cuerpo?

—No me puedo arriesgar a hacerte daño en la pierna. Se te tiene que curar, lo siento.

Llevábamos semanas sin hacerlo y me estaba volviendo loca. Lo echaba de menos y sabía que él a mí también. Si yo no lo satisfacía, ¿se resentiría conmigo? ¿Me dejaría? La base original de nuestra relación había sido el sexo. ¿Qué seríamos sin él?

—Tengo vaselina en el cuarto de baño...

Arqueó una ceja.

—¿Para hacer qué?

—Para hacerte una paja... —Me incorporé y me apoyé en un codo.

—Trin, que ya no tengo trece años...

—Bueno, si te pones encima, te la puedo chupar.

Se me quedó mirando como si estuviese loca.

—No te preocupes por eso, estoy bien.

—Es por mi pierna... ¿ya no te atraigo?

Me dirigió una mirada de enfado.

—No, no es eso para nada. Es sólo que no necesito sexo de ti. ¿Acaso crees

que me voy a ir si no me lo das? ¿Es eso lo que estás sugiriendo? Porque cuando te dije que te quería, lo decía en serio. No me debes una mierda, Trinity. Después de estar a punto de perderte, poder dormir contigo todas las noches es lo que consigue que mantenga la cordura. No me hace falta nada más. Me basta con tenerte entre mis brazos. Sufro mucho al verte sufrir y ahora mismo el sexo no me atrae lo más mínimo.

Empezaba a sentir la culpa acumularse en mi interior.

Se tumbó y me obligó a tumbarme a su lado.

—Esto es lo único que necesito, Trinity... tenerte entre mis brazos.

—Lo siento... Es simplemente que sé la clase de chico que eres.

—No, la clase de chico que solía ser. Ese ya no soy yo, Trinity.

Los momentos como aquel me hacían levitar como si fuera una pluma. Saber que me quería, que me valoraba, hacía que me diera la sensación de que todo en el mundo estaba bien. Recordaba todas las cosas que me había dicho a lo largo de nuestra andadura: que no debería esperar que cambiase y que no significaba nada para él. Ahora todo era distinto y a mí me encantaba que lo fuera.

Me abrazó con más fuerza.

—¿Princesa?

—¿Hmm?

—Siento todo lo que te he dicho en el pasado. Dije un montón de cosas hirientes y crueles... Sólo quiero que lo sepas.

—Yo también lo siento.

Me dio un beso en el cuello.

—Nunca volveré a subestimarte...

—Lo sé, Slade.

Su cálido aliento bañaba mi cuello.

—¿Viene mañana? —dijo con voz de pena.

—Sí —susurré.

—¿Y no te ha dicho nada?

—No... ¿y a ti?

—No.

—A lo mejor debería sacarle el tema —dije suspirando—. Esta conversación va a tener que producirse antes o después.

—Y me da un miedo que te cagas. Está bastante cabreado.

—Lo sé. —Odiaba pensar en la mirada que había visto en sus ojos.

—Trinity... ¿qué pasa si no me acepta? ¿Qué pasa si se niega a que mantengamos una relación... y te pide que rompas conmigo?

Sostuve su mano en la mía.

—No te voy a dejar, Slade. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

Asintió contra mi cuello.

—Bien, porque no puedo vivir sin ti.

Logró que volviera a derretirme.

—Ni yo.

MI PADRE ENTRÓ con su bolsa colgada de un hombro. Nos miró a mí y a Slade, claramente irritado de encontrárselo allí. Tenía la mandíbula apretada y los hombros tensos.

Slade captó la amenaza.

—Nos vemos mañana. —Me dio un beso en la mejilla.

—Vale. —Cogí su cara y le di un beso en los labios con la boca cerrada.

Él lo aceptó y luego se apartó a toda prisa, consciente de no ser bienvenido.

—Llámame si me necesitas.

—Vale.

—Buenas noches. —Pasó junto a mi padre—. Buenas noches, señor. —Nunca había oído a Slade llamar así a nadie. Se estaba esforzando al máximo por aliviar la tensión con mi padre, pero no estaba consiguiendo nada.

Mi padre pasó a su lado como si no lo hubiera visto ni oído y luego dejó su equipaje sobre la encimera.

Slade suspiró y cerró la puerta.

Cuando se hubo marchado y su coche salió del camino de entrada, el humor de mi padre mejoró ligeramente.

—¿Qué tal te encuentras, tesoro?

—Bien. —Estaba sentada en el sofá con una manta sobre las piernas—. ¿Y tú?

No respondió a la pregunta.

—¿Te has tomado todas tus medicinas?

—Sí. —Slade estaba pendiente de ello.

—¿Qué tal la pierna? ¿Te duele?

—No, la vicodina hace milagros.

—¿Tienes hambre?

Intenté tener paciencia y no permitir que aquella avalancha de preguntas me irritase.

—No, estoy bien. Siéntate y relájate.

Se quitó los zapatos y se hundió en el otro sofá todavía con el traje puesto. Seguramente acababa de salir de trabajar.

—Tu madre te envía besos.

—Hoy he estado dos horas hablando con ella. —Me reí al recordar la

conversación—. Era imposible conseguir que colgara.

—Sólo está preocupada.

—No hay nada por lo que preocuparse, estoy bien.

Apoyó un pie en la rodilla contraria y se desabrochó el botón de la chaqueta.

—¿Qué tal el trabajo?

—Muy bien. —Parecía tenso.

—¿Te ronda algo la cabeza? —Intenté atraerlo hacia la conversación.

—Voy a demandar al conductor del camión que te golpeó —dijo con voz carente de emoción.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque casi te mata —dijo con amargura.

—Fue un accidente —protesté—. ¿Había bebido?

—No.

—Entonces simplemente perdió el control del camión. Las carreteras estaban mojadas y resbaladizas, no fue culpa suya.

—Si no es buen conductor no debería dedicarse a conducir un puto camión.

—No levantó la voz, pero el uso del taco evidenció su enfado.

—Papá, me voy a recuperar y no ha muerto nadie. No lo demandes.

Fijó la mirada en la televisión y dejó de participar en la conversación.

—¿Y por qué lo vas a denunciar? Ya tienes todo el dinero del mundo.

—Lo voy a denunciar para quitárselo todo —afirmó con amargura—. Voy a arruinarle la vida.

No me gustaba aquella faceta suya... para nada.

—Si haces eso, no te lo perdonaré nunca.

Me miró con el enfado todavía en ebullición.

—Sé que estás alterado... por un montón de cosas... pero esa no es la solución. No vas a seguir con ello y te vas a olvidar de la demanda. Lo digo en serio.

—Casi te mueres, Trinity. El paramédico dijo que apenas seguías con vida cuando llegó allí. Perdiste tanta sangre que ha sido un milagro que sobrevivieras.

—No lo hizo a propósito.

Se apoyó una mano en el muslo.

—Me puedo enfrentar a cualquier cosa que se me ponga por delante y perdonar lo que sea con buen ánimo, pero cuando se trata de mis hijos o mi mujer, soy despiadado.

—Y un hombre que no muestra piedad no es un hombre ni es nada —salté yo.

Giró la cabeza hacia mí con ojos enfurecidos.

—Papá, retira esa demanda. O no volveré a dirigirte la palabra nunca más.

Rechinó los dientes.

—Tampoco es como si yo significara nada para ti, de todos modos...

Aquí venía. La charla que había estado temiendo por fin había llegado. E iba a ser terrible.

—Sabes que eso no es verdad, no lo vuelvas a decir. —Estaba siendo infantil e inmaduro, algo que no hacía nunca.

—¡Me mentiste a la puta cara! —El rostro se le enrojeció del enfado—. Me miraste a los ojos y me hiciste creer que estabas siendo sincera conmigo. Y luego tuviste la desfachatez de montar un escándalo cuando me metí en tu vida amorosa. ¡Si hubiera sabido lo de Slade, nunca habría ido a hablar con Reid! Así que es tu puta culpa.

—Sabía cómo ibas a reaccionar y no quería pasar por ello. —Deseaba haber podido andar para poder ponerme de pie por mí misma mientras discutíamos.

—Y si sabías que no me iba a gustar, ¿por qué lo hiciste? Trinity, ¿en qué narices estabas pensando?

—No estaba pensando —exclamé—. Y me alegro de no haberlo hecho. —No me arrepentía de la decisión que había tomado ni de cómo había terminado en aquella situación. Slade me hacía más feliz de lo que podría haber imaginado jamás. Me había roto el corazón por el camino, pero luego me lo había compensado y ahora éramos más fuertes que nunca.

Sacudió la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?

—Seis meses.

Entrecerró los ojos furioso.

—¿Y en todo ese tiempo no te ha parecido que yo lo tendría que saber? ¿Has estado haciendo esto a mis espaldas sin inmutarte?

—¡Soy una mujer adulta! ¡No tengo que contarte cada puñetera cosita! —No iba a permitirle ganar aquella vez. Ni hablar—. Con quién me acueste o lo que haga en la intimidad de mi dormitorio no es asunto tuyo.

—¡Sí que lo es si se trata de Slade! ¡Alguien a quien veía como a un hijo! Y resulta que es un gamberro imbécil a quien no le importas una mierda. Sólo te está utilizando para mojar, Trinity. Y que se haya enfrentado a mí y me haya apuñalado por la espalda así no está bien. Es una falta de respeto enorme y no está nada bien.

—No me está utilizando.

—¿Y entonces por qué has ocultado vuestra relación? —exigió saber—. Es evidente que sabías que estabas haciendo algo incorrecto.

Volví la cara y desvié la mirada. Incapaz de moverme, no tenía ningún sitio en donde esconderme.

—Contéstame, Trinity. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Qué motivo podías tener para mentir?

—Ya te lo he dicho.

—No, no lo has hecho. Me mentiste a la cara por algo. El hecho de que estés con alguien por quien te ves obligada a mentir no hace que me caiga mejor



precisamente.

—Estábamos... tomándonos nuestra relación con calma. No estábamos preparados para contárselo a todo el mundo.

Entonces se enfadó aún más.

—No. Slade no quería que se lo contaras a nadie porque quería que fueses su sucio secreto.

Sus palabras me dolieron.

—Tú le das igual. Es exactamente el mismo de siempre y tú te mereces algo mejor que eso.

—Ya no es así.

Puso los ojos en blanco.

—Trinity, los rompecorazones como él no cambian.

—Tú cambiaste —protesté yo.

—Una vez pasada mi juventud y al darme cuenta de que era hora de sentar la cabeza. Vosotros ni siquiera habéis terminado la universidad, Trinity. Todavía no ha sacado toda la insensatez de su sesera. Se te va a comer viva y no va a escupir ni los huesos.

Volví a desviar la mirada.

—¿Te acuerdas de lo que te conté sobre lo que pasa cuando se te rompe el corazón?

Sí que me acordaba, pero no pensaba decírselo.

—Yo también tengo el corazón roto. —Me fulminó con la mirada, estudiándome—. Ver cómo casi mueres me partió el corazón en mil pedazos, pero tener que tratar ahora con este asunto de manera tan repentina es un golpe todavía mayor.

—Sé que es difícil de aceptar... y entiendo por qué te has enfadado. No debería haberte mentado y eso lo admito. Estuvo mal. Ahora que todo ha salido a la luz, me doy cuenta de que podría haber llevado las cosas de una forma

diferente. Siento haberte mentido y engañado. De verdad que sí. Pero confío en Slade y no voy a romper con él. Le quiero, papá.

No me miró, sino que mantuvo la vista pegada en la pared.

—Esto es un error...

—No lo es.

Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Luego los aflojó.

—Aceptaré a quien tú decidas amar. Me da igual que Slade tenga tatuajes o que siga siendo un inmaduro. Ni siquiera el hecho de que quiera ganarse la vida tatuando me supone ninguna diferencia. Slade tiene una actitud y unas manías poco comunes, pero siempre lo he respetado por ser honesto y sincero. Hay otras mil cosas que me gustan de él y le quiero tanto como a Conrad. Por favor, quiero que eso lo entiendas...

—Lo entiendo.

—Pero cuando te pregunté si estabas con él, me mentiste. Conozco bastante bien a Slade, coño, y soy capaz de adivinar la clase de relación disfuncional que habéis mantenido. Se ha acostado contigo y te ha utilizado y luego se ha deshecho de ti como si fueses basura.

Sus duras palabras me hicieron encogerme.

—Y luego ha vuelto a suceder lo mismo otra vez... y otra. En algún momento a lo largo del camino se convirtió en una relación cómoda, en un sistema secreto de intercambio de sexo sin más, algo que Slade lleva haciendo toda la vida. Y luego, en algún momento, las cosas cambiaron. Se dio cuenta de que sí que le importabas y por fin empezó a respetarte... a quererte, incluso. —Estudió mi rostro, examinando cada uno de mis rasgos—. ¿Me equivoco? Y que no se te pase por la cabeza mentirme.

Otra vez me hallaba acorralada y sin saber qué hacer.

—Lo que hagas en tu tiempo libre no es asunto mío, eso lo entiendo. Mi padre nunca se inmiscuyó en mi vida escandalosa e inmoral, y yo me habría cabreado si lo hubiese intentado. Si tú estuvieras manteniendo esta clase de

relación con un chico cualquiera al que yo no conociera, me importaría un bledo y no esperaría que me hablaras de ello. Pero el hecho de que sea Slade, alguien en quien confío, es inaceptable. No puede pasarse meses utilizándote y luego decidir de repente que te quiere, a mi hija eso no se lo hace. Así no es como funciona la cosa. —Apretó la mandíbula con irritación—. Ha destrozado mi confianza y me ha hecho daño donde más duele. No puedo confiar en él para que cuide de ti y te proteja, no después de que te haya utilizado como a un juguete. Te ha dado menos de lo que te mereces y ha sido un gilipollas egoísta.

—Todos cometemos errores... y aquel fue el mejor error que he cometido en mi vida. —Sacudí ligeramente la cabeza—. Y no le echas la culpa de todo a él, porque en este acuerdo había dos personas y yo quería hacerlo tanto como él. Quería que fuera así. Yo lo utilicé a él tanto como él a mí, así que deja de pintarlo como si él fuera el culpable de todo.

Sus ojos se ensombrecieron mientras seguía mirándome fijamente.

—Muy bien, pues iré directo al grano. ¿Qué futuro le ves a esta relación?

—Me estaba contemplando como si me hubiera hecho una pregunta, cuando yo sabía que no era así—. Ambos sabemos cómo va a acabar. Los dos sabemos que te dejará antes o después, que se dará la vuelta y no mirará ni una sola vez atrás.

Aquel era mi temor más profundo.

—Todas las relaciones terminan de un modo u otro, ya sea por una ruptura o por la muerte. Así que no es justo que digas eso.

—Estoy de acuerdo. Pero cuando Slade te deje, ¿qué os quedará? Jamás volveréis a ser amigos, uno de vosotros siempre se perderá las vacaciones y vuestro grupo de amigos jamás volverá a estar completo en la misma habitación. Se liará con otras mujeres y tú te enterarás por alguien. En un abrir y cerrar de ojos, te darás cuenta de lo rápido que acabó vuestra relación. Trinity, esta relación está condenada al fracaso. Lo único que vas a sacar de ella es un corazón roto.

La cabeza empezó a palpitarme dolorosamente. Nunca en toda mi vida me había sentido tan unida a nadie como lo estaba a Slade. La conexión que compartíamos sugería algo más intenso que una relación, más fuerte que el amor. Imaginar que no lo tenía en mi vida, aunque fuera como amigo, me

parecía impensable. No quería sentir jamás aquel vacío ni ser testigo de su marcha. Yo lo conocía. Sabía el miedo que le tenía al compromiso y cuánto le había costado darme lo que yo quería, pero tenía fe en él. Aunque nos lo tomáramos con calma, lo conseguiríamos. Llegaríamos a ese punto.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

Mi padre se recolocó el reloj a pesar de que estaba perfectamente en su sitio. Movía los dedos esporádicamente, como si deseara estar agarrando otra cosa con ellos. Después bajó las manos y se puso a mirar por la ventana.

—Me has decepcionado...

Sus palabras me cayeron encima como un rayo y me partieron en dos. El dolor empezó en mi estómago y después se extendió a todos mis nervios y a cada centímetro de mi piel. Me sentía enferma, herida, dolida...

—No es justo... No puedes juzgarme por amar a quien amo.

—No me has decepcionado por eso. —Su voz era apenas un susurro—. Sé que sigo siendo tu padre, por lo que nunca podremos ser verdaderos amigos, pero saber que me mentiste de aquella manera... me ha dolido. Ryan sabía lo que estaba pasando y yo fui un estúpido que tenía la esperanza de que encontrases al hombre perfecto. Me siento estúpido y engañado por mi propia hija...

Contuve las lágrimas que se me acumulaban en los ojos.

—¿Cómo voy a poder volver a confiar en ti?

Yo deseaba poder marcharme de allí y ocultar mi rostro. Deseaba poder salir de la casa y arrojarme a los brazos de Slade. Pero estaba atrapada, pegada al sofá y sin poder moverme.

—Vete... Márchate —dije sin mirarlo—. Ahora.

Mi padre se quedó donde estaba frotándose las manos entre sí. Jamás me dejaría sola si yo estaba alterada, pero yo sabía que él lo estaba también. Sin embargo, se levantó y se puso los zapatos lentamente. Luego cogió sus cosas y salió por la puerta.

Cuando escuché que arrancaba el motor y hacía retroceder el coche por el camino de entrada, brotaron las lágrimas. Se derramaban por mi rostro,

cálidas y pegajosas. Mi padre ya me había disgustado antes, pero no de aquella manera. Me sentía incapaz de procesar o entender mis emociones. Pero, muy en el fondo, sabía qué era lo que me había alterado tanto.

Haberle hecho daño.

ESTUVE DOS HORAS esperando a que volviera. Nunca me abandonaría de verdad. Sabía que estaba alterado, pero su preocupación por mí era más fuerte. Slade volvería si yo se lo pedía, pero yo sabía que mi padre quería estar conmigo, sin importar lo cabreado que estuviese.

Después de dos horas empecé a temer que me había equivocado. No iba a volver. Le había hecho tanto daño que lo había apartado de mí. Lo peor que había hecho de pequeña había sido escabullirme de casa para irme de fiesta con mis amigas. Se había enfadado, pero también me había parecido algo divertido por la situación. Ahora era diferente: había traspasado un límite y no había vuelta atrás.

De repente los faros de un coche brillaron a través de la ventana, disipando las sombras de mi sala de estar. Cuando se apagaron primero el motor y luego las luces, se me paró el corazón: ¿Habría vuelto mi padre? ¿O era Slade? ¿O ninguno de los dos? Deseaba poder echar un vistazo por la ventana para averiguarlo, pero el estado de mi pierna me impedía hasta esa sencilla acción.

Se abrió la puerta delantera y entró mi padre con su equipaje colgado del hombro.

Sabía que volvería.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y empecé a llorar al verlo.

Dejó caer la bolsa y acudió junto a mí al sofá. Me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza mientras yo metía el rostro en su cuello. Respiraba profundamente mientras me abrazaba, poniéndome una mano en el cogote.

—Lo siento...

Me aferré a él, sintiéndome agradecida por que mi padre no me odiara.

—Yo también...

—Te quiero, cielo. Tanto que me duele...

—Yo también te quiero a ti.

No me soltó. Continuó rodeándome con los brazos mientras avanzaba la noche. Su respiración empezó a calmarse y el latido de su corazón se sincronizó con el mío. Me acariciaba suavemente el pelo, tranquilizándome en silencio.

—A veces me pongo... intenso. No se me da muy bien conservar la calma ni entender a las personas. Es algo que me ha costado siempre. Soy un hombre y un padre horrible por haberte tratado de esa manera... sobre todo cuando he estado a punto de perderte. Lo eres todo para mí y soy un cretino por haberte hecho llorar cuando ya estás sufriendo tanto. Estoy tan agradecido por que estés viva y te vayas a recuperar... Enfadarse por esto es una estupidez y no tiene sentido. Lo siento, Trinity.

—No pasa nada, papá.

—¿Por qué me perdonas tan rápidamente?

—Porque yo también he metido la pata. La hemos metido los dos.

Dejó escapar un largo suspiro.

—¿Cómo he tenido la suerte de tener dos hijos tan increíbles?

—¿Te parecemos increíbles? ¿Hasta Conrad...?

Se rio suavemente, pero seguía disgustado.

—No cambiaría nada de ninguno de los dos. Sois mi orgullo y mi alegría, igual que vuestra madre.

Lo abracé con fuerza, contentísima de que hubiera vuelto y no me odiase.

—¿Papá?

Me estrechó más contra sí, como si temiera que me fuera a escurrir de entre sus brazos.

—¿Sí?

—No volveré a mentirte. Te lo prometo.

Sentí expandirse su pecho cuando volvió a respirar profundamente.

—Lo sé.

—Porque tú eres mi mejor amigo... y no quiero que perdamos nunca lo que tenemos.

Volvió a respirar hondo y esta vez supe que también se le llenaron los ojos de lágrimas. No me aparté para mirarlo porque sabía que querría esconderlas de mí. Se le escapó un tenue sollozo y luego su respiración volvió a la normalidad.

Continué en sus brazos, sintiéndome bien por primera vez desde antes del accidente. De algún modo, mi padre era capaz de hacer desaparecer el dolor sin ni siquiera intentarlo. Slade era lo mejor que me había pasado en la vida y me hacía sonreír y derretirme constantemente, pero jamás podría reemplazar a mi padre, el primer hombre al que había respetado y admirado en mi vida. Con él era diferente, imposible de explicar. Existía un vínculo entre ambos que era imposible de cortar, daba igual las veces que nos hiciéramos sufrir el uno al otro.

Su amor por mí era incondicional. Igual que el mío por él.

PASAMOS la noche viendo películas y consumiendo palomitas a cubos. Mi padre llevaba una dieta muy estricta, por lo que sólo se comió unos cuantos puñados y luego se entretuvo con una manzana.

—Mamá te tiene controladísimo, ¿eh? —pregunté.

Se rio.

—Algo parecido...

Al final me quedé dormida en el sofá. No me acordaba bien de cuándo había sucedido, pero sabía que era bastante tarde. Cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba bien abrigada en mi cama.

Mi padre no se marchó al día siguiente como tenía planeado, sino que se quedó otra noche y trajo comida del restaurante al que siempre íbamos. Pasamos el día en el sofá viendo la tele mientras yo terminaba mis deberes. Mi padre no sacó ni una sola vez el portátil y sólo contestó al teléfono cuando era mi madre la que llamaba.

Escribí a Slade antes de que saliera de clase.

«Mi padre se va a quedar otra noche».

Supe que se sentía desilusionado aunque no dijera nada.

«Avísame en cuanto se vaya. Te echo de menos».

«Y yo a ti».

«Avísame si necesitas lo que sea. Me vale cualquier excusa para verte».

Sonreí y dejé el teléfono.

Mi padre captó mi mirada y luego apartó rápidamente la vista, fingiendo que no se había dado cuenta.

Aquella noche ambos nos sorprendimos cuando llamaron a la puerta.

¿Sería Slade? ¿Había decidido pasarse de todos modos?

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó mi padre.

—No...

Miró por la mirilla y abrió la puerta a continuación.

—Hola, Skye.

—Hola, tío Mike. —Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Mi padre le dio un abrazo y un beso en la frente igual que hacía conmigo.

—Gracias por venir.

—Espero no molestar —dijo dubitativa—. No sabía que estarías aquí.

—Tonterías. Pasa —dijo cerrando la puerta detrás de ella.



Skye se sentó junto a mí en el sofá.

—¿Estás bien?

—Sí. Me gustaría poder andar, pero tampoco es lo peor del mundo. —Podría haber muerto, así que intentaba mantener la perspectiva.

Skye asintió, pero no dijo nada.

Notaba que quería hablar conmigo de algo, pero no podía hacerlo por estar mi padre delante. Como mejores amigas que éramos, compartíamos el poder de comunicarnos telepáticamente.

Mi padre pareció captar la indirecta.

—Voy a por un poco de café para el viaje de vuelta. ¿Queréis algo, chicas?

—No, gracias —contestó educadamente Skye.

—Gracias de todas formas —dije yo.

—De acuerdo —dijo mientras se marchaba—. Ahora vuelvo.

Una vez a solas, Skye me miró.

—¿Qué tal las cosas con él...?

—Anoche tuvimos una pelea gordísima, pero ya lo hemos solucionado.

Soltó un suspiro de alivio.

—Bien. Parecía supercabreado.

—Lo estaba.

—Entonces, ¿no le importa lo de Slade?

—En fin... De eso no estoy tan segura. Dejó bastante claro que no le gusta como novio para mí.

Su rostro adoptó una expresión de tristeza.

—Lo siento, Trinity. Al final dará su brazo a torcer.

—Supongo que haber tenido este accidente es algo bueno, porque le está

costando mucho enfadarse conmigo.

Se rio.

—Uy, sí, menuda suerte has tenido —dijo con sarcasmo.

Sonreí y me puse a mirar la televisión.

Skye me miraba con ojos tristes.

Yo sabía lo que estaba pensando.

—Siento no habértelo contado...

Empezó a mover las manos nerviosamente.

—¿Es que he hecho algo...?

—No, por supuesto que no. Es sólo que no quería que nadie lo supiera. Todo estaba yendo muy bien y sabía que mantener lo nuestro en secreto nos daba la libertad para afianzar nuestra relación sin ser juzgados. Además, durante los primeros meses no pensaba que fuésemos a durar, así que no tenía sentido contárselo a nadie.

Asintió con los labios apretados.

—Pensaba que había hecho algo para que no confiases en mí.

—Qué va, para nada. —Le di unas palmaditas en la mano.

—Eso hace que me sienta mejor. Eres mi mejor amiga y no sabía si había hecho algo que de algún modo te hubiera apartado de mí.

Sacudí la cabeza.

—Para nada, en serio.

—De acuerdo, ya me siento mejor.

Me alegraba de que hubiéramos aclarado aquel asunto.

Se echó hacia atrás en el sofá poniendo cara de traviesa.

—Y ahora cuéntamelo todo antes de que vuelva tu padre.

Me reí y sentí que me ruborizaba.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Me volví a reír.

—¡Ni siquiera sé por dónde empezar!

—¿Qué tal es en la cama? —soltó.

Las mejillas se me sonrojaron todavía más.

—Increíble.

—Y... ¿va bien servido por ahí abajo?

—De impresión. —Me reí al ver que abría mucho los ojos.

Me dio un cachete en broma en el brazo.

—Menuda pájara estás hecha...

Me volví a reír y le devolví el cachete.

—Entonces... ¿cuándo se puso seria la cosa?

Me encogí de hombros.

—No estoy segura, hace unos meses, supongo... Empezamos a pasar todos los días juntos y a dormir juntos todas las noches. Supongo que simplemente nos apegamos el uno al otro.

—No me puedo creer que hayas domado a Slade. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Pensaba que ese tío era indomable.

—Supongo que conmigo es diferente...

—¿Por eso no salió bien lo tuyo con Reid? —preguntó.

Asentí.

—Por aquel entonces, Slade y yo sólo estábamos acostándonos, pero entonces dijo que no quería que viese a nadie más que a él.

Me miraba con la boca abierta y los ojos como platos.

—Qué dices...

Asentí, satisfecha con los progresos que habíamos hecho Slade y yo.

—Pero... ¿no se había acostado con la modelo esa? —preguntó.

—Mintió cuando dijo que lo había hecho.

—Roland también mencionó algo de que se enrolló con una chica en el club de striptease...

—Esa chica era yo.

Levantó una ceja.

—Dijeron que tenía tatuajes...

—Era yo. —Sonreí—. Iba disfrazada.

Me dio un golpe en el brazo.

—¡Qué romántico!

—Supongo.

—Entonces, ¿es tierno contigo? ¿Romántico?

—Constantemente.

—¿Seguís peleando?

—No, la verdad es que no.

Apoyó la barbilla en la mano.

—Es que no me lo puedo creer... Nos teníais a todos completamente engañados.

—Era bastante divertido —dije con una sonrisa.

Ella me la devolvió sin dejar de mirarme.

—Te hace feliz de verdad, ¿eh?

—Increíblemente.

—Me alegro por ti —me dijo con sinceridad.

—Gracias.

—¿Habrá campanas de boda en el futuro?

Cuanto más pensaba en ello, más lo deseaba.

—Eso espero.

—¿Es que Slade sigue sin querer casarse? —preguntó en voz baja.

—Desde el principio de nuestra relación dijo que intentaría darme lo que yo quisiera. Acaba de decidirse a ser mi novio y por fin admite que me quiere... pero no creo que esté preparado para pensar en ello siquiera. Tengo que ser paciente con él...

—Bueno, yo ya alucino con que haya llegado tan lejos.

—Pues ya somos dos.

—Pero si te quiere, estoy segura de que ocurrirá.

Pensar en él con cualquier otra me ponía enferma.

—Skye, tengo miedo...

Me miró con seriedad.

—¿Por qué?

—Porque le quiero tanto... Nunca pensé que fuera a suceder. ¿Tú te sientes así por Cayson? ¿Le quieres tanto que la idea de perderlo te da ganas de tirarte por un precipicio?

—Al principio me sentía así. ¿Qué pasaría con nuestra amistad si aquello no funcionaba? La idea de perderlo para siempre me asustaba tanto que contenía casi todo mi amor por él... Pero él me convenció de que mi miedo no tenía fundamento, y desde entonces no he vuelto a pensar en ello ni una sola vez. Sé que es mío para siempre.

Cayson y Slade eran muy diferentes, así que ni siquiera debía molestarme en

intentar compararlos.

—Espero que lleguemos a ese punto algún día.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—Claro que llegareis. Slade sólo necesita un poco de paciencia por tu parte. Si ha llegado hasta aquí, imagina todo lo que puede avanzar todavía.

Asentí.

—Tienes razón.

—Y ver aquella escena romántica en el hospital me dijo todo lo que necesito saber. —En sus ojos brilló el afecto—. Ese hombre haría cualquier cosa por ti, se cortaría el cuello sólo para hacerte feliz. Te mira igual que Cayson me mira a mí... y en cierto modo, creo que lo que tenéis Slade y tú es aún más fuerte que lo que tenemos Cayson y yo.

Se me aceleró el corazón.

—¿En serio?

Asintió, sonriendo todavía.

—Vosotros habéis vivido juntos algo que nadie más superaría. Habéis tenido éxito contra todo pronóstico y cada obstáculo que habéis superado os ha fortalecido. Mi relación con Cayson es aburrida en comparación con la vuestra. Nosotros deberíamos admiraros a vosotros, y no al revés.

El corazón me revoloteó en el pecho cuando entendí el significado de sus palabras. Slade y yo teníamos una relación complicada y diferente, pero lo que había entre nosotros era imposible de negar. Por primera vez, dejé de preocuparme por perderlo porque supe que era mío para siempre... hasta si él no lo sabía todavía.

—YA ERA hora de que se fuese ese puto gorila. —Slade entró y se dirigió hacia mí, que estaba sentada en el sofá. Me rodeó con sus brazos y me besó con dureza en los labios. Me apretó contra su pecho como un niño aferrándose

a un osito de peluche.

Me reí contra sus labios y luego me aparté.

Me retiró el pelo de la cara con la mano y luego la cerró a su alrededor, uniéndome a él. Su contacto se había vuelto más posesivo y territorial a medida que progresaba nuestra relación. Cuando alguien me apartaba de él, se ponía nervioso, irritado por la pérdida.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Fatal —soltó sin contemplaciones—. ¿Te has tomado tus medicinas?

Asentí.

—Sip.

—¿Tienes bien la pierna?

—Slade, estoy perfectamente. —Manteníamos la misma conversación todos los días—. Si me duele algo, te lo diré.

—De acuerdo. —Apoyó la cabeza contra mi pómulo—. ¿Qué tal con tu padre?

—Bastante mal...

Inspiró hondo y suspiró.

—Tuvimos una pelea horrible y nos dijimos cosas muy crueles. Luego se marchó hecho una furia.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque sabía que volvería, cosa que hizo.

Se relajó levemente.

—Me odia, ¿verdad?

—No.

—No me dores la píldora, Trin. Puedo soportarlo.

—No te odia —afirmé con rotundidad—. Pero me parece que cree que no me quieres de verdad, y no confía en ti porque hiciste las cosas a sus espaldas... Está enfadado contigo por un montón de cosas, pero nunca podría odiarte, Slade. Te quiere.

Sabía que no estaba totalmente convencido aunque no discutiese conmigo.

—Tengo que arreglar este asunto... pero es que no sé cómo.

—Pasará antes o después... tú sólo dale tiempo.

—No soy un hombre paciente, eso ya lo sabes.

—Sí que lo eres —dije en voz baja—. Has sido paciente conmigo y has arriesgado mucho sólo para estar conmigo.

Se apartó y me miró con ternura.

—Bueno, tú eres un premio que haría lo que fuera por conservar.

Me apoyé en él e inhalé su aroma, feliz de volver a estar entre sus brazos. Su calidez y su tacto, tan familiares, me tranquilizaron. Echaba de menos a mi padre, pero a Slade lo había echado todavía más de menos. Me acarició el pelo suavemente y luego bajó la vista hacia mí.

Yo lo miré y vi las ojeras que tenía bajo los ojos.

—Estás hecho un asco.

Se rio y me miró con cariño.

—No puedo dormir sin ti. No sé muy bien por qué me molestó en intentarlo siquiera...

—Yo tampoco he podido dormir bien...

—Esta noche pienso recuperar el sueño perdido. —Me apoyó la barbilla en la cabeza y me mecía suavemente.

—¿Quieres que nos acostemos ya?

—Pero si no son ni las nueve —dijo él—. Debes de estar aburridísima. ¿Por qué no salimos y hacemos algo?



—¿Como qué? —pregunté con una carcajada—. Estoy inválida.

—¿Y? —preguntó—. Podemos salir a cenar, a ver una película... millones de cosas.

—¿Y avergonzarte? No, gracias.

Se puso rígido y movió inconscientemente las manos.

—¿Avergonzarme? —me dijo enfadado—. Trinity, tú nunca podrías avergonzarme. Sigo tan colado por ti como la primera vez que lo hicimos. No vuelvas a decir eso.

Guardé silencio para dejar morir la discusión.

—Te lo volveré a preguntar: ¿Quieres que salgamos?

—La verdad es que no, prefiero estar simplemente tumbada en la cama contigo.

—Si eso es lo que quieres... —Me levantó del sofá y me llevó hasta la cama. Me cambió de ropa y se desvistió antes de meterse en la cama a mi lado. Se inclinó sobre mí, apoyando su cabeza en la mía—. Sé que no podemos hacerlo, pero... ¿te puedo besar?

—¿Y más cosas...? —pregunté esperanzada.

—No, sólo quiero besarte.

—¿Y estar toda la noche frustrado?

Arqueó una ceja.

—Admito que me excito cuando nos enrollamos, pero también estoy satisfecho. Lo que más me gusta hacer contigo es besarte.

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendida. Aquello no podía ser.

—Sí —afirmó sin dudar—. No suelo besar a las chicas con las que me acuesto porque es aburrido e incómodo, pero contigo... es lo que más me gusta. Hacemos el amor con los labios y mi corazón late a la vez que el tuyo. Me siento conectado contigo y todo lo demás desaparece. Sólo estamos nosotros.

Slade continuaba sorprendiéndome, incluso ahora. Su corazón y su amor me envolvían como el capullo de una mariposa. Cuando decía aquellas cosas, tenía la certeza de que nunca me haría sufrir. Era la única mujer a la que había amado, la única que le importaba de verdad. Aunque hubiera estado con cientos de mujeres, ninguna había significado nada. En ese sentido, yo era la única.

Se puso encima de mí y apretó sus labios contra los míos, dándome un beso con la boca cerrada. En cuanto nos tocamos, el corazón se me quiso salir del pecho y morí de deseo por él. Me aferré a él mientras esperaba. Él respiraba en mi boca, y cuando su lengua tocó la mía, me derretí. A pesar de estar vestidos, nuestros cuerpos estaban conectados.

E hicimos el amor, pero sólo con nuestras bocas.

ONCE

## Slade

---

Conrad me evitaba a toda costa. Las veces en que nos cruzábamos, apretaba los puños y me dedicaba una mirada asesina. Luego salía hecho una furia en sentido opuesto emanando odio por todos sus poros mientras se alejaba. Roland, su media naranja, se comportaba igual conmigo.

Yo sabía que tenía que hablar con él para disipar la tensión, pero era evidente que no estaba preparado para enfrentarse a mí. Y, sinceramente, yo lo estaba evitando. Sospechaba que se liaría a darme puñetazos en la cara y en la tripa. Yo no dudaría en darle una buena paliza en cualquier otra situación, pero como era el hermano de mi novia (todavía me resultaba raro decir aquello), no podía devolverle los golpes. Tendría que recibirlos y quedarme quieto.

El estrés me iba pesando más en el corazón con cada día que pasaba. Estaba constantemente preocupado por Trinity: me aseguraba de que estuviera curándose adecuadamente, de que descansara mucho y de que se alimentara bien. La llevaba a todas sus clases en la silla de ruedas y luego la recogía cuando había terminado. Llegaba tarde a mis clases y salía pronto de algunas sólo para adaptarme a ella. Me daba igual. Ella tenía que saber que yo siempre estaría ahí, que no me importaba cuidarla.

Mi único amigo era Cayson, con él no había cambiado nada. Permanecía a mi lado cuando lo necesitaba, aunque fuera en silencio. Sabía que estaba pasando un mal momento aunque yo nunca lo dijera. Lo último que quería hacer era volcar mi estrés en Trinity, que necesitaba estar calmada y relajada. Cayson asumía aquel papel.

—No sé qué hacer... —Tenía la cerveza delante de mí intacta.

—¿Sobre qué? ¿Conrad?

—No...

—¿El resto de la familia?

Sólo estaba recordándome lo mala que era la situación.

—No...

—¿Su padre?

Asentí.

—Cada vez que me mira, irradia odio. Sé que le dan ganas de darme un puñetazo en la cara. La única razón por la que no lo ha hecho es porque mi padre lo mataría y Trinity se pondría furiosa.

—No te odia. —Apoyó los codos en la mesa, ignorando su cerveza como yo ignoraba la mía.

—No me vengas con bobadas —solté—. Puedo afrontar la verdad.

—Está cabreado contigo y probablemente sí que quiera darte una buena paliza, pero no, no te odia, Slade.

—Debería...

Cayson levantó una ceja.

—Lo que le hice a Trinity estuvo mal. Me odio a mí mismo...

—No te sigo.

—Que ahora la quiera y la valore no hace que mis actos anteriores estuvieran bien. Me aproveché de ella y la usé como a todas las otras fulanas que han pasado por mi vida. Ella es de mi familia. No debería haberlo hecho.

—¿Te arrepientes de verdad? —preguntó con incredulidad—. Porque dejando todo este drama de lado, ella te hace la hostia de feliz.

No, no me arrepentía.

—Podría haber terminado de otra manera.

—Pero no ha sido así. —Me miró con determinación—. Eso es lo único que importa.

—¿Qué debería hacer con su padre? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Nunca he estado en una situación así.

Vaya manera de restregármelo.

—¿Qué harías tú en caso de estar así?

Pensó durante un momento mientras tocaba el vaso.

—Hablaría con él cara a cara.

—¿Cómo? —pregunté—. Estamos a dos horas de distancia.

—Vete a su despacho en coche y habla con él.

—¿Mientras está en el trabajo? —pregunté con incredulidad.

—Sí. Cassandra no estará allí, así que estaréis los dos solos. Y estarás en su ambiente, donde se siente más poderoso y más cómodo. Creo que ese sería el mejor momento. Además, si vas conduciendo hasta allí sólo para hablar con él, demostrarás que realmente quieres arreglar las cosas.

Imaginaba que aquella era la mejor forma de enfocarlo.

—Y no te eches atrás. Aunque vaya a por ti, tú no cedas. Demuéstrale que te haces valer y que no puede ahuyentarte, que no vas a ignorar la situación hasta que te perdone. En todo caso, eso demostrará lo mucho que te importa Trinity sin que lo digas de verdad. Mike es un hombre frío. Quiere saber que su hija está con alguien tan fuerte como él.

—Ese tío es un puto tiburón toro.

—Tú eres casi igual de grande que él.

—Pero tiene esa mirada de loco... No me sorprendería que hubiera matado a alguien en algún momento de su vida.

—Pues más razón para demostrarle que no vas a retroceder.

—¿Es que esto es un puto programa de naturaleza? —solté—. ¿Él es un oso y yo soy un excursionista?

Intenté no reírme.

—Por si esto te ayuda... Si corres, te perseguirá. Si te mantienes firme, puede que retroceda.

—¿Puede? —pregunté asombrado—. O puede que me dé un zarpazo y me mate.

Se encogió de hombros.

—No somos muy diferentes a los animales.

—Buah, ojalá fuera un hipopótamo. Acabaría con él. ¿Sabes que el hipopótamo es el asesino número uno de África?

Sonrió.

—¿De verdad?

—Sí. Esos bichos son unos psicópatas territoriales. ¿Y sabías que son el tercer animal terrestre más grande del mundo?

Cayson me miró como si estuviera loco.

—No empieces a soltar esas paridas cuando hables con Mike. No le van a impresionar.

—¿Sabes cuál es el animal terrestre más grande del mundo?

—¿De verdad me lo tienes que preguntar?

—Los elefantes.

—Fascinante —dijo sarcásticamente—. ¿Estás estudiando Historia o Zoología?

Ignoré su comentario.

—De todas formas, ¿cómo sabías eso?

Me encogí de hombros.

—Lo leí.

—¿Dónde? —insistió.

—En la tapa de un zumo.

Miró hacia el techo.

—Me lo tendría que haber imaginado...

—Oye, que enseñan un montón de cosas —rebatí.

—¿Y a Trinity esto le parece interesante?

—A ella le parece interesante todo lo que yo digo.

Negó con la cabeza.

—No dejes que se te escape, tío.

Entrecerré los ojos y lo fulminé con la mirada.

—Al lío... ¿vas a hablar con él?

—Tengo que cuidar de Trinity —dije con un suspiro—. Ella es más importante.

—Cuidaré de ella mientras no estés.

—¿En serio? —pregunté sorprendido.

Pareció ofendido.

—Es de mi familia, Slade. Claro que no me importa.

Supuse que me sentía más posesivo con ella de lo que pensaba.

—Yo cuidaré de ella —me aseguré—. Estudio Medicina, ¿te acuerdas?

Se me había olvidado.

—Vale. Sólo estaré fuera unas horas...

—Buena suerte.



—Si muero, puedes quedarte con todas mis cosas.

—¿No se las darías a Trinity? —preguntó.

—No las querría. Es un montón de mierda.

—Vaya... Gracias por ser tan generoso —dijo sarcásticamente.

Me bebí la cerveza entera cuando pensé en lo que tenía que hacer.

—Uff... Dispárame.

Cayson hizo una pistola con la mano y fingió que me disparaba.

—Pum, pum.

LE DIJE a Trinity que tenía que encargarme de algo para el estudio con mi padre. Prefería que no supiera que iba a reunirme con su padre porque no quería que se hiciera esperanzas. Él no iba a perdonarme con facilidad. Estaba bastante seguro de que me echaría de su despacho y de que aquel sería el final de la historia. Y eso le haría daño a Trinity, así que era mejor que no lo supiese. Por suerte, Cayson iba a cuidar de ella mientras yo no estaba, y sabía que lo haría bien. No le confiaría su cuidado a nadie que no fuera él.

Cuando llegué al edificio, entré en el vestíbulo y me puse nervioso de inmediato. Su imperio estaba cubierto de mostradores de granito y de suelos enlosados impecables. Cada centímetro resultaba intimidante.

Después de pasar el control de seguridad, subí a la planta alta y salí del ascensor. Los despachos de Mike y Sean estaban en la parte posterior y ocupaban la mitad de aquel piso. Pasé por los ventanales y me crucé con gente que iba de un lado a otro. Aquel día me había puesto unos pantalones de vestir y una camisa para taparme los brazos e intentar parecer profesional. Presentarme con aspecto de matón no me ayudaría en aquella situación.

Cuando llegué al escritorio de su secretario, oí una voz familiar.

—¿Slade? —El tío Sean caminó hasta mí; sujetaba una carpeta con una mano y tenía la otra metida en el bolsillo. Llevaba una corbata azul oscuro y sus ojos

se llenaron de confusión al verme—. ¿Va todo bien?

—Hola, tío Sean. —Me giré hacia él, pero no lo abracé como haría normalmente—. He venido a ver al tío Mike.

Asintió para mostrar que me comprendía.

—Buena suerte con eso. —Su voz dejaba traslucir un toque de humor.

—Gracias —dije sarcásticamente.

Me agarró el hombro.

—Todo saldrá bien, muchacho.

—Para ti es fácil decirlo...

Dejó escapar una pequeña risita.

—Tengo que marcharme. Ya nos veremos.

—Adiós.

Entró en el ascensor y desapareció.

Me giré hacia su secretario, un chico joven que parecía recién salido de la universidad.

—He venido a ver a Mike.

Parecía que le hubiera dado un bofetón.

—¿Se refiere al señor Preston?

No estaba acostumbrado a llamarlo así.

—Sí, perdón.

—¿Tiene cita?

Cuando lo miré a los ojos, supe que ya conocía la respuesta y me di cuenta de que había odiado que me refiriera a su jefe por su nombre de pila.

—No, pero...

—El señor Preston es un hombre muy ocupado y no tiene tiempo para visitas sin cita. A lo mejor está buscando usted un salón de belleza.

Me dieron ganas de soltarle un bofetón y poner a aquel imbécil en su lugar, pero me contuve... por Trinity.

—¿Puede decirle que estoy aquí? Me conoce.

—También conoce a madre, pero no la quiere ver aquí.

No estalles. No estalles. No estalles.

—Si no se va ahora mismo, llamaré a seguridad —amenazó—. Así que le sugiero que se largue.

—Vincent. —La profunda voz de Mike interrumpió nuestra conversación. Estaba de pie en el umbral de la puerta de su despacho.

El secretario se levantó y lo miró.

—Hola, señor. Yo me ocupo de esto, no se preocupe.

Mike posó su lúgubre mirada en mí. Se percató de mi atuendo y del modo en que me había peinado en lugar de dejarme el pelo revuelto. No parecía contento de verme, pero tampoco parecía que quisiera matarme.

—Pasa. —Volvió a meterse en su despacho sin esperarme.

Le dediqué a Vincent una mirada iracunda que claramente decía: «Chúpate esa, imbécil».

Entré en el despacho y cerré la puerta detrás de mí. Después del chasquido que hizo la puerta al cerrarse, no se oyó ni un ruido. Sólo el silencio hacía eco en la sala. Los ventanales conformaban la pared del fondo y había dos sofás en el rincón, además de una pila de revistas de moda que probablemente pertenecían a su mujer, Cassandra. Las estanterías de las paredes mostraban fotos de su mujer y sus hijos. La vida de Trinity estaba representada en sus retratos: desde los recitales de danza y los juegos de *softball* de su infancia hasta su graduación y la última Navidad. Los suelos eran de parqué y todo el mobiliario estaba tallado en madera de caoba oscura. El escritorio era grande y estaba colocado cerca de la ventana.

Mike estaba en pie delante de la mesa con las manos metidas en los bolsillos. Tenía los hombros anchos y el pecho amplio, y el traje intimidaba a cualquiera, aunque no a mí.

—¿Qué quieres? —Se cruzó de brazos y me miró como si fuera un bicho al que quisiera aplastar—. Porque soy un hombre ocupado que tiene un millón de cosas más que hacer antes que aguantarte.

Aquello no iba a ser divertido.

—Esperaba que pudieras concederme un minuto de tu tiempo —dije con educación.

—Ya has gastado uno quedándote ahí de pie.

Y una mierda que no me odiaba. Di un paso al frente manteniendo las manos a los costados y mostrándome lo más respetuoso posible. Nunca se me había dado bien causar una buena impresión y nunca había tenido novia, así que no sabía cómo tratar a su padre. Conocer a Mike desde siempre no estaba jugando a mi favor en ese momento.

—He venido a disculparme.

—¿Por qué? —espetó.

¿Iba a obligarme a decirlo?

—Por estar con Trinity y mantenerlo en secreto.

No reaccionó en absoluto. Era como si no me hubiera oído.

—Pero es que no lo sientes, así que ¿por qué me estás haciendo perder el tiempo?

—Sí que lo siento.

—No, no lo sientes. —Me desafió a corregirlo—. Usaste a mi hija como si fuera basura. Me importa una mierda lo que hagas con tu polla o dónde la metas, pero daba por hecho que me respetabas lo suficiente, que te importaba lo suficiente, hasta que me querías lo suficiente como para hacerle una putada así a Trinity, que lo es todo para mí. Eso no está bien y nunca lo estará.

Bajé la vista al suelo, sintiéndome culpable.

—Mírame cuando hables conmigo.

Lo miré a los ojos sin acobardarme.

—¿Te crees que no sé qué es lo que está pasando? Tú no quieres a mi hija. Nunca cuidarás de ella y nunca te vas a quedar a su lado. La abandonarás cuando te canses de ella y encuentres a otra modelito, y la dejarás con el corazón roto y hecha un mar de lágrimas. ¿Cómo has podido hacerme esto? Preferiría que me hubieras dado una puñalada en las tripas. —Tiró todo lo que había encima la mesa: los bolígrafos, las carpetas y las fotos. Lo único que quedó fue su ordenador. Dio vueltas por la oficina frotándose el labio inferior con los dedos como si le hubiera dado un puñetazo.

Yo no me achanté ante su hostilidad. Me mantuve firme, negándome a dejarme intimidar por él. Aunque me enfadaron sus palabras, lo oculté.

—Quiero a Trinity. No lo diría si no fuese cierto.

Me daba la espalda mientras miraba por la ventana, contemplando la ciudad que yacía a sus pies.

—Te puso en evidencia y no supiste qué otra cosa hacer. Lo dijiste para salvar tu propio pellejo.

—Me halaga que creas que soy un actor tan espléndido, pero no, no estaba mintiendo. Aquellas lágrimas eran reales. Y las palabras me salieron del corazón.

Se dio la vuelta con fuego en los ojos.

—Sal de mi despacho y no vuelvas.

—No. —No me moví.

No le gustaba que lo desafiaran.

—¿Crees que porque tu padre sea mi mejor amigo no te voy a partir la cara?

—No. Sé que no lo vas a hacer porque quiero a tu hija. Y sabes lo mucho que ella me quiere. —Decir aquello era toda una impertinencia y probablemente también una estupidez.

Tensó la mandíbula con un enfado todavía evidente.

—Si sientes algún respeto por mí, la dejarás antes de que sufra todavía más.

—No voy a ir a ningún sitio. Entiendo por qué te cuesta creerlo, pero...

—Vamos a dejarnos de rollos, Slade. Usaste a mi hija y la trataste como a una puta sin ningún valor. Aunque tus sentimientos fueran auténticos, eso no borraría lo que hiciste. Trinity se merece mucho, pero que mucho más de lo que tú le diste y nunca te perdonaré por deshonrarla así... jamás.

Las palabras me cayeron encima como salpicaduras de ácido. Tragué el dolor que sentía en la garganta e intenté ignorar cuánto me hacía sufrir.

—A lo mejor con el tiempo cambias de opinión.

Soltó una risa aguda y fría.

—No, no lo haré.

—Pues entonces vas a tener que aguantarme mucho tiempo porque no me voy a ir a ninguna parte. Es una pena.

A Mike no le hizo ninguna gracia esa respuesta. Entrecerró los ojos con actitud amenazante.

—Lárgate. Ahora.

Lo único que había conseguido era cabrearlo más aún. Me di la vuelta y salí de allí, cerrando la puerta de un portazo. Vincent vio cómo me alejaba con resentimiento en los ojos.

Sean salió del ascensor.

—¿Qué tal...?

—Déjame en paz. —No le dejé decir una palabra más.

—JODER, ¿así de mal? —preguntó Cayson.

Me hundí más en el reservado y apoyé la cara en las manos.

—Me llevaba mejor con él antes de ir allí.

—Inténtalo otra vez —dijo con un suspiro.

Le dirigí una mirada de incredulidad.

—¿Es que no has oído lo que he dicho? Que me amenazó con partirme la cara.

—No lo decía en serio.

—Tú no estabas allí. Y sí que lo decía en serio.

—No puedes rendirte.

—No voy a hacerlo. De eso nada.

Cayson me dedicó una mirada de complicidad cargada de palabras, a pesar de que no dijo ninguna.

Puse los ojos en blanco.

—¡Maldita Trinity!

—No la culpes a ella. Es culpa de los dos.

—Mike no lo ve así.

—Sólo es protector con ella...

—Sí, ya me he dado cuenta... —dije con sarcasmo.

—Slade, tú sigue intentándolo.

—Uf, ojalá tuviera una enfermedad incurable para que fuera amable conmigo.

Cayson me miró con fastidio.

—Sé que las cosas están mal, pero no tanto.

—Tampoco es como si la hubiese dejado preñada.

Abrió los ojos de par en par.

—No, ¿no?

—¡No!

—Más te vale. Dios, entonces sí que te partiría la cara.

—Joder, me la partiría yo mismo.

Cayson se recostó en la silla.

—Ojalá pudiera ayudar, pero no puedo. Sólo espero que entiendas su punto de vista.

Le dediqué una mirada que podría matar.

—Más te vale no estar poniéndote de su parte.

—No —afirmó de inmediato—. Pero Sean me dijo algo que no olvidaré nunca cuando le pedí permiso.

—Como no le gustan las citas...

Cayson ignoró la pulla.

—Dijo que el mayor miedo de un padre es que su hija acabe con alguien que no sea lo bastante bueno.

Puse los ojos en blanco.

—Teniendo en cuenta tus antecedentes... es comprensible que tenga miedo.

—Pero yo la quiero.

Se encogió de hombros.

—Mucha gente dice esas palabras, pero no las dicen de verdad. A lo mejor cree que tú eres uno de ellos.

¿Por qué aquello era tan complicado?

—¿Crees que puedo con él?

—No —dijo con gesto serio—. Y espero que sea una broma.

—Sí... —Lo cierto era que no.

—Saldrás de esta, tío.

—¿Puedes hacerlo tú por mí? —pregunté desesperadamente.



—No creo que eso diera resultado.

—Tienes razón... Mike te pediría que salieras tú con ella. —Puse los ojos en blanco—. Soy Cayson, soy perfecto. Las chicas me adoran. Soy muy dulce y bla bla bla. Todos los padres quieren que esté con sus hijas. Bla bla.

—Cuando miré a Cayson, no parecía contento.

—Sé que estás pasando por un mal momento, así que voy a dejarlo pasar...

Seguí murmurando.

—Voy a ir a la Facultad de Medicina... Siempre hago lo correcto.

Imitó mi voz.

—Soy Slade. ¿Sabías que el ave más grande es el avestruz? ¿Sabías que el reptil más grande es el cocodrilo africano? ¿Que cómo lo sé? Ah, es que lo único que leo es la parte de abajo de las tapas de los zumos...

Tenía que admitir que me había clavado. Intenté no reírme, pero se me escapó de todas formas.

—Vete a la mierda...

—Sólo si vienes conmigo.

Sonreí, bajé la mirada y di un trago a mi cerveza.

—Gracias por hacerme sentir mejor.

—De nada. —Chocó su botellín contra el mío—. A la próxima invito yo.

—Creía que invitabas tú a todas.

—Gorrón —murmuró.

—Prefiero cazafortunas.

Se rio.

—Supongo que soy tu papá ricachón.

—Tener novia es la leche de caro, así que necesito ahorrar dinero siempre que pueda.

—Al menos ella no come como un buitre como Skye.

—Uhh... Voy a contarle que has dicho eso.

—Como si no lo supiera. —Se rio y luego se acabó la cerveza—. Se lo digo a la cara todos los días.

—Qué romántico —dije sarcásticamente—. Espero que Trinity y yo seamos igual de felices que vosotros algún día...

Se puso serio y una sonrisa asomó ligeramente a sus labios.

—Creo que ya lo sois.

SEAN me vio esperando junto al escritorio de Vincent.

—¿Segundo asalto?

Sentía pánico. No tenía nada nuevo que decir y él tampoco, pero debía intentarlo.

—Algo así...

—Hay un botiquín de primeros auxilios en mi despacho si lo necesitas...

—Le diré a Vincent que llame a urgencias.

Me dio unas palmaditas en el hombro.

—Buen plan. —Luego se alejó.

Me senté en la silla y vi al tío Mike por la ventana de su despacho. Estaba hablando con un hombre trajeado, probablemente de algo relacionado con los negocios. Miré mi reloj y vi que llevaba una hora allí sentado. Me haría esperar el día entero porque no le importaba.

Media hora más tarde, su colega por fin se marchó.

Mike le dio un apretón de manos y le dirigió una sonrisa antes de que el hombre saliera de su despacho.

Después me miró con una irritación que resultaba evidente por su mueca agresiva.

Lo saludé con la mano.

—¿Qué tal?

Apretó la mandíbula porque no le había hecho gracia.

Vincent parecía incómodo, como si tuviera miedo de haber cabreado a su jefe.

Mike se comportaba con profesionalidad delante de sus empleados.

—Ven. Ahora.

¿Por qué siempre tenía que hablar como un cavernícola? Entré vestido con una camisa y unos pantalones de traje. Odiaba ponerme cualquier cosa que no fueran camisetas y vaqueros, y Mike lo sabía. Creía que eso significaría algo para él.

—Hola. ¿Qué tal va todo?

Mike cerró de un portazo y me miró furioso.

—¿Qué. Es. Lo. Que. Quieres?

—A Trinity. —Aquella era la forma más rápida y sincera de describir por qué me encontraba allí.

—Pues no puedes tenerla. ¿Algo más?

—Bueno, en realidad ya es mía...

Tensó la mandíbula y cerró la mano en un puño.

—No tengo nada más que decirte. Te dije lo que sentía al respecto. Tu falta de respeto sólo está consiguiendo molestarme.

—Tú también eres molesto. Parece que estamos en paz.

Entrecerró los ojos.

—¿Quieres que te mate? Porque lo haré.

—Sé que es un farol. A lo mejor a mí no me quieres, pero sé que a Trinity sí.

Y mientras eso siga siendo verdad, estoy a salvo.

—Puto chulito de mierda... —Se dirigió a su escritorio y se sentó en su silla de cuero.

Yo me quedé de pie delante de su escritorio.

—Me disculparé contigo todas las veces que haga falta. Si crees que me vas a asustar y me voy a ir, te equivocas. Arreglaré las cosas entre nosotros.

—El daño ya está hecho —dijo sombríamente.

—Entonces lo repararé —aseguré con firmeza—. Quiero a tu hija y la trato como a una puta reina. Le doy todo lo que puedo y vivo para hacerla feliz. La llevo a cenar, a partidos, al cine... a todas partes. Y ni miro a otras mujeres. Soy suyo y le soy fiel. Siento que las cosas no empezaran así, pero así es como estamos ahora. Los dos somos felices y significaría mucho para mí que me mirases a los ojos y me perdonaras.

No me miró a los ojos.

—Márchate. Y esta vez no vuelvas.

Lo observé entornando los ojos.

—Siempre te he admirado por ser tan generoso y compasivo. Eres uno de los hombres más fuertes que conozco, pero también sé que eres el más amable. Y teniendo en cuenta que tú has dado muchas vueltas y tienes más trapos sucios que yo, te garantizo que pareces increíblemente frío e hipócrita.

Se levantó lentamente de la silla.

—¿Qué te hace pensar que me puedes hablar así? —Se inclinó sobre la mesa, acercándose a mí.

Yo no me inmuté.

—Yo mismo. Vas a darme lo que quiero o te estaré molestando para siempre.

—¿Te ha metido en esto Trinity?

—No.

—Mentiroso de mierda.

Ahora me estaba enfadando.

—Puede que sea un capullo y un cabrón, pero no soy un mentiroso. Si lo fuera, me habría cubierto las espaldas contándote mentiras sobre cómo empezamos Trinity y yo, y no lo he hecho ni una sola vez. Admito que no soy perfecto y que tengo muchos problemas, pero Trinity también. Estamos genial juntos, somos las dos caras de una misma moneda. No dejas de culparme a mí por lo que pasó, pero tu hija lo provocó tanto como yo. Ella quería hacerlo por las mismas razones. Así que deja de condenarme como si yo fuera el malo cuando tu hija es igual de responsable. Piensa en ello y seguiremos hablando del tema cuando vuelva.

Me miraba como si acabara de darle un bofetón en la cara.

—Hasta la próxima. —Salí de su despacho y cerré de un portazo como la última vez.

CAYSON INTENTÓ NO REÍRSE.

—No me puedo creer que le dijeras eso.

—No me voy a poner a lamerle el culo a menos que se lo merezca. Me está tratando como a una mierda y no voy a tolerarlo. Me disculparé y le demostraré cuánto me importa Trinity, pero si él empuja, yo pienso empujar más fuerte.

Cayson se tapó la cara e intentó sofocar sus carcajadas.

—Esto va a durar años... Lo presiento.

—Pues mira, muy bien. Seguiré yendo a su despacho.

—Tío, Trinity tiene que serlo todo para ti si lo sigues intentando.

Así era. Sabía lo unida que estaba a su padre y me negaba a perjudicar su relación. Puede que yo estuviera molesto con Mike, pero quería que él y Trinity tuvieran lo que siempre habían tenido. Simplemente tendría que

esforzarme más para lograrlo.

—¿Trinity sabe todo esto?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Cayson.

—Ahora mismo no quiero estresarla. Está yendo a rehabilitación e intentando recuperarse. Necesita estar relajada. Por eso estoy desahogándome contigo todos los días.

—Pues a mí siempre me tienes aquí, tío.

—Ya lo sé... —Miré hacia el bar y vi a Conrad y a Roland. No parecía que se hubieran percatado todavía de nuestra presencia.

—Skye dice que Trinity y ella han estado trabajando en el libro de bocetos de Trinity —dijo Cayson—. Al menos está entretenida.

Yo no estaba escuchando.

—Ha venido Conrad.

Cayson miró por encima de mi hombro y siguió mi mirada.

—No sabe que estás aquí. Si lo supiera, se habría largado.

—¿Por qué coño está tan enfadado conmigo por esto? ¿Por qué todos los hombres Preston son una putas niñas?

Cayson se rio.

—No estoy seguro. Como soy tu mejor amigo, Conrad no me ha contado gran cosa.

—En serio, este drama es una estupidez.

Cayson se encogió de hombros.

—No podría estar más de acuerdo.

—Voy a hablar con él. —Salí del reservado rápidamente.

—A lo mejor deberías esperar... Puede que esté bebiendo.

—Me la pela. —Crucé la sala hasta llegar a él. Me puse a sus espaldas y le di unos golpecitos en el hombro.

Se dio la vuelta esperando ver a cualquiera menos a mí. Se le puso cara larga de inmediato y el enfado empezó a bullir en sus ojos.

—Esto ya ha durado lo bastante. Vamos a hablar.

—Apártate de mí, gilipollas. —Se alejó.

Roland nos observaba a ambos, pero guardaba silencio.

—No. —Me apoyé contra la mesa y los miré—. ¿Qué puto problema tienes? ¿Tanto te enfada que esté saliendo con tu hermana?

Apretó la mano en un puño.

—Conrad, no —dijo Roland con calma.

Relajó la mano.

—Bien —dije—, porque los dos sabemos que te daría una paliza de muerte con una sola mano.

Me miró con el ceño fruncido, adoptando un sorprendente parecido con su padre.

—Que te jodan, Slade. No quiero ni que me mires.

—Mira, quiero a tu hermana. ¿O es que no me oíste decirlo en el hospital? ¿No? Vale, pues te lo voy a repetir. —Me acerqué a su cara—. Quiero a tu puta hermana.

Conrad estaba a punto de estallar.

—Estoy a punto de romperte el vaso en la cabeza.

—Pues qué suerte que tenga una placa de acero.

Se levantó, listo para darme un puñetazo.

Roland lo agarró y lo retuvo.

—No lo hagas. No merece la pena.

Yo permanecí donde estaba con los brazos a los costados.

Cayson estaba a mi lado con una mano sobre mi hombro.

—Relájate y deja el tema. Si das una paliza a Conrad, Mike no te perdonará nunca.

Aquello pareció devolverme a la realidad. Me zafé de su mano y salí con decisión, agradecido al sentir el aire fresco.

CUANDO FUI a la oficina de Mike, ignoró mi existencia.

—Dice que no tiene tiempo para recibirlo —explicó Vincent con voz tensa.

—En algún momento tendrá que comer.

—Dudo que quiera hacerlo con usted.

—Bueno, pues me quedaré aquí sentado esperando. —Me senté en una silla de cuero.

Vincent me miró con recelo.

—Va a perder el tiempo.

—Probablemente tengas razón. —Puse un tobillo en la otra rodilla y las manos en el regazo, y me dediqué a mirar a Mike a través de la ventana de su despacho. No saqué el teléfono ni me entretuve de ninguna otra manera. Simplemente me quedé observándolo, consciente de que percibía mi mirada abrasadora atravesándole la piel.

Sean salió de su despacho y me vio.

—¿Estás bien, muchacho?

—Perfectamente, tío Sean. —Continué mirando a Mike.

Siguió mi mirada y se giró hacia mí.

—¿Quieres un café?



—No, gracias.

—¿Comida? Estoy a punto de comer.

—No, gracias.

—De acuerdo. —Me dio unas palmaditas en el hombro y se fue.

Pasaron horas sin que yo me moviera.

Mike lanzaba miradas por la ventana y me veía allí sentado esperando. Pulsó un botón de su escritorio y las persianas taparon las ventanas para que no pudiera verlo. Apreté la mandíbula, pero no me moví.

Vincent me miró.

—Creo que debería captar la indirecta...

Cuando llegó la hora de comer, el estómago empezó a rugirme, pero no me moví.

Un hombre entró en la planta con una bandeja en las manos. Llamó con los nudillos a la puerta de Mike y entró. Cuando se marchó, no llevaba la bandeja. Mike se había quedado a comer en su despacho para evitarme.

Yo seguía sin marcharme.

Cuando la jornada laboral casi había terminado, Sean salió de su despacho y se fijó en mí.

—¿Sigues aquí?

—Sí.

Me miró con tristeza.

—Por si sirve de algo, creo que mi hermano está siendo demasiado duro contigo.

—¿Y si fuera Skye?

Aquello cambió su actitud de inmediato.

—Vale, ahora entiendo su punto de vista un poco mejor...

—Sé que tendré que esforzarme mucho para que me perdone, pero lo haré.

Me dio unos golpecitos en el hombro.

—Le diré a mi ayudante que te traiga algo de comer.

—No quiero nada —dije con firmeza. Me negaba a comer nada que pudiera pagar Mike—. Pero gracias.

Suspiró.

—Vale, pero la oficina va a cerrar dentro de poco. No creo que vaya a recibirte.

—En algún momento se marchará.

Me sonrió con tristeza y luego se alejó.

A las cinco, la gente empezó a irse a casa. Vincent recogió y esperó pacientemente a que su jefe se fuera primero.

Yo me quedé en mi asiento esperando con paciencia.

Mike finalmente salió con el maletín en la mano. Se abotonó la chaqueta antes de cerrar la puerta con llave. Cuando se dio la vuelta, me vio sentado exactamente donde estaba aquella mañana. La sorpresa que vi en sus ojos me indicó que había dado por hecho que ya me había marchado.

—Sí, sigo aquí.

Se dirigió hacia el ascensor.

—Vincent, asegúrate de sacar esta basura a la calle cuando salgas.

Vincent me miró con pena antes de girarse hacia su jefe.

—Por supuesto, señor.

Me quedé donde estaba y lo vi entrar en el ascensor. Me miró con hostilidad mientras esperaba a que las puertas se cerrasen. Aquellas situaciones normalmente eran incómodas, pero ahora no era el caso. Era tensa, violenta y amenazadora. Los dos librábamos una batalla con los ojos, despreciándonos en la misma medida. Por fin, las puertas se cerraron y yo me levanté.

—Llevo mucho tiempo trabajando para el señor Preston. No perdona con facilidad y, una vez que toma una decisión, nunca cambia de opinión.

—Bueno, pues esta vez hará una excepción.

Me dirigió una mirada triste.

—Buena suerte con eso...

Salí de la oficina y me fui a casa en coche, a sabiendas de que regresaría allí en unos días para volver a malgastar mi tiempo.

PASÓ un mes y yo continuaba presentándome en la oficina de Mike. Él nunca me recibía, se reunía conmigo ni me miraba siquiera. Como si fuera una mosca en la pared, me ignoraba, pero sabía que estaba allí. Mientras no me acercara demasiado, no me aplastaría.

Me quedé exactamente en el mismo lugar, sentado en mi silla habitual. Sean siempre venía a ver cómo estaba e intentaba traerme comida, pero yo siempre la rechazaba. Vincent se fue ablandando y al parecer empezó a admirar mi resistencia y determinación.

—¿Qué has hecho para cabrearlo? —preguntó mientras organizaba los papeles en su escritorio.

—Estoy saliendo con su hija.

Se encogió durante un instante antes de continuar trabajando.

—Entiendo...

—Y no le hace demasiada gracia la forma en que empezamos.

—El señor Preston es un hombre generoso y compasivo. Hace falta mucho para provocarlo y normalmente deja pasar las peores atrocidades. Pero cuando se trata de su familia... es una persona diferente.

—Lo sé.

—Tienes un largo camino por delante. Tómatelo con calma.

—No hace falta que me lo recuerdes —dije con amargura.

Las horas pasaban y yo seguía en mi sitio. Tenía sed, pero no me moví. El aburrimiento me estaba matando y quería jugar con el teléfono o escribir a Trinity, pero no me moví.

Vincent me pasó discretamente una botella de agua.

—La he traído de casa... no es de Mike.

Asentí agradecido y me la bebí entera.

La jornada laboral llegó a su fin y, al igual que el mes anterior, Mike me hizo un corte de mangas con los ojos y se largó.

Yo sabía que aquello sería duro, pero estaba empezando a pensar que nunca arreglaría nuestra relación. A lo mejor me odiaba para siempre. Quizás nunca aprobaría que estuviese con su hija. Puede que Trinity y yo jamás tuviéramos una oportunidad...

Vincent apagó el ordenador y cogió su mochila.

—Come en Cornell's todos los martes. Y normalmente está solo.

Levanté una ceja mientras lo miraba.

—Pero yo no te lo he dicho... —Me guiñó un ojo y se marchó.

TRINITY y yo nos enrollábamos en el sofá todas las noches. Yo me ponía encima de ella y evitaba que la parte inferior de mi cuerpo le tocara las piernas. Mi prioridad era que se sintiera cómoda y no le tocaba la pierna bajo ninguna circunstancia. Había empezado la rehabilitación y le estaba costando mucho esfuerzo, pero yo siempre la animaba intentando distraerla para que no pensara en aquello que la atormentaba.

Echaba muchísimo de menos el sexo. No recordaba la última vez que había pasado tanto tiempo sin hacerlo. Yo lo hacía siempre que quería. Pero ahora

que Trinity tenía la pierna escayolada, era literalmente imposible. Irónicamente, yo estaba bien. Me moría de ganas de volver a estar con ella, pero no lo buscaba en otra parte. Cuando cruzaba el campus, ni me inmutaba al ver a las chicas guapas que en su momento me habían hecho girar la cabeza. Fuera a donde fuera, sólo pensaba en Trinity y el resto de mujeres eran invisibles para mí.

Ahora me sentía como Cayson.

Era un calzonazos... Muy calzonazos.

Dios, era patético.

Trinity temía que la dejara y me fuera con otra, y me dolía saberlo. ¿Acaso no sabía lo que sentía por ella? Nunca había estado enamorado, pero daba por hecho que existiría esa clase de devoción.

Cuando nos besábamos, su boca me hacía perder la cordura. Quería más de lo que podía darme, pero al mismo tiempo era suficiente. Simplemente me sentía agradecido de poder abrazarla y tocarla al pensar en lo catastrófico que podría haber sido su accidente. Podría haberla perdido para siempre.

Trinity me quitó la camiseta y me pasó las manos por el pecho de arriba abajo. Ahora que había admitido que me quería, parecía necesitarme más. Mi atracción por ella siempre había sido igual: feroz e irrefrenable. Entonces me desabrochó los vaqueros y me los quitó. No podíamos hacer nada, pero de todas formas le gustaba verme desnudo.

Le subí la mano por la camiseta, pero no se la quité porque no quería torturarme observando su pecho perfecto.

Ella me cogió la mano y la bajó por su abdomen.

Yo detuve la caricia y la miré.

—Trinity, ten paciencia...

—Me estoy volviendo loca, Slade. Dame algo...

Entendí a qué se refería. Pegué la boca a la suya y la volví a besar mientras metía la mano por el pantalón de chándal que llevaba. Mientras mi lengua bailaba con la suya, la toqué como a ella le gustaba. No podía contar el

número de veces que había masturbado a chicas en aparcamientos, debajo de mantas en presencia de más gente o en bares, así que sabía lo que hacía. Al instante escaparon de sus labios unos quedos gemidos y me clavó las uñas en el hombro.

Yo la tenía como una piedra, pero intenté mantener el control. Llevaba tanto tiempo sin estar dentro de ella que me estaba matando. Mi sexo se retorció al pensar en su boca cálida y en el modo en que pasaba la lengua por mi glande.

Metió la mano en mis bóxers y me agarró, y entonces empezó a acariciarme como una experta. Llevaba meses sin masturbarme y ansiaba descargarme. Tendría que haberla apartado, pero no fui capaz. Juntos nos complacimos como adolescentes. Ella fue la primera en llegar al orgasmo, y yo la imité poco después.

En cuanto retiré la mano, me chupé los dedos y fui a lavarme al baño. Ella también se aseó y se metió en la cama. Comprobé que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas y que las luces estuvieran apagadas antes de tumbarme a su lado.

Solamente iba a mi apartamento cuando su padre estaba allí. Cada vez que venía, me ignoraba. Yo era educado y reconocía su presencia, pero lo único que obtenía a cambio era un ceño fruncido. Trinity estaba disgustada por la actitud de su padre, pero no le insistía. Y nunca hablaba de mí cuando estaban los dos a solas.

Me acurruqué con ella y la mantuve calentita con la temperatura de mi cuerpo.

Ella suspiró feliz.

—Creía que me iba a explotar la cabeza.

Yo me reí a su oído.

—Me aseguraré de que estés satisfecha a partir de ahora.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Simplemente daba por hecho que no querías nada más que a mí... a mi yo verdadero.

—Bueno, a estas alturas sólo estoy desesperada.

La besé en el contorno de la oreja.

—Cuando las chicas me prueban, siempre quieren más.

—¿Las chicas? —preguntó con desdén.

—Mi princesa, quería decir.

—Eso sí. —Me puso la mano en el antebrazo y acarició la piel con las puntas de los dedos—. Habla con propiedad.

Me reí porque sus celos me parecieron adorables.

—Parece que yo no soy el único controlador...

Esbozó una ligera sonrisa.

—Bueno, eres mío. Y yo soy la única chica que importa, ¿a que sí?

El corazón se me derritió al oír su declaración, la confesión de que era especial para mí, de que era perfecta, la única que había significado algo para mí.

—Y tanto que sí.

—Muy bien. —Se acurrucó a mi lado y se quedó dormida, sumergiéndose en sus sueños.

DOCE



## Slade

---

Me daba igual si tenía que perseguirlo y acosarlo: Mike iba a perdonarme y a darme su aprobación. No estaba bien sorprenderlo en su restaurante favorito, pero me importaba una mierda. No se iba a librar de mí ignorándome. Si de verdad quería que desapareciese, tendría que matarme.

Trinity era mía. Y punto.

Cada noche que pasaba con ella de algún modo me enamoraba todavía más. Nunca en mi vida había encontrado entretenido el silencio de alguien, ni me había obsesionado con ver a una chica dormir. Nunca en mi vida había sido de esa clase de tíos.

No estaba tan mal.

A mediodía me presenté en Cornell's. Era un restaurante informal de comida norteamericana. Alrededor de las paredes se sucedían los reservados, con al menos veinte años de antigüedad. Los azulejos estaban arañados y sin pulir. Parecía un vertedero.

Pero la comida era alucinante.

Cuando entré vi a Mike sentado en el reservado del rincón, contemplando su teléfono mientras se comía una bolsa de patatas fritas. Me acerqué a su reservado y me deslicé en el asiento frente a él, cogiéndolo desprevenido.

Se puso tenso y luego me miró rápidamente a los ojos, evaluando de inmediato la situación en busca de peligro. El tío Mike parecía estar en guardia la mayor

parte del tiempo, como si alguien lo estuviera siguiendo o tuviese la intención de hacerle daño. El tío Sean era igual, pero nunca había sabido por qué. Mi padre emitía las mismas vibraciones de vez en cuando. No podía evitar preguntarme si les había ocurrido algo en el pasado de lo que no podían hablar.

Se olvidó de las patatas fritas y me dedicó una mirada de irritación.

—Estás empezando a cabrearme de verdad.

—Lo mismo digo. —Mantuve las manos en el regazo y lo fulminé con la mirada.

—Pierdes el tiempo. Y ahora, aléjate de mí.

—No. Para librarte de mí tendrás que matarme.

—Suenas tentador... —Siguió comiéndose sus patatas y miró el móvil.

—No pienso rendirme, así que sería mejor que intentaras llegar a una solución conmigo.

Agarró el móvil con más fuerza y me miró.

—Soy un hombre que no da su brazo a torcer. Jamás cambiaré de opinión sobre ti. No te mereces a mi hija. Si ella quiere estar contigo, no me interpondré en su camino. Pero eso no quiere decir que me tengas que gustar.

No estaba seguro de cuánto más podría aguantar aquello. Aquel hombre era mi tío. Recordaba todos los buenos momentos que habíamos pasado juntos, todos los partidos de baloncesto y excursiones a la playa. Antes me miraba como si me considerara hijo suyo... ¿y ahora era como si todo aquello no hubiera sucedido? ¿Cómo había podido dejar de quererme sin más? Pensaba que me quería a pesar de la situación, pero ahora ya no estaba tan seguro. Dolía muchísimo.

—Pues entonces sólo vas a conseguir sufrir más con la situación. Trinity se siente muy unida a ti y te considera su amigo además de su padre. Me encanta la relación que tenéis y no quiero que cambie nunca. Estoy haciendo todo lo que puedo por arreglar este asunto para que ella pueda conservar esa relación y ser feliz. Pero si seguimos teniendo estos encontronazos, la única que va a

sufrir es ella. Con el debido respeto, tío Mike, estás portándote como un puto gilipollas.

Se le paralizó el cuerpo entero mientras me miraba con ojos asesinos en los que ardía un fuego violento e inextinguible. Su mirada sugería que deseaba agarrarme por la garganta y estrangularme hasta la muerte. De algún modo, encontró la fuerza para no hacerlo.

—Nunca vas a conseguir convencerme para que te perdone si me sigues hablando de esa manera.

—Ya, pues no pienso fingir que lo que estás haciendo está bien. Estás siendo un egoísta y te estás tomando la felicidad de Trinity conmigo como un asunto personal. Deja que haga lo que quiera y ya está. Cada vez que me tratas como el culo delante de ella, lo único que consigues es hacerle daño. A mí no me puede dar más igual.

»Sigues siendo mi tío y te quiero pase lo que pase. Te respeto tanto como a mi propio padre. Pero en estos momentos, me estás mosqueando. No pienso quedarme con los brazos cruzados sin hacer nada sólo para conseguir lo que quiero de ti. Soy un hombre que no se deja intimidar ni someter por la fuerza.

—¿Un hombre? —Resopló de risa—. Eres un mierdecilla, Slade. Eso es todo lo que eres y eso es todo lo que siempre serás.

Me obligué a mantener las manos en el regazo. Quería estamparle un puñetazo directamente en la mandíbula.

—O sea, ¿que nunca he sido lo bastante bueno para ti? ¿O estaba bien, pero en cuanto me enamoré de tu hija me convertí en basura?

—Lo has resumido bastante bien.

—Así que nunca me has querido. —Las palabras salieron de mi boca sin pensar e iban más dirigidas a mí mismo que a él. Dolía, escocía y el corazón se me partió al darme cuenta de ello. Siempre me había sentido como si no fuera lo bastante bueno, pero escuchárselo a alguien a quien creía que le importaba fue brutal.

Sus ojos cambiaron mientras seguía mirándome. Abrió la boca para decir algo, pero lo interrumpieron antes de poder pronunciar palabra.

—¡Abre la caja o te vuelo los sesos! —Un hombre todo vestido de negro con una sudadera con capucha apuntaba con una pistola a la mujer que había detrás del mostrador.

Ella levantó las manos y empezó a ponerse histérica de inmediato.

—Yo... yo no puedo abrirla.

La apuntó más de cerca con el arma, justo en la mejilla.

Joder.

Otro hombre entró y apuntó a una pareja que había unas mesas más allá, exigiendo que le dieran las carteras y los bolsos.

Mike se levantó.

¿Qué coño estaba haciendo?

El atracador apuntó su pistola hacia él.

—No te muevas.

Mike no le hizo caso y levantó las manos para luego sentarse junto a mí, deslizándose hasta la pared para bloquearme por completo con su cuerpo.

El chico lo miró un segundo, pero no disparó.

Mike mantuvo las manos en alto.

—No te levantes —susurró.

El corazón me latía tan deprisa que no podía respirar.

El hombre que llevaba el arma iba pasando por las hileras y recogía todos los objetos de valor.

—Si alguien llama a la policía, estáis todos muertos.

El rostro de Trinity me vino a la mente. ¿Y si nunca volvía a verla?

El tipo de la pistola llegó hasta nosotros y acercó el arma a la cabeza a Mike, clavándole el cañón en la piel.

Mike lo miraba fijamente sin dar señales de miedo.

—¿Te crees muy valiente? —le espetó el otro.

—Coge lo que quieras, pero no le hagas daño a mi hijo.

¿Cómo?

—Ponlo todo encima de la mesa. Ahora. —Le apretó más el arma.

Mike se llevó las manos a los bolsillos y lo arrojó todo sobre la mesa. Se quitó el Rolex y lo dejó también.

El hombre me miró.

—Ahora tú.

Mike se desplazó para cubrirme más, bloqueándome por completo.

—Hazlo y ya está, deprisa.

Me vacié los bolsillos y lo dejé todo encima de la mesa.

El tipo lo recogió todo sin dejar de apuntar a Mike con el arma.

Por débil que me hiciera parecer, estaba asustado.

Las puertas se abrieron de golpe y entró la policía.

—¡Manos arriba!

El hombre de la pistola se dio la vuelta de inmediato, preparado para abrir fuego.

Joder, iba a morir.

Mike me arrastró debajo de la mesa y luego la volcó para ponerla de costado y utilizarla como escudo. Después se puso encima de mí y cubrió mi cuerpo con el suyo, utilizando las manos para protegerme la cabeza.

Los disparos sonaban tan fuerte que me dolían los oídos. Volaban fragmentos por el aire mientras se disparaban unos a otros. La gente gritaba temiendo por su vida. Yo mantuve la cara agachada, deseando que Mike y yo saliéramos de aquella sin una bala en la cabeza.

Finalmente, terminó.

La policía se acercó a los atracadores y los desarmaron.

¿Estaban muertos?

Mike no se levantó de encima de mí. Miró alrededor, pero no se movió.

Un agente se acercó a él.

—¿Está bien, señor Preston?

¿Cómo coño sabían quién era?

—Perfectamente, ¿hay alguien herido? —Mike se apartó de encima de mí.

—No, sólo los hombres que han intentado atracar el local —respondió el policía.

Mike me agarró del brazo y me dio la vuelta. Con mirada preocupada, me palpó inmediatamente de arriba abajo para asegurarse de que no me hubieran dado y de que estaba bien.

—¿Estás bien?

—Perfectamente... —La cabeza todavía me daba vueltas—. ¿Y tú?

No me contestó. Volvió a comprobar que no estuviera herido, temeroso de haber pasado algo por alto.

—Estoy bien, tío Mike —dije.

—Ha llegado la ambulancia. —El agente se alejó y después le devolvió su reloj al tío Mike—. Si no hubiera sido por usted, no los habríamos atrapado.

Mike se volvió a poner el reloj de inmediato.

El reloj debía de llevar algún tipo de alarma, algo que había ignorado hasta ese momento.

Mike me ayudó a levantarme y luego me rodeó los hombros con el brazo.

—Se te pasará, muchacho.

No me había llamado así en meses.

Me dedicó una mirada severa.

—No le menciones esto a nadie.

Sabía que no quería asustar a su familia... especialmente a Trinity.

—De acuerdo.

Dejó caer la mano.

—Esto no cambia nada entre nosotros.

Pero sí que lo hacía. El tío Mike acababa de arriesgar el pellejo para salvar el mío... dos veces. Me quería aunque actuase como si no.

Y aquello me dio esperanzas.

EN CUANTO LLEGUÉ a casa fui directo hacia Trinity y la abracé con fuerza. Las escenas de aquella tarde continuaban reproduciéndose en mi mente y todavía podía escuchar el eco de los disparos y los gritos de la gente. El simple hecho de oler su aroma y sentir el tacto de su piel me hizo sentirme vivo. Y también, de alguna manera, a salvo.

—¿Va todo bien, Slade? —preguntó pasándome los dedos por el pelo.

—Es sólo que te echaba de menos, princesa. —Aparté el rostro de su cuello y la miré a los ojos—. Te quiero. —No decía aquellas palabras muy a menudo porque prefería reservarlas para el momento adecuado.

Su mirada se enterneció.

—Yo también te quiero.

—Eres lo puto mejor que me ha pasado nunca. —La volví a abrazar, sintiendo su esbelto cuello y su calidez.

Apoyó la cabeza en la mía.

—Y tú a mí.

No podía contarle lo que tenía en la cabeza ni tampoco por lo que estaba pasando. Le había dicho a su padre que guardaría el secreto y así lo haría, pero deseaba poder contarle la verdad. Ella era la única persona a la que podía confesarle cualquier cosa. Jamás admitiría que nada me asustaba ante nadie, algo que ante ella haría sin dudar. Sólo ante ella.

—Siento como si algo te inquietase...

La conexión telepática que compartíamos a veces era un coñazo.

—Sólo estoy nervioso por mi padre... —No se me ocurrió nada más.

—¿Qué ha pasado?

—Yo... prefiero no hablar de ello. —Ella seguía pensando que yo estaba haciendo cosas con mi padre en el estudio. Me sentía mal por mentirle, pero no me quedaba otra. Cuando hubiera arreglado las cosas con su padre, le contaría la verdad.

—Vale. —Me dio un beso en la frente y luego dejó el tema.

—¿Qué tal tu día?

—Aburrido... como siempre.

—¿Ha ido bien la rehabilitación? —pregunté.

—Me cuesta mucho, estoy tan débil...

Cerré el puño alrededor de su cabello.

—Mejorará, te lo prometo. Dentro de nada estarás corriendo de acá para allá.

—¿Corriendo? Eh, no. Lo que quiero es echar un polvo.

Solté una carcajada.

—Eres mi media naranja, sin duda.

—¿Te acabas de dar cuenta? —preguntó con una dulce sonrisa.

—No —respondí con sinceridad—. Pero me lo recuerdas constantemente.

Pasó el dedo por mis nudillos.



—¿Me puedes dar un baño?

—Pues claro. —Me gustaba meterme con ella en la bañera porque era algo que sí podía hacer. Siempre que le envolviera la pierna en una bolsa de plástico y la mantuviese seca, podía recostarse en mi pecho—. Voy a prepararlo.

—Vale. —La emoción brilló en su mirada.

Y yo me di cuenta.

—¿Qué pasa, princesa?

Se incorporó y cogió un sobre de la mesa. Luego me lo tendió.

—Quiero que tengas esto...

Cogí el sobre y lo estudié.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo descubrirás, gilipichis.

—¿Gilipichis? —pregunté levantando una ceja—. ¿Es que tenemos cinco años?

Me dio un cachete en broma.

—Ábrelo y ya está.

Rasgué el sobre y saqué la tarjeta. No era una tarjeta de felicitación con un mensaje ya impreso, sino que había palabras de diferentes tamaños recortadas y pegadas en el interior, formando un mensaje.

COMO LUCES que brillan en el puerto, tu presencia me guía hasta la orilla.

Como las manos que te sujetan antes de caer, tu fortaleza me mantiene firme.

Tu confianza me hace sentir segura, tus palabras me hacen sentir amada, y tus caricias a medianoche me hacen sentir bella.

Cuando otros dijeron que el sol se apagaría y enfriaría mi mundo, tú

demostraste su error. Cuando dijeron que las estrellas caerían del cielo, tú las mantuviste allí. Cuando mi lugar en este mundo estuvo a punto de desaparecer, tú rezaste para que no fuera así.

Susurros de amor que nunca he conocido. Promesas de eternidad que nunca había oído. Besos que son más que simples placeres físicos. Noches que conducen a mañanas que ya no están vacías. Le das a mi corazón lo que le había sido negado.

Alegría.

ME COSTABA trabajo respirar y expandía tanto el pecho que me dolía. El corazón se me detuvo por un instante, tensando el resto de mi cuerpo por la emoción. Sentí su mirada clavada en mí, observándome mientras yo contemplaba la tarjeta.

—Recorté las palabras de todos tus libros favoritos... Pensé que te gustaría.  
—En su voz sonaba la inseguridad—. Has estado cuidando todos los días de mí y te has portado tan bien... No te has quejado ni una vez. Yo sólo...

Tomé su rostro y la besé, apretando mi boca con fuerza contra la suya. Era un beso con la boca cerrada, pero aun así pude saborear mis propias lágrimas a medida que me rodaban por las mejillas. Me aparté y la miré a los ojos, sintiendo acumularse la emoción en mi interior, lo que me dio la sensación de ser enorme y minúsculo al mismo tiempo.

—Me encanta.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras me miraba.

—La guardaré toda mi vida. —Cerré la tarjeta y la sostuve entre las manos.

Ella acercó su rostro al mío y cerró los ojos.

Yo los cerré también, permitiendo que el momento se prolongara entre ambos.

LA ÚLTIMA VEZ que había hablado con Conrad la cosa no había ido demasiado bien, pero tenía que arreglar aquella situación. Mis progresos con su padre eran nulos, pero con su hermano debería ser más fácil.

Aunque no tenía ni idea de por qué estaba tan cabreado.

Me miró como si me odiara. Como si me aborreciera. Nunca le había importado lo que hacía Trinity con su vida personal, no era el típico hermano mayor protector. Él no era así, o sea que... ¿por qué le importaba tanto? ¿Acaso el hecho de que Trinity hubiera estado a punto de morir le había hecho darse cuenta por fin de cuánto la quería? ¿Era por eso?

Me planté ante su puerta con Cayson.

—Me siento incómodo haciendo esto —susurró Cayson.

—Cierra el pico —solté—. ¿Eres mi mejor amigo o no?

Suspiró.

—Pero esto es engañar a Conrad.

—Lo superaré. Ahora llama. —Me quedé a la izquierda de la puerta, desde donde no podía ser visto por la mirilla.

Cayson se rascó la parte de atrás de la cabeza.

—Me debes una cerveza.

—Mejor que no juguemos a ese juego, porque si no te darías cuenta de que te debo mucho más que una simple cerveza.

—En eso tienes toda la razón. —Llamó a la puerta con los nudillos y esperó.

Abrió Conrad.

—¿Qué pasa, macho? —No estaba tan afectuoso como era habitual en él, pero tampoco tenía ningún problema con Cayson.

—Yo...

Empujé a Conrad hacia el interior y le cerré la puerta a Cayson en las narices.

—¿Pero qué cojones...? —Conrad trastabilló hacia atrás, pillado por sorpresa

por mi avance.

—Sabía que no hablarías conmigo, así que he tenido que colarme aquí a la fuerza para evitar que cerraras la puerta con llave.

Me dirigió una mirada de odio.

—Algo a lo que tengo todo el puto derecho.

—Vamos a hablar y vamos a superar este asunto.

—No quiero superarlo. Te odio. Punto.

¿De dónde vendría toda aquella hostilidad?

—¿De verdad odias tanto el hecho de que esté con Trinity? Sé que no soy perfecto, pero joder, dame un respiro. Si me dieras una oportunidad, te darías cuenta de que la adoro.

Cogió un bate del pasillo y volvió, haciéndolo girar con la muñeca.

Aquello acababa de ponerse serio.

Sostuve una mano en alto.

—Si me quieres dar un puñetazo, perfecto. Lo dejaré pasar porque estás enfadado. Pero si te me acercas con un arma, voy a tener que ponerme serio y reventarte hasta el alma. Piensa con un poco de claridad, tío.

—Ya lo hago —dijo con una mirada de maldad.

—Sólo quiero saber por qué aborreces tanto la idea de que yo esté con tu hermana —exclamé enfadado—. Porque no tengo ni puta idea.

—¿Que por qué te odio? —preguntó con incredulidad—. Un mes antes del accidente fuimos a un club de striptease y te enrollaste con una tía llena de tatuajes. ¿Y luego tienes la desfachatez de afirmar que quieres a mi hermana? O le has sido infiel o mientes sobre tus sentimientos. Las dos cosas, de hecho.

—Volvió a hacer girar el bate—. Y te voy a matar, hostias.

Ahora todo tenía sentido. Me di una palmada en la frente.

—Mierda, eso se me había olvidado.

Lanzó el bate hacia mí.

Me agaché con rapidez de reflejos.

—¡Espera! ¡Deja que te lo explique!

Volvió a hacer oscilar el bate en mi dirección y derribó una lámpara.

—Puedes hacerlo después de morir. —Corrió hacia mí dispuesto a derribarme a golpes.

Yo quería evitar hacerle daño a toda costa, porque aquello no serviría para unirme más a Trinity. Después de la noche que habíamos vivido y del poema que me había escrito, debía pelear por ella hasta que ya no fuese físicamente capaz de seguir haciéndolo.

Choqué contra la pared y volví a agacharme antes de que el bate se me estampara contra el esternón. Cuando echó el bate hacia atrás para volver a golpearme, lo agarré e intenté quitárselo.

Conrad me dio una patada en el estómago.

Hice una mueca, pero ignoré el dolor y retorcí el bate para doblarle la muñeca y arrebátárselo de un tirón.

Cuando Conrad se dio cuenta de que lo tenía yo, retrocedió de inmediato trastabillando en busca de algo que utilizar como defensa.

—Ya hemos terminado con esto. —Bajé el bate con fuerza contra mi muslo y lo partí en dos. Luego arrojé los fragmentos al suelo—. No te voy a hacer nada.

Conrad me miraba con desconfianza, sin creermelo. Todavía parecía tener ganas de matarme, se lo seguía viendo en los ojos.

—No le puse los cuernos a Trinity.

—Pero yo te vi...

—¡Cállate y déjame terminar!

Cerró la boca y apretó la mandíbula.

—Sí que me enrollé con una mujer en el club de striptease. Sí, tenía tatuajes y el pelo corto y negro. No voy a negar que sucedió.

—Puto cabrón de...

—Pero la mujer era Trinity... disfrazada.

Por su rostro se extendió la incompreensión.

—¿Cómo?

—Sólo fui con vosotros para que no sospecharais de lo mío con Trinity, pero no me quería enrollar con nadie más, así que vino a verme e hizo el paripé.

Seguía mirándome confuso.

—Aquella tía tenía tatuajes.

—Eran de esos baratos que se sacan de una máquina. —¿Cómo podía no haberse dado cuenta?

Entornó los ojos.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—¡Pregúntaselo a Trinity! Ella te lo dirá.

—Cada vez que he intentado contarle que le habías puesto los cuernos me ha echado sin dejarme decir una palabra.

Se me derritió el corazón ante su fe en mí.

—Bueno, pues vamos a su casa a hablar con ella. Así lo verás por ti mismo.

No se movió.

—¿Y la modelo rusa, qué?

—No me acosté con ella.

—Eso no es lo que le contó a mi chica.

Odiaba tener que dar explicaciones.

—Le pedí que mintiera por mí. La llevé a casa y eso fue todo. Fin de la

historia.

Conrad me contemplaba con suspicacia.

—Quiero hablar con Trinity.

—Perfecto. Vamos a aclarar esto de una vez para que no me vuelvas a atacar con un bate. —Yo era el que tendría que estar mosqueado.

—Si dice que es mentira, te mataré. —Se alzó cuan alto era ante mí, acercándose hasta que casi rozó mi nariz con la suya—. Y mi padre también contribuirá.

Me sobresalté ante la sola mención de su padre.

—Espera... ¿le has contado a tu padre esta estúpida teoría?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Se encaminó hacia la puerta de la calle.

Ahora ya lo entendía todo.

CONRAD y yo entramos en casa de Trinity.

Estaba sentada en el sofá leyendo un libro mientras Cayson y Skye hacían los deberes de cara a la televisión, viendo una reposición. Trinity se volvió hacia mí con un gesto que evidenciaba su amor y adoración.

—Hola.

—Hola. —Me incliné para besarla, pero me apartaron.

—No la toques. —Conrad me empujó contra la pared.

Si Trinity hubiese podido andar, se habría lanzado sobre él para darle cien bofetones.

—¿Pero qué leches te pasa?

Me enderecé y me tragué mi irritación.

—Cuando Roland y yo fuimos al club de striptease, Slade vino con nosotros y

se enrolló con una tía. —La observó con atención, estudiando su reacción.

—Esa tía era yo, idiota. —Echó la mano hacia atrás en el sofá y le dio un cachete en el brazo.

—¿Eras tú? —preguntó con desconfianza—. A ver, ¿qué llevaba puesto?

Ahora ella lo miraba como si se hubiese vuelto loco.

—Pero Conrad, ¿para qué te iba a mentir?

—Para encubrirlo.

Puso los ojos en blanco.

—Llevaba una peluca de media melena negra y dos tatuajes en los hombros, una falda negra y una camiseta corta. ¿Contento?

Conrad se relajó finalmente.

—Supongo...

—Y ahora, ¿puedes dejar ya esta campaña de odio contra Slade? —exigió enfadada—. Porque él no ha hecho nada malo.

—Eso es discutible... —Conrad me dedicó la misma mirada de aborrecimiento que llevaba meses lanzándome.

¿Se acabaría alguna vez aquel drama?

—Quiero que nos llevemos bien, pero si no me puedes aceptar como novio de tu hermana, ni a ella ni a mí nos importa. Vamos a estar juntos de todas maneras. Creo que si lo aceptaras sin más, la vida de todo el mundo sería mucho más fácil. Llevamos meses dedicados el uno al otro. Yo la trato bien a ella y ella hace lo mismo conmigo. Ahora madura y acéptalo de una puta vez.

Conrad apretó la mandíbula y luego miró a Trinity. Sus ojos pasaron por encima de Skye y Cayson antes de volver a posarse en mí.

—De acuerdo. Dejaré de hacer el capullo.

—Gracias —dije aliviado.

Se acercó a mí y bajó la voz.



—Siempre que la hagas feliz, yo soy feliz. Podemos volver a donde estábamos antes, sin resentimientos.

Aquello era exactamente lo que yo quería.

Su voz se ensombreció.

—Pero como le hagas daño, te mataré.

Sabía que no era una amenaza vacía porque podía verlo en sus ojos.

—No te preocupes, si se lo hiciera, probablemente me matase yo mismo de todos modos.

Conrad me tendió la mano para que se la estrechara.

—Siento haberte atacado con un bate.

—¿¡Que has hecho qué?! —gritó Trinity.

Conrad sonrió, pero no la miró.

—Nadie ha salido herido.

—Conrad, si pudiese andar, estabas muerto —exclamó enfadada.

Tomé su mano y se la estreché.

—No pasa nada. Siento habértelo roto.

—Supongo que estamos en paz.

Asentí.

—Eso creo.

Nos trasladamos al sofá que había enfrente de la tele. Yo me senté al lado de Trinity y le pasé el brazo por los hombros. Encajaba perfectamente en mi costado, como si ese hubiera sido siempre su lugar.

Cayson y Skye siguieron con sus deberes y Conrad fue a por una cerveza y se la bebió con los pies encima de la mesa mientras miraba la pantalla.

Era la primera vez que nos reuníamos como hacíamos antes. Todo era como solía ser, salvo por el hecho de que conocían nuestra relación. Podía coger a

Trinity de la mano y darle un beso siempre que quisiera. Aunque hacer las cosas a escondidas era emocionante por la posibilidad de que nos pillaran, era todavía mejor poder estar juntos sin tener que escondernos. Podía mirarla todo lo que quisiera y ella a mí también. Por primera vez en meses, habíamos hecho auténticos progresos.

CUANDO FUI a la oficina del tío Mike, daba por supuesto que me recibiría. Después de lo que nos había pasado la semana anterior, nuestra disputa familiar parecía insignificante si se comparaba con tener una pistola apuntándote a la cabeza. Si yo me sentía así, seguramente él también.

Me senté en el vestíbulo y lo miré a través de los ventanales.

Vincent me miró de reojo.

—Eres muy *heavy*...

—No. Sólo estoy tremendamente motivado.

—Sigue siendo ridículo.

Mike levantó la vista de su escritorio como si nos hubiese oído. Me vio y luego volvió a bajar la mirada, como si mi presencia no significara nada.

¿En serio? ¿Seguía odiándome después de todo aquello?

Me levanté y me dirigí hacia su puerta.

Vincent se puso de pie.

—Eh... ¿qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo? —solté.

—¡No puedes entrar ahí!

Entré en su despacho y cerré la puerta detrás de mí.

—Tenemos que hablar.

El tío Mike se puso de pie con ojos amenazadores.

—No vuelvas a entrar así en mi despacho jamás. —La tensión de sus hombros confirmaba que lo decía en serio.

—El tío Sean lo hace siempre.

—Porque es mi hermano y el codirector de esta compañía conmigo. Sólo él y mi mujer tienen ese privilegio.

—Bueno, pues no pienso seguir sentado en el vestíbulo más. Quiero que hablemos.

Gruñó y se alzó completamente erguido.

—Soy un hombre muy ocupado, Slade. Tu drama de quinceañeros realmente es lo último que me preocupa.

—Sólo es un drama de quinceañeros porque tú lo has convertido en uno.

Mike se cruzó de brazos, muy poco contento.

—La semana pasada casi nos matan y me salvaste el pellejo. ¿Cómo puedes ser tan frío conmigo?

Entrecerró los ojos.

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad? Supongo que tengo más fe en ti de la que mereces.

¿Que si no me había dado cuenta de qué? No me gustaba sentir que me estaba perdiendo algo.

Me dedicó una firme mirada.

—Slade, te quiero tanto como quiero a Conrad. Eres como un hijo para mí. Hasta con toda tu temeridad y tu pasado, eres un chico increíble. Mi instinto protector hacia ti no ha disminuido ni un ápice. Nada ha cambiado.

Me estaba poniendo la cabeza como un bombo. Era imposible estar menos de acuerdo con su declaración.

—Pero como marido para mi hija, no, no me gustas. Nada de nada —dijo sin

remordimientos ni comprensión. Sus palabras me atravesaron como un cuchillo al rojo.

—¿Por qué?

Suspiró.

—Tú ya lo sabes, Slade. Hasta olvidando lo que le hiciste a Trinity, sé que antes o después la dejarás. Esta no es más que una fase rara que estás atravesando. Cuando te des cuenta de que la monogamia es aburrida, encontrarás a otra. Y eso no sería para tanto si no fuese porque mi hija quiere algo más. Quiere un final feliz y ahora eso es lo que espera de ti. Y los dos sabemos que tú no puedes dárselo.

Casarme era una de las cosas que más miedo me daban porque lo asociaba a la muerte. Los hombres que sentaban la cabeza dejaban de lado todos sus sueños para engordar y envejecer. El sexo se volvía aburrido porque siempre era con la misma persona. La vida dejaba de tener sentido y se convertía en un simple transcurrir lento del tiempo. Quería seguir soltero para siempre, y no sólo por todas la mujeres que iba a conocer, sino por las oportunidades que tendría. Pero después llegó Trinity y me llenó de confusión.

Continuaba mirándome fijamente.

—Tal y como yo pensaba.

—Podría darle todo lo que ella quisiera —dije en voz baja.

—Pero no lo harás. Y no pasa nada por no hacerlo.

¿Cómo?

—No todos los hombres están destinados a sentar la cabeza. Quedarse soltero es una opción válida. Algunas personas simplemente son así. Su destino no es convertirse en esposos o padres. Se les dan bien otras cosas y tienen otros intereses. Pero conozco a mi hija. Ella quiere una boda elegante por todo lo alto con el príncipe azul. Quiere un hogar para criar a sus hijos y quiere un marido fiel que la adore. Necesita esa estabilidad. En ese sentido, no podríais ser más distintos. Simplemente, no puede ser.

La verdad me golpeaba en oleadas, dándome donde más dolía.

—Así que, Slade... puedes alargar esto si quieres, pero recuerda quién va a sufrir. —Cruzó los brazos contra el pecho—. Y no eres tú.

Desvié la mirada hacia la ventana, desde donde podía ver el horizonte. Sus palabras me daban vueltas en la cabeza y me hicieron sentir débil. Amaba a Trinity con todas mis putas fuerzas y no quería estar nunca sin ella, pero en el fondo de mi mente también sabía que quería mi sueño.

—Le dije que lo intentaría y lo haré.

Suspiró y cerró los ojos, manteniéndolos así antes de abrirlos.

—Lo último que quiero es que mi hija sea un experimento.

—Pero le dije que intentaría ser un novio y todo lo demás... y lo he hecho.

—Ser un novio no se puede comparar con ser un marido. Eso ya lo sabes.

Me rasqué la cabeza, sintiéndome mareado.

—Ahora mismo no puedo hacer nada contra vuestra relación. Trinity me dejó claro que eres el hombre al que quiere. No puedo protegerla de eso. Puedo repetirle una y otra vez cómo va a terminar la cosa, pero no me va a escuchar. Tú le romperás el corazón y la harás sufrir. Y por supuesto yo estaré allí para recoger los platos rotos. Es una lección que todo el mundo debe aprender en algún momento de su vida. Sólo desearía que mi hija pudiera haberla aprendido de los libros y las películas, o de un modo menos duro.

Intenté no pensar en la línea de meta y concentrarme en la carrera en vez de ello. Estar con ella era algo totalmente increíble, maravilloso. ¿Qué motivo podría tener para renunciar a todo aquello en algún momento de mi vida? Aunque estuviera plagado de dudas y me acecharan las sombras, podría apartarlas. Podría intentar darle a Trinity lo que ella quería. No tenía ninguna duda de que la quería. Ahora sólo debía descubrir hasta qué punto.

—¿Señor?

—No me llames así —exclamó irritado.

—Jamás le he sido infiel a Trinity. Lo que sea que te haya contado Conrad fue un malentendido. Sólo quería limpiar mi nombre.

El tío Mike estudió mi rostro.

—¿De verdad?

—Se lo puedes preguntar a Conrad si no me crees. Te puedo prometer que nunca le haría nada parecido a Trinity.

Asintió.

—Esa es una promesa que sé que puedes cumplir.

Al menos tenía algo de fe en mí...

Se reclinó en su asiento.

—Tienes mi permiso, Slade.

Me sobresalté porque no esperaba que dijera eso.

—¿En serio?

Asintió.

—Pero sólo porque no puedo hacer nada para cambiar la situación.

Aquello era mejor que nada.

—Todas las cosas crueles que te dije venían de un padre protector, no iban dirigidas hacia ti como familia mía. Espero que entiendas la diferencia.

Recordé cómo había arriesgado su vida para protegerme.

—La entiendo.

—Y ahora vete, Slade. Estoy seguro de que mi hija te necesita.

Me acerqué a su escritorio y tendí la mano, deseando que me la estrechara.

Él la miró y sonrió ligeramente. Luego se puso de pie y me la estrechó.

TRECE

## Trinity

---

Me aterraba ir a rehabilitación. Llevarme al límite e intentar recuperarme era mucho más difícil de lo que yo había imaginado. No había esperado que fuese coser y cantar, pero tampoco sabía que fuese a resultar tan duro.

Cada vez que me daban ganas de rendirme, mi terapeuta no me lo permitía. Me animaba a seguir intentándolo y, cuando creía que no podía llevarme más al límite, me ayudaba a alcanzar mi objetivo. A medida que iban pasando las semanas y los meses, mi pierna iba recuperando la fuerza. Yo estaba desesperada por volver a caminar sin cojear y sin sentir dolor, así que me centraba y continuaba intentándolo.

Slade no me daba ningún respiro. Me presionaba y rechazaba cualquier signo de debilidad. Cuando estábamos en casa juntos, no me dejaba sentarme, sino que me obligaba a ejercitarme para mantener la sangre en circulación. Me agarraba de la cintura y me sostenía mientras yo hacía dominadas. Después hacía que me tumbara en el suelo del salón para hacer abdominales. Decía que el hecho de que no pudiera caminar no significaba que no pudiera hacer otras cosas.

Slade me llevaba a todas las clases y también me recogía. Me tenía el frigorífico siempre lleno de comida y se ocupaba de la colada y de la casa en general, y aun así sacaba tiempo para estar conmigo una vez que acababa con las tareas del hogar y con sus deberes de clase. No veía a su padre tan a menudo para quedarse más tiempo conmigo.

Slade me llevó al médico para una revisión. Yo estaba nerviosa por saber qué



me dirían. Después de que me hicieran una radiografía, una más de tantas que me habían hecho ya, me quedé esperando en la sala a recibir el diagnóstico.

Slade estaba sentado en la silla que había contra la pared con un tobillo apoyado en la otra rodilla. Llevaba una camiseta que dejaba a la vista sus brazos llenos de tatuajes, una exposición de colores brillantes e intensos que representaban el caos que le gustaba en lo referente al arte.

Cuando lo miré, me fijé en su pecho amplio y en sus musculosos brazos. Tenía unos muslos y unas piernas esbeltos y tonificados y un trasero que me encantaba contemplar. Siempre que lo miraba deseaba una sola cosa.

Sexo.

Sus feroces ojos azules contrastaban con la palidez de su rostro y su cabello castaño era alborotado pero atractivo al mismo tiempo. Tenía un codo apoyado en el reposabrazos y los dedos posados sobre los labios. Me encantaban sus labios.

—¿Qué? —preguntó.

Me di la vuelta.

—Nada.

La última vez que habíamos hecho el amor había sido antes de mi accidente. Yo me moría de ganas por volver a hacerlo, por sentir ese intenso placer que me sacudía el cuerpo como las réplicas de un terremoto. Era una tortura no tenerlo.

—Entonces, ¿por qué no dejas de mirarme? —preguntó.

—Porque estás como un tren —solté.

Sonrió complacido por la respuesta.

—Ya lo sé.

—¿Que ya lo sabes? —pregunté con una carcajada—. Lo retiro. Eres idiota.

—No puedes retirarlo. Es demasiado tarde. —Se pasó los dedos por el pelo y me miró con pasión—. No puedes resistirte a mí.

—Cuando te comportas así sí que puedo. —Miré hacia la otra pared, ignorándolo.

—Si estuviéramos solos en casa, lo único que tendría que hacer es tocarte con dos dedos y te me echarías encima.

—Chulo...

—Tú me haces ser chulo.

—Claro que no —rebatí.

—Venga ya. Eres la mujer más guapa del mundo y me deseas. Es evidente que estoy haciendo algo bien.

Cuando era así de tierno, me costaba mantener las distancias.

—Aun así, sigues siendo un chulo.

Se puso de pie y se acercó a mí lentamente con una sombra de deseo en los ojos. Se sentó en la silla para los pacientes que había en el centro de la sala y me cogió por la barbilla. Poco a poco, fue moviendo mi cara hacia la suya, obligándome a mirarlo.

Yo me derretí aunque deseé no hacerlo. Cada vez que me tocaba, era incapaz de combatirlo. Quería tenerlo en aquella misma silla, sin más tardanza. Me daría igual que el médico entrara y nos sacase una foto.

Slade se echó hacia delante y me dio un delicado beso en la comisura de la boca. Se quedó allí un buen rato mientras el calor irradiaba de nuestros cuerpos. Separé los labios ligeramente y un quedo gemido escapó de mis labios. Se apartó unos centímetros de mí y me miró con las cejas enarcadas, dejando claro su deseo. Después me dio un beso en los labios y yo apreté los muslos automáticamente.

—Me muero de ganas por volver a estar dentro de ti. —Sus calladas palabras hicieron eco en mis oídos después de que las pronunciara. Un temblor me recorrió la columna al pensar en ellas y por un instante fantaseé con rodearle la cintura con las piernas y clavarle las uñas en la espalda.

—Mmm... —No fui capaz de decir nada coherente.

Se apartó ligeramente y sonrió.

—Puedo conseguir que te mojes hasta sin intentarlo.

Mi actitud sensual se evaporó.

—Y puedes conseguir que esté más seca que un desierto más rápido todavía.

Sonrió y pegó su pecho a mi brazo mientras me agarraba la mano. En perpendicular a mi cuerpo, posó los labios en mi pelo y dejó la boca allí, esperando conmigo en silencio. Entrelazamos los dedos mientras una conversación silenciosa se producía entre nosotros.

El médico entró con la carpeta en la mano.

—Su pierna está progresando fantásticamente. Siga con la rehabilitación y se pondrá como nueva.

—¿Todavía tiene que seguir llevando la férula? —preguntó Slade.

—Cuando no esté en rehabilitación, sí, pero sospecho que la señorita Preston volverá a caminar el mes que viene —dijo el médico.

Gracias a Dios. Estaba harta de no poder valerme por mí misma.

Cogió la carpeta mientras se dirigía a la salida.

—Ha sido un placer verla.

Me vino una idea a la mente, pero Slade me interrumpió antes de que pudiera hablar.

—¿Puede tener... ya sabe... algún tipo de actividad sexual? —preguntó esperanzado.

El médico fue tan amable como para sonreír.

—Que no sea nada agotador. —Nos guiñó el ojo y se marchó.

Slade aplaudió para celebrarlo.

—Menos mal.

Aunque no lo demostrara, yo estaba igual de emocionada.

EN CUANTO ENTRAMOS EN CASA, Slade se dirigió a la habitación. Empujó mi silla de ruedas al interior y luego me cogió de inmediato y me puso sobre la cama. Tenía los ojos cargados de excitación y se notaban sus ansias con cada movimiento que hacía.

Me bajó al instante los pantalones de deporte, con cuidado al pasármelos por la pierna herida, y luego me quitó la ropa interior. No se molestó en quitarme la camiseta.

A continuación se desprendió de los pantalones y de los bóxers y se puso encima de mí con su sexo duro y preparado.

Yo le quité la camiseta a tirones por la cabeza porque quería verlo entero, cada centímetro de él. Parecía demasiado ansioso para ser paciente. Sólo quería estar dentro de mí.

—No esperes que dure mucho. —Me agarró la pierna sana y me la echó hacia atrás, abriéndome las piernas todo lo posible sin tocar la que estaba herida. Mantuvo sus propias piernas alejadas de mí porque no quería acercarse a ella ni lo más mínimo.

—Más te vale hacer que me corra —exigí—. Yo también me muero de ganas.

Me dedicó una sonrisa que conocía demasiado bien.

—¿Cuándo te he dejado yo a medias?

Nunca. Pero no se lo dije.

Apoyó la cara en la mía y se deslizó en mi interior con un movimiento fluido.

—Uff... Flipo en colorines... Joder...

A pesar de la intensidad del momento, me entraron ganas de reír.

—¿Qué?

Se detuvo un instante mientras estaba dentro de mí.

—No me puedo creer el gusto que me das... Estoy intentando no soltarte la

carga mientras hablamos.

Le subí las manos por el pecho y le di un segundo para acostumbrarse. El mero hecho de sentirlo dentro de mí me bastaba. Me estiraba como siempre, provocándome escalofríos por todo el cuerpo. Volví a pasarle las manos por el pecho, notando su fuerza. Después le di un beso tierno en la comisura de la boca, como había hecho él conmigo en la consulta del médico.

—Trinity... —Movié las caderas y luego se quedó quieto.

—Te tengo dominado...

Soltó un gruñido.

—Bueno, ¿cómo no vas a dominarme cuando tu coño me da este puto placer?

—Al menos sé que no has ido a buscarlo a otra parte.

Sus ojos perdieron su intensidad.

—Creía que eso estaba claro de todas formas.

Le puse las manos en la cara y lo besé.

—Claro que sí. Sólo era una broma.

—Pues este no es el mejor momento para hacer bromas.

—Y yo creía que sería buen momento para acostarnos, pero obviamente eso no va a ocurrir.

Soltó un gruñido y se balanceó lentamente hacia mí.

—Voy a hacer que te mueras de placer, princesa.

Le agarré los bíceps y sentí sus labios pegados a los míos. Nuestras bocas se movieron pausadamente al compás mientras él mecía las caderas a paso de tortuga. A mí de todas formas me gustaba sentir cómo se movía a través de mi sexo resbaladizo.

Slade metió una mano entre mis piernas y me estimuló más para llevarme al límite. Normalmente no hacía falta, pero en ese momento le estaba costando mantener el control.

Me daba en el lugar perfecto, volviéndome loca y aportándome un placer ardiente y cegador que me dejaba débil y sin aliento. De algún modo, se me había olvidado el gusto que me daba. Hundí las uñas en su piel hasta que acabé por completo. Sólo entonces aparté mis garras de él.

Slade se dejó llevar en cuanto yo terminé. Se introdujo en mí por completo y respiró con agitación mientras se corría. Un fuerte gemido escapó de sus labios mientras me llenaba. Apoyó la cabeza en la mía cuando acabó para recuperarse del torbellino que ambos acabábamos de sentir.

Después soltó el aire.

—La próxima vez duraré más.

Solté una carcajada y luego sonreí.

—No pasa nada, cariño.

Bajó la mirada hacia mí.

—Cuando un tío lleva meses sin hacerlo, tiene el aguante por los suelos. Dame un respiro.

—No me he quejado ni una sola vez.

—Sólo quería dejarlo claro para que no te vayas a buscar algo mejor.

Que Slade se sintiera inseguro de sus habilidades en la cama era desternillante.

—No me importa, de verdad.

—Mentirosa. A todas las chicas les importa.

—Sé que ha sido una excepción. Y aunque no lo fuera, no buscaría más por ahí.

No se quitó de encima de mí.

—Me das tanto placer que no quiero apartarme.

—A mí me parece bien.

Pegó la boca a la mía y me dio un beso agresivo y prolongado, un contacto

inocente que no tardó en convertirse en algo apasionado y ardiente. Se quedó a mi lado, todavía dentro de mi cuerpo, y me besó con delicadas caricias que estaban llenas de amor y pasión. El sexo no había sido nada del otro mundo, pero el afecto que compartíamos seguía siendo poderoso y fuerte.

Como siempre.

MI PADRE ENTRÓ con una mochila colgada del hombro. Naturalmente, quise levantarme y saludarlo, pero estaba pegada al sofá. Slade estaba sentado a mi lado, pero yo sabía que se iba a marchar. Mi padre nunca lo miraba ni reconocía su presencia. Habían pasado meses y mi padre seguía sin dar su brazo a torcer, lo cual me hizo darme cuenta de que tal vez las cosas no cambiarían nunca.

Slade me besó en la frente.

—Mañana te veo.

—Vale —dije con tristeza. Deseé poder estar con los dos al mismo tiempo, pero eso no ocurriría nunca.

Slade se encaminó hacia la puerta y miró a mi padre.

—Buenas noches.

Mi padre le devolvió la mirada.

—¿Adónde vas?

No podía creerme lo que había oído. ¿Qué acababa de decir? ¿Acababa de dirigirse a Slade o estaba hablando conmigo?

Slade se encogió de hombros.

—A casa.

—Puedes quedarte si quieres. —Rodeó a Slade y dejó su bolsa en el suelo.

¿Cómo? ¿Aquello acababa de suceder? Miré a Slade y le pregunté en silencio:

«¿Qué está pasando?».

Él se encogió de hombros a modo de respuesta, pero tenía una sonrisa en la cara.

Mi padre se inclinó sobre el respaldo del sofá y me besó en la frente.

—¿Cómo estás?

Yo me había quedado sin palabras al oír su conversación con Slade.

—Eh... Bien...

Me dio unas palmadas en el hombro y se sentó junto a mí en el sofá.

—¿Qué tal va la pierna?

—Bien. La rehabilitación es dura, pero estoy haciendo progresos. Ya puedo apoyarla al caminar.

Soltó un suspiro de alivio.

—Me alegro de oírlo. Estoy orgulloso de ti, Trin. Sé que esto tiene que haber sido duro.

—Bueno, todos me lo habéis puesto mucho más fácil...

Slade estaba de pie detrás del sofá con los brazos cruzados.

Mi padre lo miró.

—¿Puedes darnos un minuto para hablar en privado?

—Claro. —Slade se dirigió a la puerta—. Voy a por café. —Salió y cerró la puerta.

—¿Ya no lo odias? —solté.

Mi padre me miró con afecto.

—Nunca lo he odiado, ya lo sabes.

—Pues no parecía que fuese la persona que mejor te caía del mundo...

—No lo era. Y no lo es. —Apoyó los codos en las rodillas—. Pero ha estado



persiguiéndome casi a diario, así que no tenía más remedio que perdonarlo. Tu plan ha funcionado.

¿Mi plan? ¿Cómo?

—¿Disculpa?

—Hacer que me acosara en el trabajo. —Se quedó mirándose los nudillos durante un instante antes de volver la mirada hacia mí.

¿De qué estaba hablando?

—¿Qué?

Entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿De verdad que no lo sabías?

—¿Que no sabía el qué, papá? ¿De qué me estás hablando?

Sonrió y soltó una pequeña risita.

—Supongo que me decía la verdad.

Esperé a que me lo explicara.

—Slade ha estado viniendo a mi despacho tres días a la semana durante los últimos dos meses para intentar ganarse mi perdón y mi aceptación.

Cerré la boca de inmediato y la conmoción fue apoderándose de mí. Así que era mentira que estuviese ayudando a su padre en el estudio. Estaba intentando arreglar las cosas con mi padre, intentando conseguir su aprobación.

—Y ha sido un puto coñazo —dijo mi padre con una carcajada—. Se pasaba el día allí sentado y me acorralaba cada vez que tenía oportunidad. Me dijo un montón de impertinencias, cosas por las que habría matado a cualquier otro. Pero no se rindió en ningún momento.

El corazón me latía más despacio y palpitaba de forma irregular en mis oídos.

—Slade...

—Le importas mucho, cielo. No conozco a muchas personas capaces de llegar a tales extremos sólo para arreglar las cosas.

—Sí... —Jugueteé con los dedos de una mano.

—Así que, si quieres estar con él, tienes mi apoyo.

Aquello significaba un mundo para mí. Ahora podía estar con Slade sin tener que distanciarme de mi padre. Podríamos ser nosotros mismos, mostrarnos afecto y ser felices.

—Gracias.

Estudió mi rostro durante un instante.

—Pero hay algo que no me puedo callar. —Su voz era fría y sombría.

—Vale...

—Los dos sabemos qué clase de chico es Slade. Esta relación no va a tener un final feliz porque acabará largándose. Necesito que entiendas eso. No quiero ver cómo te hace daño y, si sabes eso desde un principio, al menos podrás estar preparada. Es evidente que tú lo quieres todo de él y yo sé que no puede dártelo.

Aquel era mi mayor miedo.

—Tengo fe en él.

Mi padre suspiró con tristeza.

—Trinity, me encanta que veas lo mejor de la gente, debería haber más personas así, pero Slade no es de los que se casan. No estoy diciendo que eso tenga nada de malo, todos seguimos nuestro propio camino, pero no esperes que cambie.

—Me dijo que nunca podría darme amor ni una relación, pero lo ha hecho.

—Pero, ¿cuánto va a durar? —dijo con tristeza—. Trin, sólo necesito que lo entiendas para que no te destroce por completo cuando te rompa el corazón. Y necesito asegurarme de que sigues queriendo estar con él hasta sabiendo que algún día acabará.

Así era. No cambiaría lo que tenía con Slade por nada en el mundo. Aunque estallara en llamas y se redujera a cenizas, el futuro no podría borrar el pasado. Pero nadie conocía a Slade como yo. No era el imbécil fanfarrón y

arrogante que todos conocían. Era mucho más profundo de lo que nadie se daba cuenta. Yo creía en él, creía que podíamos tener todo lo que yo quería. Sabía que Slade me quería y que prefería dármelo todo él a dejar que yo lo buscara en otra parte.

—Acabe como acabe esta historia, sigo queriendo estar con él.

Asintió, pero tenía los ojos llenos de tristeza.

—Entonces no volveré a decir ni mu. —Me puso el brazo sobre el hombro y me atrajo hacia sí. Nos quedamos viendo la televisión hasta que Slade volvió.

Se sentó en el sofá de enfrente y apoyó un tobillo sobre la otra rodilla.

—¿Qué te apetece que veamos?

—El canal de cocina —dije yo.

Slade levantó una ceja y luego negó con la cabeza.

—No, no vamos a ver esa basura.

—Esa basura me ha enseñado todo lo que sé —repuse—. Y te encanta cómo cocino.

—Vamos a ver el partido —propuso Slade.

—Sí. —Mi padre cogió el mando y cambió de canal.

—Eh, esta es mi casa. Y soy yo la que está convaleciente —dije.

Mi padre le tiró el mando a Slade.

—Lo cual quiere decir que es fácil aprovecharse de ti.

Puse los ojos en blanco.

—Capullos.

Slade se dirigió al frigorífico.

—¿Una cerveza, Mike?

—Claro.

Sacó una y se la tendió a mi padre antes de coger otra para él. Volvió a sentarse en el sofá y se puso a animar mientras veía el partido. Mi padre hizo lo mismo.

Yo me quedé donde estaba intentando no llorar. Ver a mi padre y a Slade llevándose bien era lo que más deseaba en el mundo. Los dos eran importantes para mí y me mataba por dentro que no pudieran estar juntos en la misma sala. Pero ahora se llevaban tan bien como antes. Estaba tan agradecida con Slade por haberse dejado la piel para que mi padre entrara en razón... Sólo una determinación y una paciencia extremas podían haberlo logrado.

Observé a Slade desde mi lugar del sofá y me fijé en cómo sostenía la cerveza. Se volvió hacia mí al notar que lo contemplaba y nuestras miradas se encontraron a través de la habitación.

Empezaron a empañarseme los ojos y articulé un gracias con los labios.

Él asintió lentamente y luego volvió a girarse hacia la televisión.

Yo apoyé la cabeza en el hombro de mi padre y me sentí en paz.

## Querido lector

---

Gracias por haber leído *Tenerte nunca es suficiente*. Espero que hayas disfrutado leyendo la historia de Skye y Cayson tanto como yo disfruté escribiéndola. Me ayudaría mucho que pudieras escribir una breve reseña. Vuestras opiniones son el mejor tipo de apoyo que se le puede dar a un escritor. ¡Gracias!

Con amor,

E. L. Todd

Otras Obras de E. L. Todd

---

El uno para el otro

Libro 5 de la serie *Para toda la eternidad*.